

PROMETEME EL MAÑANA

Candace Camp

Lord Lambeth no podía evitar sentirse cautivado por la bella Marianne Cotterwood, aunque sabía que ocultaba un secreto. El deseo que sentía por aquella enigmática mujer era tan intenso como su necesidad de desentrañar aquel misterio...

Marianne no podía recordar nada de su vida antes de su ingreso en un orfanato. Su futuro volvió a cambiar cuando fue acogida por una excéntrica familia de ladrones y carteristas. La elegancia natural de Marianne hacia de ella una perfecta ladrona, que se infiltraba fácilmente entre los ricos en busca de posibles presas. Hasta que Lord Lambeth la sorprendió con las manos en la masa....

Pero había otro persona interesada en los secretos de Marianne .Una peligrosa sombra de su pasado que se acercaba, y Marianne descubrió que no tendría mas remedio que otorgar su confianza a Lord Lambeth, un hombre tan temerario como ella misma

Prólogo

Marie Anne irguió la cabeza y miró somnolienta al hombre que permanecía sentado delante de ella en el carruaje. Parpadeó y después frunció el ceño.

—Es usted un hombre malvado.

Él miró de reojo a la niña y suspiró.

—Silencio. Ya casi hemos llegado.

Su cara quedaba oculta en la penumbra. Era muy delgado, casi escuálido, y no dejaba de moverse, inquieto.

—Quiero irme a mi casa —dijo ella quejumbrosamente. Todo era muy confuso. Echaba de menos a John y a la pequeña. Y, sobretodo, añoraba a sus padres. Recordaba la noche en que su madre los había sacado apresuradamente de la casa, guiándolos por la oscura calle. Recordaba el aroma familiar del perfume de su madre mientras esta la apretaba contra su pecho y le susurraba:

—Cuídate, ma chérie.

Su madre lloraba y Marie Anne sabía que era por la gente horrible que acechaba en las calles.

—¡Quiero quedarme contigo! —había gemido Marie Anne, aferrándose a su madre. La pequeña también rompió a llorar e intentó zafarse de los brazos de la señora Ward. Solamente John había permanecido estoicamente callado y sereno.

—Oh, chérie... ojalá pudieras, pero es demasiado peligroso —su madre, la mujer más bella del mundo, le enjugó las lágrimas de las mejillas e intentó sonreír—. Debéis volver a Inglaterra con los abuelos. La señora Ward os llevará. Ella es amiga de mamá y cuidará de vosotros. Papá y yo debemos quedarnos hasta que los abuelos acepten marcharse. Luego nos reuniremos con vosotros.

—¿Lo prometes?

—Sí, cariño, lo prometo —había respondido su madre.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó Marie Anne a su acompañante—. Dijo que íbamos a

verla –había llorado y pataleado cuando la sacó de la cama un rato antes, hasta que finalmente él tuvo que pedirle que guardara silencio, que la llevaría con su madre.

– Ya casi hemos llegado –repitió el hombre asomándose por la ventanilla.

Marie Anne vio que se aproximaban a un enorme edificio. Pero no era su casa, ni la casa de su abuela. Se trataba de una inmensa estructura cuadrada de piedra gris. Demasiado fea, comprendió, para que en ella se encontrara su madre. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

–Esa no es la casa de mi abuela –durante un tiempo muy corto, su hermano John y ella habían estado en la casa de su abuela en Londres. La señora Ward, la amiga de su madre, los había llevado allí y, al principio, Marie Anne se había alegrado al pensar que vería a su querida abuela. Pero una mujer los había llevado a otra casa, donde se hallaba aquel hombre horrible. Marie Anne ya lo había visto antes, aunque no sabía con seguridad quién era.

Esa mujer le dio de comer e intentó que John también comiera algo, pero estaba muy enfermo. Se retorció en la cama, sudando y tiritando. Marie Anne se sintió aterrada al verlo así. Pero aún la aterrorizaba más estar lejos de su hermano mayor, viajando de noche con aquel desconocido.

¿Por qué los había dejado la señora Ward con aquella mujer? ¿Por qué se había llevado a la pequeña, pero no a ellos dos? ¿Dónde estaba su abuela?

Rompió a llorar delante de aquel hombre extraño y nervioso al que no conocía de nada.

–Quiero ir con mi abuela –dijo con voz trémula–. ¡Quiero ver a mi madre!

–Luego, luego –dijo él con voz impaciente. En cuanto el coche se detuvo, abrió la portezuela y se apeó de un salto. Después alargó los brazos hacia ella y la arrastró fuera del carruaje.

–¡No, no! – Marie Anne chilló, forcejeando–. ¡Mamá! ¡Papá!

El hombre la llevó inexorablemente hasta la puerta y llamó con la pesada aldaba. Transcurridos unos segundos, una ceñuda criada les abrió y, minutos después, apareció en el vestíbulo una mujer corpulenta de aspecto severo, vestida con un camisón y un gorro de dormir.

Al verla, los sollozos de Marie Anne se congelaron en su garganta. Era alta y fornida, con los ojos pálidos y fríos como el metal. Miró a Marie Anne como si conociera todas las travesuras que la pequeña había cometido en su vida.

—La encontré junto al camino. Es obvio que la abandonaron –dijo el hombre–. No sabía a qué otro sitio llevarla.

—¡Eso es mentira! –gritó Marie Anne con indignación–. ¡No me encontré junto al camino!

La mujer dio una palmada con tal fuerza, que tanto Marie Anne como el hombre se sobresaltaron.

–¡Ya basta! –su voz chasqueó como un látigo–. Aquí pronto aprenderás a hablar solamente cuando te hablen y a no contradecir a los adultos.

Su tono hizo que a Marie Anne se le acelerara el corazón, pero la niña enderezó los hombros e irguió la barbilla.

–No me encontré junto al camino –insistió.

Los ojos de la mujer se entrecerraron.

—Ya veo que vas a ser testaruda. Las pelirrojas siempre dan problemas.

—Estoy seguro de que se adaptará en cuanto lleve aquí un poco de tiempo —dijo el hombre con una nota de pánico en la voz.

—No se preocupe, señor —respondió la mujer con una sonrisa sardónica—. La admitiremos. No tardará en aprender disciplina —sus ojos chispearon.

El hombre emitió un suspiro de alivio y soltó a Marie Anne.

—Gracias —se giró y se apresuró hacia la puerta.

—¡No! ¡Espere! —gritó Marie Anne volviéndose para correr tras él, pero la mujer la detuvo.

—¡Basta! ¡Se acabó ese comportamiento ahora mismo! —ordenó dándole un fuerte azote en las piernas, por debajo de la falda.

Marie Anne, que jamás había recibido un golpe en su vida, se giró y miró boquiabierta a la mujer. El hombre salió presuroso y cerró la puerta tras de sí.

—Eso está mejor —la mujer asintió aprobadoramente—. Los niños de San Anselmo no se comportan así, como muy pronto descubrirás. Los niños de San Anselmo son callados y obedientes. Bueno... —añadió mirándola con detenimiento—. ¿Qué edad tienes?

—Cinco años —se apresuró a responder la niña, orgullosa de su edad.

—¿Y cómo te llamas?

—Marie Anne.

—Un nombre poco adecuado para una niña de tu condición. Te llamaremos simplemente Mary. ¿Tienes apellido?

Marie Anne se quedó mirándola.

—No... no estoy segura. Solo sé que me llamo Marie Anne.

—¿Tienes padre?

—¡Pues claro que sí! —respondió, indignada—. ¡Y vendrá por mí!

—Seguro —dijo la mujer cínicamente—. Muchos de nuestros niños esperan que vengan sus padres. Pero, mientras tanto, habrá que darte un apellido. ¿Cómo llama la gente a tu padre?

—Chilton.

—Muy bien. Mary Chilton. Así te llamarás. Yo soy la señora Brown, directora de San Anselmo.

—Pero ese no es mi nombre —protestó Marie Anne con indignación.

—Lo será a partir de ahora. Y no me repliques. Ya te he dicho que no tolero semejante conducta.

—¡Pero usted se equivoca!

La señora Brown alargó la mano y le dio una fuerte bofetada en la mejilla.

—No me hables en ese tono. ¿Entendido?

Marie Anne asintió, aturdida, llevándose la mano a la mejilla. Jamás la habían tratado así. Se le saltaron las lágrimas y, por unos instantes, estuvo al borde del llanto.

—Respóndeme cuando te hable —ordenó la señora Brown.

—Sí, señora Brown —contestó Marie Anne diligentemente, aunque su tono era helado y

orgullosa como el de una duquesa.

—Sígueme —la mujer la condujo por unas escaleras y un pasillo escasamente iluminado con candelabros. La luz de las velas titilaba y parpadeaba, proyectando extrañas sombras. Marie Anne intentó reprimir el miedo, recordando las palabras que su abuela le había dicho una vez, cuando acudió a ella llorando porque John y otros chicos la habían asustado con historias de terror: «Manten la cabeza alta, pequeña mía. Que no sepan que tienes miedo. Eso les daría mucha más satisfacción».

La señora Brown se detuvo delante de un armario y sacó una manta y un vestido marrón.

Encima colocó unas enaguas blancas, unas calcetas con varios zurcidos y una camisa de dormir excesivamente grande. Le entregó el montón a Marie Anne.

—Tu ropa y una manta para la cama.

Marie Anne miró dubitativa el feo vestido marrón.

—Pero si ya tengo ropa. Me gusta más mi vestido.

—Tu ropa es inadecuada. Excesiva para tu condición. Ahora estás en San Anselmo y llevarás el vestido que te he dado.

Recordando la dolorosa bofetada, Marie Anne prefirió no discutir. Siguió a la señora Brown hasta el dormitorio situado más allá del armario.

Era un dormitorio enorme, con hileras de camas a ambos lados. Al lado de cada cama había una pequeña cómoda con tres cajones. Y en cada cama dormía una niña. Marie Anne jamás había visto a tantas personas durmiendo en una misma habitación.

La señora Brown se giró hacia ella.

—Ahora quiero que te desvistas y te acuestes. Mañana te presentaré a las demás niñas y te asignaré tus tareas.

—¿Tareas?

—Por supuesto. Aquí todo el mundo ha de trabajar para ganarse la comida —la mujer se volvió y empezó a alejarse.

—Pero ¿y la luz? —inquirió Marie Anne, incapaz de disimular el temblor de su voz—. ¿Cómo voy a desvestirme a oscuras?

—Entra bastante luz por las ventanas —respondió la directora, señalando las altas ventanas sin cortinas—. No permito que las niñas malgastéis velas.

Dicho esto, salió de la habitación. Marie Anne vio cómo se desvanecía la parpadeante luz de la vela. Jamás se había sentido tan sola en toda su vida, ni siquiera la noche en que su madre la dejó a ella y sus hermanos con la señora Ward.

Una manita tomó la suya y una voz suave susurró:

—Vamos, no llores. Mañana te sentirás mejor, ya lo verás.

Marie Anne se giró y vio a una niña de su estatura, aunque su cara aparentaba más edad. La miró con curiosidad mientras sus lágrimas remitían lentamente.

—Hola. ¿Quién eres?

—Me llamo Winny —respondió la niña con una tímida sonrisa—. Tengo ocho años. ¿Y tú cómo te llamas?

—Marie Anne. Aunque esa mujer dice que ahora me llamo Mary.

La pequeña asintió.

—Le gustan los nombres sencillos. ¿Cuántos años tienes? ¿Te gustaría ser mi amiga?

—Eh, no seas tonta, Winny —dijo una voz áspera desde la cama situada enfrente.

Una niña de más edad se dio la vuelta para sentarse en el borde de la cama, mirándolas. Tenía el cabello negro y rizado, recogido en desaliñadas coletas, y la redonda cara salpicada de pecas—. ¿Quién querría ser amiga de alguien como tú?

—Yo —dijo Marie Anne firmemente—. Winny parece muy simpática.

—«Winny parece muy simpática» —la remedó la otra niña, alzando la voz para imitar la dicción precisa de Marie Anne—. ¿Qué eres, una maldita princesa?

Marie Anne irguió el mentón. —No, pero algún día seré duquesa sí quiero. Eso dice mi abuela.

—¡Duquesa! —la otra niña se dio una palmada en la pierna y estalló en carcajadas—. Eh, oídme todas, tenemos a una maldita duquesa entre nosotros. La duquesa de San Anselmo.

—No le hagas caso —susurró Winny—. A Betty le cae mal todo el mundo. Yo sí creo que pareces una duquesa —tocó la manga del vestido de Marie Anne con admiración—.

Pero será mejor que te pongas el camisón. La señorita Patman viene a vernos cada hora y te castigará si ve que no estás acostada.

Marie Anne suspiró. Con la ayuda de Winny, se desabrochó el vestido y desdobló el camisón para ponérselo.

—¡Anda! ¿Qué es eso? —Betty, que seguía observándola, se inclinó y echó mano al medallón que Marie Anne llevaba al cuello.

Marie Anne retrocedió rápidamente, cerrando la mano en torno al preciado medallón. Su abuela se lo había regalado las últimas navidades. Era de oro y contenía dos retratos en miniatura de su padre y de su madre. Tenía grabada la letra M, de Marie. Su abuela le había regalado uno similar a la pequeña, con la letra A de Alexandra. Naturalmente, Alexandra era demasiado pequeña para llevarlo, pero Marie Anne se había puesto el suyo y jamás se lo había quitado.

—Dámelo —exigió Betty avanzando hacia ella.

— ¡No! ¡Es mío! ¡Me lo regaló mi abuela!

—Ahora es mío —Betty agarró el medallón y empezó a tirar, pero Marie Anne emitió un grito feroz y le clavó los dientes. Betty retiró la mano, dejando escapar un alarido de dolor.

Riéndose, la niña de más edad que había en el cuarto se acercó para separarlas.

—Creo que has encontrado la horma de tu zapato, Bet —dijo con voz divertida la joven de catorce años. Hizo una reverencia burlona a Marie Anne, que seguía rígida por la ira—. Encantada de conocerla, duquesa. Soy Sally Gravers.

—Gracias. Yo también me alegro de conocerte — Marie Anne se inclinó levemente, como le habían enseñado a hacer.

La joven sonrió. Luego se giró hacia Betty y frunció el ceño.

—Déjala en paz, ¿me oyes? Ese medallón es suyo.

—Está bien, Sally —contestó Betty hoscamente, al tiempo que dirigía a Marie Anne una mirada venenosa.

—Y ahora, vamos a dormir —prosiguió Sally—. Yo, por lo menos, no tengo ninguna gana de levantarme a las cinco y ponerme a fregar suelos sin haber pagado ojo.

Marie Anne la miró boquiabierta, sin dar crédito a lo que oía. ¿Acaso había acabado convirtiéndose en una especie de sirvienta?

—Betty no te lo robará —susurró Winny, que seguía a su lado—, porque teme a Sally. Pero la directora te lo quitará si te lo ve puesto. Yo tengo un escondite. Te lo enseñaré y podrás guardarlo allí.

Marie Anne asintió agradecida mientras, con la ayuda de Winny, extendía la manta sobre el estrecho colchón. Luego se metió en la cama. Recordó cómo su madre solía darle siempre un beso de buenas noches y los ojos se le llenaron de lágrimas. ¿Por qué no había acudido su madre a buscarla? Prometió que su padre y ella se reunirían con ellos en cuanto pudieran.

Una horrible sensación de soledad se abatió sobre Marie Anne, mientras en su interior una voz malévola le susurraba que sus padres ya no la querían.

¡Pero eso no era cierto! Marie luchó contra el horror que amenazaba con engullirla. Sabía que su padre y su madre la amaban. Irían a buscarla, y también encontrarían a la pequeña, y John... John se pondría bien. Solo tenía que esperar, se dijo, y algún día su familia la encontraría y sería feliz de nuevo..

CAPITULO 1

Marianne respiró hondo mientras observaba a la radiante multitud. Jamás había asistido a una fiesta tan grande, con tantas personas de la nobleza. Se preguntó qué pensarían si supieran que era en realidad la humilde Mary Chilton, del orfanato de San Anselmo, y no la refinada viuda Marianne Cotterwood.

Sonrió interiormente. Lo que más le gustaba de aquella farsa era la idea de engañar a la aristocracia, de conversar con gente que se habría sentido horrorizada al saber que estaban hablando de igual a igual con una antigua sirvienta.

Marianne consideraba enemigos naturales a todos los miembros de la clase alta. Aún recordaba sus tiempos en el orfanato, cuando las grandes señoras acudían para hacer sus «obras de caridad». Vestidas con sus elegantes trajes, miraban a las huérfanas con lastimoso desprecio. Luego se iban, sintiéndose inmensamente superiores y santas por su caridad. Marianne solía mirarlas con el corazón lleno de una abrasadora furia. Sus experiencias tras abandonar el orfanato no habían disminuido el desprecio que sentía hacia ellas. Había entrado a servir en casa de lady Quartermaine cuando tenía catorce años, y allí había trabajado como doncella, con un solo día libre a la semana y un sueldo de un chelín diario.

—Una fiesta maravillosa —dijo la acompañante de Marianne, interrumpiendo sus pensamientos.

La señora Willoughby estaba tan orgullosa de haber sido invitada a la fiesta de lady Batterslee, que invitó a Marianne a acompañarla para que presenciara tal esplendor. Marianne se alegró de haber estado con la señora Willoughby el día en que esta recibió la invitación.

Una fiesta en la elegante mansión Batterslee era una oportunidad que no se daba todos los días, y Marianne la aprovechó, aunque ello entrañase soportar la estúpida charla de la señora Willoughby durante toda la velada.

Marianne miró a su alrededor y vio a un hombre apoyado en una de las esbeltas columnas de la sala de baile, a pocos metros de ella.

La estaba mirando y, cuando Marianne se dio cuenta, él no retiró la mirada avergonzado, como habría hecho la mayoría. Siguió observándola fijamente, de un modo que resultaba casi indecente.

Era alto y esbelto, con los hombros anchos y las piernas musculosas propias de un hombre

que había pasado gran parte de su vida montando a caballo. Su cabello, corto y ligeramente despeinado, era castaño claro. Sus ojos también eran castaños y a Marianne le recordaron los de un halcón. Tenía los pómulos altos, la nariz fina y recta; su rostro era aristocrático, atractivo y orgulloso, y parecía ligeramente aburrido, como si el mundo no ofreciera lo suficiente para captar su interés.

Su mirada la desasosegó. A Marianne le resultaba casi imposible retirar los ojos de aquel hombre. Él le sonrió, una sonrisa lenta y sensual que le provocó un extraño hormigueo en el bajo vientre. Marianne hizo ademán de devolverle la sonrisa, pero se contuvo a tiempo, recordando lo que era aquel hombre y lo que ella sentía por los individuos de su clase. Además, una viuda refinada no sonreía a los desconocidos. De modo que enarcó una ceja desdeñosamente y, a continuación, le dio la espalda.

La anfitriona se acercó a ellas para saludarlas. Saludó a la señora Willoughby, sin dar señal alguna de reconocerla, y después hizo lo propio con Marianne.

Había tanta gente en la sala que resultaba difícil abrirse paso.

Finalmente, lograron encontrar un par de sillas vacías. La señora Willoughby se desplomó en una de ellas, abanicándose el rostro congestionado, y miró en torno con el entusiasmo de una trepadora social.

—Ahí está lady Bulwen. Me sorprende que haya venido. Dicen que está a un solo paso de ir a la cárcel por morosa, ¿sabe usted? —meneó la cabeza, chasqueando la lengua, antes de proseguir—. Ese de ahí es Harold Upsmith. ¿Lo conoce? Un auténtico caballero... y no como su hermano James, que es un gandul.

—Desde luego —murmuró Marianne, siguiendo sin esfuerzo la conversación. Para ella era una suerte que la señora Willoughby fuese una chismosa empedernida. Antes de que acabase la noche, lo sabría todo acerca de la aristocracia.

Al cabo de unos instantes, sin embargo, le llamó la atención el tono imperioso de una mujer sentada a su derecha.

—Ponte recta, Penelope. E intenta aparentar que te estás divirtiendo. Es una fiesta, ¿sabes?, no un velatorio.

Marianne las miró con curiosidad. La voz pertenecía a una mujer alta, vestida con un traje color púrpura. También ella miraba a la multitud como un ave de presa, haciendo comentarios sobre los solteros presentes y dirigiéndose a su joven acompañante en tono autoritario.

La joven en cuestión estaba sentada entre Marianne y la mujer de más edad, lucía un sencillo vestido blanco. El blanco, según sabía Marianne, era el color que debían llevar las chicas solteras en las fiestas.

—Sí, mamá —murmuró Penelope con voz inexpresiva al tiempo que apretaba los puños en el regazo. Alzó la mano para ponerse bien las gafas y el abanico se le cayó al suelo, aterrizando sobre el pie de Marianne.

—Penelope, intenta ser menos patosa. No hay nada menos atractivo para un hombre que una mujer torpe.

—Lo siento, mamá —dijo Penelope ruborizándose y se agachó para recuperar el abanico, pero Marianne ya lo había recogido.

Se lo devolvió a Penelope con una sonrisa compadecida.

—Gracias —murmuró la joven sonriendo tímidamente.

—No hay de qué. Una fiesta tremenda, ¿eh?

Penelope asintió enfáticamente.

—Sí, las odio cuando hay tanta gente.

—Soy la señora Cotterwood. Marianne Cotterwood —se presentó Marianne.

—Yo me llamo Penelope Castlereigh. Es un placer conocerla.

—El placer es enteramente mío. Le habrá parecido un atrevimiento por mi parte que me presente, pero, la verdad, considero ridículo estar aquí sentadas sin hablar simplemente porque no haya nadie cerca que nos conozca a ambas para presentarnos.

—Tiene toda la razón —convino Penelope—. Yo me habría presentado si tuviera más valor. Pero me temo que soy una cobarde.

En ese momento, la madre de Penelope reparó en que su hija no la estaba escuchando y miró para ver qué era lo que la había distraído. Observó desaprobadoramente a Marianne y frunció el ceño.

— ¡Penelope! ¿Qué estás haciendo?

—Solo estaba hablando con la señora Cotterwood. La conocí la semana pasada, en casa de Nicola.

Rápidamente, antes de que su madre indagara más en el asunto, le presentó a Marianne. La madre de Penelope, descubrió Marianne, era lady Úrsula Castlereigh.

De inmediato, la señora Willoughby se inclinó hacia delante.

—Oh, ¿conoce usted a lady Castlereigh, señora Cotterwood? —dijo, encantada—. Soy la señora Willoughby, lady Castlereigh. No sé si lo recuerda, pero nos conocimos en la fiesta de la señora Blackwood, el verano pasado.

—¿De veras? —contestó lady Úrsula en un tono que habría desalentado a una mujer menos decidida que la señora Willoughby.

—Pues sí. Me encantó el vestido que llevaba aquel día —la señora Willoughby procedió a dar una descripción detallada del vestido mientras se levantaba para sentarse al lado de lady Úrsula.

Marianne aprovechó la oportunidad para escapar de ambas.

—¿Le apetece dar una vuelta por la sala, señorita Castlereigh?

El semblante de Penelope se iluminó.

—Me parece una idea estupenda.

La joven se relajó visiblemente cuando se hubieron alejado de lady Úrsula. Marianne miró en torno mientras paseaban, inspeccionando la sala. En la enorme habitación había pocos de los objetos valiosos que buscaba. Condujo a Penelope hacia los grandes ventanales, abiertos para airear el ambiente.

—Ah, aquí se está mucho mejor.

—Oh, sí —convino Penelope, siguiéndola—. El aire fresco sienta bien.

Marianne se asomó al exterior. Estaban en la segunda planta, que dominaba un pequeño jardín situado en la parte trasera de la casa. No había ningún árbol o enrejado oportuno cerca. Aun así, Marianne estudió con ojo profesional el ventanal y la cerradura antes acompañar a Penelope a otra parte de la sala.

Mientras caminaban, sintió un extraño hormigueo en la nuca, que le dijo que alguien la estaba observando. Girándose, vio al mismo hombre que se había estado fijando en ella un rato antes. Mientras Marianne lo miraba, él le hizo una breve reverencia. Se sintió

invadida por una súbita sensación de calor a la que no estaba acostumbrada. Se dijo que era azora-miento.

—Penelope... —Marianne tomó a su acompañante del brazo—. ¿Quién es ese hombre?

Penelope se ajustó las gafas y siguió la dirección de su mirada.

—¿Se refiere a lord Lambeth?

—A ese tan guapo con la sonrisa de superioridad.

Penelope sonrió levemente al oír la descripción.

—Sí. Es Justin. El marqués de Lambeth.

—No deja de mirarme. Me resulta desconcertante.

—Debería estar acostumbrada a que la miren los hombres —respondió Penelope, haciendo una obvia referencia a su belleza.

—Gracias por el cumplido —Marianne le sonrió—. Pero es la segunda vez que lo sorprende mirándome indecorosamente. Y no parece importarle que me haya dado cuenta. Se queda ahí con ese aire de...

—¿De arrogancia? —dijo Penelope—. No me extraña. Lambeth es muy arrogante. Naturalmente, tiene motivos para serlo. Todo el mundo lo adula, sobre todo las jovencitas casaderas.

—¿Es que es un buen partido? Penelope emitió una risita.

—Yo diría que sí —la miró con curiosidad—. ¿Insinúa que nunca había oído hablar de él?

—Me temo que no. He pasado estos últimos años en Bath. Llevo una vida tranquila desde que mi marido murió.

—Claro. Lo siento. Con razón no ha oído hablar de él. Bath no es el tipo de sitio que Lambeth suele frecuentar. No es lo bastante excitante.

—¿Es un juerguista, entonces?

Penelope se encogió de hombros.

—Detesta el aburrimiento. Bucky dice que es capaz de cualquier cosa con tal de no aburrirse. El mes pasado, sir Charles Pellingham y él hicieron apuestas sobre lo rápido que una araña podía tejer su tela en una ventana de White's.

Marianne hizo una mueca.

—Me parece una soberana tontería.

—Sir Charles es tonto —reconoció Penelope—, pero Bucky dice que Lambeth se las sabe todas.

—¿Quién es Bucky? —inquirió Marianne.

Penelope se ruborizó ligeramente.

—Lord Buckminster. Es primo de mi buena amiga Nicola Falcourt —apresuradamente añadió—. Se le considera un excelente partido.

—¿A lord Buckminster o a lord Lambeth?

Penelope se sonrojó aún más.

—A ambos, supongo, pero me refería a lord Lambeth. Dicen que es inmensamente rico y su padre es el duque de Storbridge, así que todas las madres casamenteras tienen los ojos puestos en él.

—Comprendo.

—Aunque imagino que es en vano. Mi madre dice que existe un acuerdo tácito entre él y Cecilia Winborne y que acabarán casándose algún día. Sería un matrimonio perfecto. El linaje de ella es tan elevado como el de él... y jamás ha habido un escándalo en la familia. Son terriblemente mojigatos —añadió Penelope en tono de confidencia.

Marianne se echó a reír.

Penelope pareció levemente avergonzada.

—Lo siento. No he debido decir eso. Debe de considerarme una joven terrible. Mi madre dice que siempre me voy de la lengua.

—Tonterías —le aseguró Marianne—. Disfruto mucho con su compañía... y esa lengua inquieta es una de las principales razones.

—¿De veras? —Penelope pareció complacida—. Siempre tengo miedo de decir algo indebido. Y luego, cuando los demás esperan que hable, la lengua parece trabárseme.

—A mí también me ocurre a menudo —mintió Marianne amablemente. En realidad, jamás había tenido problemas de timidez. Sus palabras, no obstante, parecieron animar a Penelope, que siguió hablando.

—A Bucky le cae bien lord Lambeth. Dice que es un «buen tipo». Pero a mí me da un poco de miedo. Es tan frío y orgulloso... igual que el resto de su familia. Su madre impone aún más respeto que él.

—Pues debe de ser terrible, entonces.

—Lo es. Personalmente, creo que Cecilia Winborne y ella son del mismo paño. Pero, dado que lord Lambeth desprecia el amor, supongo que no le importa.

—Mmm, parece que forman una pareja encantadora.

Penelope dejó escapar una risita.

—Vaya... ¡Penelope! —dijo una voz masculina tras ellas. Al volverse, vieron que se acercaba un hombre alto y rubio, de expresión amable, que miraba sonriente a Penelope—. ¡Qué suerte encontrarte lejos de lady Úrsula!

Penelope se ruborizó y sus claros ojos castaños se iluminaron.

—¡Bucky! No sabía si ibas a venir esta noche.

—Salí de la ópera antes de tiempo. Seguro que la madre de Nicola me despellejará la próxima vez que me vea, pero... ¡por favor! —hizo una pausa, mostrando su indignación—. ¡Un hombre solo puede aguantar esos aullidos hasta cierto punto! Penelope sonrió.

—Estoy segura de que lady Falcourt lo comprenderá.

—No, pero... —Buckminster se giró hacia Marianne y dijo—: Disculpe, he sido tremendamente descortés al... —sus palabras se extinguieron cuando miró la cara de Marianne, y se puso muy pálido—. Yo, eh... vaya.

Marianne apenas pudo contener una risita. Lord Buckminster tenía todo el aspecto de haber recibido un mazazo en la cabeza.

—Señora Cotterwood, permítame presentarle a lord Buckminster —dijo Penelope.

—¿Qué tal está? —Marianne le tendió la mano.

—Es... es un placer conocerla —consiguió decir él, avanzando para tomar su mano. Tras saludarla, siguió mirándola fijamente con una sonrisita tonta en los labios.

Marianne suspiró para sí. Estaba claro que Penelope sentía debilidad por «Bucky», pero él no parecía advertirlo. También era evidente que se había encandilado con Marianne.

Muchos hombres solían reaccionar así al verla.

–Encantada de haberlo conocido –le dijo en tono amable–, pero me temo que no puedo quedarme a charlar. Debo regresar con la señora Willoughby o empezará a echarme en falta.

–Permita que la acompañe –sugirió Buckminster con ansiedad mientras se alisaba el puño de la chaqueta. Uno de sus gemelos de oro cayó al suelo y salió rodando – . Oh, vaya... –miró consternado el gemelo y se agachó para recogerlo.

–Oh, no –protestó Marianne – . Debe quedarse haciéndole compañía a Penelope. Seguro que tienen mucho de que hablar –dicho eso, se escabulló rápidamente, mientras Buckminster seguía concentrado en el gemelo.

A continuación, se abrió paso por entre la multitud hasta llegar a la puerta. Abriendo el abanico, para simular que era el calor lo que la impulsaba a abandonar la sala, avanzó por el largo pasillo. Miró a su alrededor fingiendo un aire despistado, memorizando la posición de las puertas, las ventanas y las escaleras. Después se detuvo e hizo como que contemplaba un retrato. Mientras, echó un vistazo a la ventana para comprobar su accesibilidad desde la calle. Tras cerciorarse de que no había sirvientes ni otros invitados a la vista, caminó hacia el vestíbulo, asomándose a todas las habitaciones por las que pasaba. Todas estaban llenas de objetos valiosos, desde cuadros a finas piezas de mobiliario, pero a Marianne solo le interesaban aquellos objetos que pudiera transportar y vender con facilidad, como la plata y los adornos. Su intención era localizar el despacho, pues sabía que allí estaría probablemente la caja fuerte. Lo encontró al abrir la segunda puerta. Aunque, más que un despacho, parecía un estudio.

Con una sonrisa de satisfacción, Marianne entró en la habitación, agarró un candelabro de la mesa situada junto a la mesa y lo encendió con uno de los candelabros de pared del pasillo. Luego cerró la puerta tras de sí. Aquella era la parte más peligrosa de su trabajo, así como la más excitante. Debía proceder con rapidez.

Con el corazón martilleándole el pecho, Marianne dejó el candelabro en la mesa e inspeccionó el estudio, retirando levemente los cuadros de escenas de caza para mirar detrás. El tercer cuadro ocultaba el premio: una caja fuerte empotrada en la pared. Se acercó para examinar la cerradura, que se abría con llave y no con combinación.

CAPITULO 2

– Disculpe, pero no puedo permitir que abra la caja fuerte de mi anfitriona –dijo una voz masculina tras ella.

Sobresaltada, Marianne se giró rápidamente, con el corazón en la garganta. Apoyado en el marco de la puerta, con una ceja socarrona-mente enarcada, estaba lord Lambeth.

Durante un largo momento, Marianne no pudo sino quedarse mirándolo, su mente girando frenéticamente. Por fin, consiguió esbozar una sonrisa trémula y dijo:

–¡Milord! ¡Me ha dado un buen susto!
–¿Sí? –él sonrió, mostrando sus blancos dientes. Marianne tuvo la súbita e intensa impresión de estar viendo a un lobo–. Pensé que tendría unos nervios más templados... dada su profesión.

Marianne se enderezó y puso una expresión arrogante que había aprendido de lady Quartermaine.

–¿Cómo ha dicho? ¿Mi profesión? Me temo que no sé de lo que está hablando.

–Bravo – Lambeth entró en la habitación y cerró la puerta–. Casi podría creerla... de no

haberla sorprendido con las manos en la masa.

Marianne notó un nudo de terror en el estómago.

—¿Qué está haciendo? Debo insistir en que abra esa puerta. Esto es sumamente indecoroso.

Él arqueó una ceja.

—Pensé que le gustaría hablar del asunto en privado. Pero si prefiere que abra la puerta para que todo el mundo nos oiga...

Lambeth se dirigió hacia la puerta, pero Marianne dio un paso adelante.

—¡No! No, aguarde. Tiene razón. Será mejor que lo aclaremos en privado.

Él esbozó una sonrisa presuntuosa y cruzó los brazos.

—¿Tiene usted una explicación? Adelante, por favor. Me encantaría oírla.

—No veo por qué he de explicarle nada —repuso Marianne acaloradamente. Superado su arrebato inicial de miedo, volvía a tener la entereza de siempre. Aquel hombre personificaba todo lo que ella detestaba de la aristocracia: la altanería, la arrogancia, el desdén hacia las personas de clase inferior—. Además, solo estaba echando un vistazo. Eso no tiene nada de malo.

—¿Y qué me dice de la caja fuerte? —Lambeth señaló el cuadro, aún descolocado—. Estaba intentando abrirla.

—¡Yo no estaba haciendo tal cosa! —Marianne puso gesto de absoluta indignación—. El cuadro estaba torcido y lo puse derecho.

Él emitió una carcajada.

—Es usted atrevida, hay que reconocerlo. Pero la tengo en mis manos y lo sabe perfectamente —avanzó hacia ella—. La fiesta era aburridísima, pero se animó mucho al llegar usted.

—¿Se supone que eso es un cumplido? —Marianne retrocedió un paso. La proximidad de Lambeth le resultaba desconcertante. Lo detestaba. Era su enemigo. Pero su sonrisa le provocaba una sensación extraña en la boca del estómago. Y, cuando se acercó, vio que tenía los ojos claros, del color del coñac, oscurecidos bajo sus espesas pestañas. Marianne se dio cuenta de que no podía dejar de mirarlos.

—Sí, lo es. Las jovencitas suelen aburrirme.

—Yo no soy una jovencita —señaló ella—. Soy viuda.

—¿En serio?

—Por supuesto. ¿Cómo se le ocurre dudar de mis palabras?

Lambeth estaba tan cerca, que ella podía sentir el calor de su cuerpo. Marianne retrocedió hasta que se vio arrinconada.

—Es usted un maleducado.

—Eso suelen decirme. Sin embargo, no soy ningún ingenuo, así que le sugiero que deje de fingir. Llevo observándola toda la noche.

—Lo sé. Me di cuenta. Fue entonces cuando comprendí lo grosero que es usted.

—Al principio, me fijé en usted porque es sumamente atractiva —Lambeth sonrió y alzó la mano para acariciarle la mejilla.

Marianne sintió un escalofrío, extraño y delicioso, y se apartó de él, irritada consigo misma.

—Me estaba preguntando cómo podría ingeniármelas para conocerla cuando la vi con la

señorita Castlereigh y lord Buckminster. Sabía que ellos nos presentarían, pero, cuando llegué, usted ya se había ido. Así que la seguí por el pasillo y fue entonces cuando reparé en su extraña conducta.

—¿Me estaba espiando? Me sorprende, milord.

—Usted tiene ventaja sobre mí. Parece saber quién soy... pues es la segunda vez que me llama «milord». Yo, en cambio, no sé su nombre.

—No creo que sea de su incumbencia.

—Más vale que me lo diga. De todos modos, acabaré sabiéndolo por Bucky.

Marianne frunció el ceño.

— Soy Marianne Cotterwood. La señora Cotterwood.

—Ah, sí. Olvidaba que es viuda.

—Desearía que dejara de utilizar ese tono desdeñoso. ¿Por qué iba a hacerme pasar por viuda, si no lo fuese realmente?

—No lo sé. Quizá lo sea. Aunque también podría formar parte de su engaño.

—Yo no estoy engañando a nadie. Esta conversación es absurda, así que me voy.

Marianne hizo ademán de marcharse, pero Lambeth alargó ambos brazos y la detuvo.

—Antes dígame qué hacía husmeando por el pasillo y asomándose a todas las habitaciones. Y por qué entró en esta y retiró los cuadros hasta que encontró la caja fuerte.

Marianne se notó la garganta seca. El cuerpo de Lambeth estaba a escasos centímetros de distancia; sus ojos parecían taladrar los suyos. Le resultaba difícil respirar y, extrañamente, sentía frío y calor al mismo tiempo.

—Es usted una ladrona, señora Cotterwood —dijo él en voz queda—. No se me ocurre otra explicación.

—No —susurró ella, lamiéndose los labios para humedecerlos.

Los ojos de Lambeth se oscurecieron. Alzó la mano para recorrerle el labio con el pulgar.

—Es usted la mujer más hermosa que he conocido jamás, pero no puedo permitir que robe a mis amigos —hizo una pausa, y una sonrisa afloró a sus labios—. Por otra parte, lord Batterslee no es lo yo llamaría un «amigo», sino más bien un conocido.

Se inclinó sobre ella, envolviéndola en su calor y su aroma. Marianne cerró los ojos, casi mareada por su proximidad. Notó el contacto de sus labios en los suyos y se sobresaltó ligeramente, pero no se retiró. La sensación que experimentaba era demasiado dulce y extraña. Se relajó, sucumbiendo al placer. Lambeth la rodeó con los brazos, atrayéndola hacia sí al tiempo que reclamaba su boca ansiosamente.

Marianne notó como si estuviera fundiéndose por dentro. Ningún hombre había hecho que se sintiera así jamás. De hecho, rara vez había permitido que un hombre la tocara, desde lo de Daniel. Los besos de Daniel también habían sido dulces al principio...

Marianne se puso rígida al acordarse de Daniel Quartermaine. Otro aristócrata de besos y palabras amables, pero sin ningún deseo en mente salvo el de utilizarla y abandonarla. De repente, comprendió las intenciones de Lambeth y se apartó de él, dándole una bofetada en la mejilla.

Él se quedó mirándola, sorprendido.

—¡Sé lo que intenta hacer! gritó Marianne.

—Sí, está muy claro —contestó él sardónicamente.

—¡Cree que me acostaré con usted para que no le diga a nadie que soy una ladrona!

Lambeth enarcó las cejas.

—Yo no he dicho en ningún momento que...

—No hacía falta. Como acaba de decir, todo estaba muy claro. Me acusó de ser una ladrona y luego empezó a besarme. ¿Qué otra cosa quiere que piense?

—Que su belleza me ha apartado de mi deber, por ejemplo.

—Por favor. No soy estúpida. Ni tampoco una fulana. Está perdiendo el tiempo. No me acostaré con usted, aunque vaya por ahí difamándome.

—En otras palabras, es una ladrona con principios.

Marianne abrió la boca para replicar airadamente, pero en ese momento se abrió la puerta y un hombre de mediana edad entró en la habitación. Al verlos, se detuvo boquiabierto.

—Oh, vaya.

—Lord Batterslee – Lambeth lo saludó inclinando la cabeza.

Marianne notó una sensación helada en el estómago. Lambeth diría al dueño de la casa que la había encontrado husmeando en su estudio para robar. Y la palabra del hijo de un duque bastaría para que se avisara a un alguacil.

—Lambeth, ¿qué demonios está pasando aquí?

Lambeth esbozó una sugerente sonrisa.

—Pues exactamente lo que parece, me temo. Estaba... buscando un lugar privado para, eh, convencer a la dama del afecto que siento por ella.

Marianne se ruborizó. No sabía si sentirse aliviada o humillada al haber manchado Lambeth su reputación de aquella forma.

—¿Una cita? ¿En mi estudio? Francamente, Lambeth...

Lambeth se encogió de hombros, llevándose la mano a la mejilla enrojecida.

—No era una cita, exactamente. Como puede usted ver, la señora Cotterwood se mostró algo contraria a mis sugerencias –se giró hacia Marianne—. No hacía falta que me pegase, ¿sabe? Con un simple «no» hubiera bastado.

— ¡No se atreva a hablarme! –la emoción de la ahogada voz de Marianne era sincera. Se sentía al borde del llanto a causa de las emociones contradictorias que la desgarraban por dentro. Pero, aun así, conservó la serenidad suficiente para aprovechar la oportunidad—. ¡Canalla! –le espetó a lord Lambeth y, seguidamente, echó a correr hacia la puerta. Intentando no llamar la atención de los presentes, salió de la casa y tomó un carruaje de inmediato.

Para su alivio, el carruaje emprendió un paso ligero. Marianne se giró y se asomó por la ventanilla. No vio señal alguna de lord Lambeth. Con suerte, habría regresado a la sala de baile, pensando que ella había vuelto a la fiesta. O quizá ni siquiera se hubiera tomado la molestia de buscarla.

Pero ¿por qué le había mentado a lord Batterslee? Quizá había esperado poder chantajearla con lo que sabía de ella.

Marianne sonrió para sí. En ese caso, le iba a resultar muy difícil encontrarla. Nadie, ni siquiera la señora Willoughby, sabía dónde vivía. Siempre había procurado mantener su vida privada al margen del mundo de lo que Piers denominaba «las carreras». Por añadidura, aquella había sido su primera incursión en la alta sociedad londinense. En los años anteriores, se habían centrado en las clases medias de Londres y otras ciudades, hasta recalar en las zonas de balnearios de Brighton y Bath, donde Marianne se había mezclado con los ricachones que

veraneaban allí. Solo hacía un par de meses que habían decidido probar suerte con la aristocracia de Londres.

Había dedicado algún tiempo a establecerse en la ciudad, visitando a damas como la señora Willoughby, a quien había conocido en Bath y Brighton. La señora Willoughby la había animado a visitarla si alguna vez iba a Londres. Marianne había esperado introducirse poco a poco en los círculos de la alta sociedad. Fue una suerte que se encontrara visitando a la señora Willoughby cuando esta recibió la codiciada invitación a la fiesta de lady Batterslee. Jubilosa y deseando que alguien compartiera su triunfo, la señora Willoughby había invitado impulsivamente a Marianne a que la acompañara, brindándole una oportunidad con la que ella apenas había soñado.

Pero en esos momentos, pensó sombríamente, todo se había ido abajo. Recostada en el asiento, Marianne cerró los ojos. Todo el trabajo, el tiempo y el esfuerzo que habían invertido para sacar suficiente dinero en Londres y retirarse del «negocio»... habían sido en balde.

Cuando el carruaje se detuvo delante de su pequeña y acogedora casa, situada en las afueras de Mayfair, Marianne se sentía completamente abatida.

Tras apearse y pagar al cochero, caminó lentamente hacia la casa. Pero antes de que llegara a tocar el pomo de la puerta, esta se abrió de repente. Winny apareció dentro de la casa, sonriéndole.

—Te vi llegar —dijo.

Winny había sido su amiga desde que Marianne podía recordar. Mayor que ella, había abandonado el orfanato de San Anselmo dos años antes que Marianne y había entrado a servir en casa de los Quartermaine, situada cerca del orfanato. En sus pocos días libres, había visitado a Marianne y, cuando esta cumplió catorce años y salió del orfanato, Winny la recomendó al ama de llaves de los Quartermaine.

Habían estado siempre juntas desde entonces, excepción hecha de los dos años siguientes a que echaran a Marianne de la casa. No obstante, cuando Marianne se hubo establecido en su nueva vida, buscó a Winny, quien se unió a su nueva «familia». Winny carecía las habilidades con las que el resto de la familia se ganaba la vida, así que se encargaba de la casa, tarea con la que estaba más que familiarizada.

—Todos te esperan en la sala de estar —siguió diciendo Winny.

Marianne asintió, aún más descorazonada que antes. Sabía que todos aguardaban con entusiasmo los resultados de su primera incursión en la alta sociedad y detestaba tener que comunicarles su fracaso. Ellos lo aceptarían bondadosamente, desde luego. Siempre lo hacían. Solo entre aquellos marginados había encontrado Marianne bondad.

Entró en la sala de estar, seguida de Winny. En efecto, todos estaban allí. Rory Kiernan, a quien llamaban afectuosamente «Papá» porque era el más viejo de todos. A su lado estaba sentada Betsy, su mujer. Betsy era una experta con las cartas y Papá era uno de los mejores carteristas de Londres, aunque ambos llevaban ya algún tiempo retirados. Tenían una hija, Della, una mujer morena de mediana edad que se levantó de un salto al verla entrar.

— ¡Marianne! —Della sonrió de oreja a oreja y abrió los brazos para abrazarla. Era lo más parecido a una madre que Marianne había tenido jamás. Habían sido ella y su marido, Harrison, quienes la habían rescatado cuando llegó a Londres unos nueve años antes.

En aquel entonces Marianne era Mary Chilton, una jovencita de diecinueve años asustada, sola... y embarazada. Mientras trabajaba en casa de los Quartermaine, había atraído la atención de Daniel, el hijo mayor, quien trató de seducirla con palabras dulces y amables. Ella, ingenuamente, había pensado que la amaba y, durante un tiempo, fue feliz. No

obstante, al no lograr convencerla de que se acostara con él, Daniel la poseyó a la fuerza. Afligida y descorazonada, Marianne acudió al ama de llaves, quien le recomendó que guardara silencio sobre lo ocurrido. Daniel pronto se iría a Oxford, le recordó el ama de llaves y, mientras tanto la pondría a trabajar en la cocina, para que no tuviera que encontrarse con él.

Marianne no tardó en descubrir que estaba embarazada. Le escribió una carta a Daniel, tragándose el orgullo por el bien de su futuro hijo y pidiéndole ayuda, pero él jamás le contestó. Cuando su embarazo empezó a notarse, lady Quartermaine ordenó al ama de llaves que la despidiera. Marianne no pudo encontrar trabajo en ninguna otra casa de la zona. Nadie deseaba admitir a una criada licenciosa. Finalmente, se trasladó a Londres, esperando encontrar un empleo en aquella ciudad impersonal, donde su embarazo no constituyese una traba. Winny le dio hasta el último penique que tenía ahorrado, pero Marianne no encontró trabajo y los escasos ahorros de Winny no tardaron en esfumarse.

Desesperada y hambrienta, Marianne robó fruta de un puesto ambulante. Pero el vendedor la vio y corrió tras ella. Della y Harrison, que habían contemplado la escena, la salvaron. Mientras Harrison distraía al vendedor, Della la agarró del brazo y la llevó a su casa para darle de comer. Marianne, abrumada por su bondad, estalló en sollozos y le relató a Della su historia.

Así fue como la acogieron en la familia. Della y Harrison no eran ladrones corrientes. Harrison era especialista en forzar cerraduras, abrir cajas fuertes e irrumpir en las casas sin que los ocupantes lo advirtieran. Una de las razones de su éxito era el trabajo de Della, su socia. Della hablaba y se comportaba como una auténtica dama. Su madre, Betsy, había regentado un salón de juego y había enseñado a su hija hablar y actuar correctamente, preparándola para la vida que había de llevar posteriormente. Marianne había permanecido con la pareja mientras duró su embarazo y durante varios meses después de que la niña, Rosalind, hubiese nacido. Con el tiempo, Harrison le propuso que hiciese el mismo trabajo que Della. Al fin y al cabo, ya hablaba mucho mejor que la mayoría de sus semejantes y se desenvolvía con una gracia natural. Della y él, señaló Harrison, podían enseñarla a pulir sus modales y a comportarse como una verdadera dama, lo cual le resultó asombrosamente fácil.

Para cuando Rosalind hubo cumplido un año, Marianne ya había adoptado el nombre de Marianne Cotterwood, haciéndose pasar por una viuda respetable, y había empezado a visitar casas con Della.

Era un trabajo fácil, siempre que se poseyera agudeza y nervios firmes, cualidades que tenía Marianne. Poseía buen ojo y una memoria excelente, y era capaz de localizar, sin que nadie se diera cuenta, las entradas y salidas de una casa, así como los objetos más valiosos y fáciles de transportar. Tras memorizar la información, se la pasaba a Harrison. Della pronto admitió que Marianne lo hacía mucho mejor que ella, así que acabó en un feliz semiretiro, acompañando a Marianne en visitas sociales solo cuando les parecía imprescindible.

La «familia» creció durante los siguientes ocho años. Primero, Papá y Betsy, ya demasiado mayores para el negocio, se trasladaron a vivir con ellos. Luego, Harrison y Della acogieron a un adolescente descarriado que hasta entonces se había ganado la vida robando carteras. Piers ya había cumplido veintidós años y Harrison lo había convertido en un ladrón profesional de primera fila.

—Siéntate y cuéntanoslo todo —dijo Della a Marianne—. ¿Había mucho lujo?

—Ha sido la fiesta más lujosa que he visto jamás —contestó Marianne sinceramente.

—¡Lo sabía! —Betsy profirió una risota

da—. El padre de ese tipo solía acudir a mi salón y siempre tenía los bolsillos llenos. Por lo menos, al entrar.

—Bueno, parece que el hijo también está forrado. Lo malo es que... —Marianne titubeó—. ¡Ah, qué demonios! La verdad es que lo estropeé todo.

—No seas tonta —dijo Piers—. Tú siempre tienes la impresión de haberlo hecho mal.

—Es cierto. Seguro que lo hiciste estupendamente —convino Della.

—No —inesperadamente, los ojos de Marianne se llenaron de lágrimas—. Me descubrieron.

La habitación quedó en silencio. Marianne agachó los ojos, incapaz de mirar a los demás.

Finalmente, Harrison carraspeó para aclararse la garganta.

—¿Cómo pudieron descubrirte? Estás aquí, ¿no? Seguramente te habrían...

—Ese hombre no me denunció. Pero me pilló con las manos en la masa. Oh, ¿cómo pude ser tan descuidada? ¡No lo vi en ningún momento!

—¿Quién te descubrió? —inquirió Harrison.

—Lord Lambeth. Se había estado fijando en mí. Luego me siguió por el pasillo, sin que yo me diera cuenta, y entró en el estudio justo cuando yo examinaba la caja fuerte.

— ¡Oh, no! —Della respiró hondo —. ¿Y qué te dijo?

—Pensó que yo trataba de abrir la caja. Por supuesto, le dije que había malinterpretado la escena, que simplemente estaba poniendo derecho el cuadro, pero él no me creyó. Estaba convencido de que era una ladrona —Marianne les relató el resto, incluida la llegada de lord Batterslee y la mentira improvisada de Lambeth.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Della.

—¿Por qué haría ese hombre algo así? —inquirió Harrison.

—Vamos, muchacho —Papá habló por primera vez—. No me digas que mi hija se ha casado con un mendrugo. Fíjate en la chica —le hizo un guiño a Marianne—. Cualquier hombre que merezca llamarse así perdonaría a semejante belleza un robo de nada. Por eso la madre de Della tuvo siempre tanto éxito —le dio a Betsy una palmadita en la mano—. Era tan agradable a la vista, que los pobres incautos no veían cómo el dinero desaparecía de sus bolsillos.

—¿Crees que fue por eso? —preguntó Harrison a Marianne.

Ella notó cómo sus mejillas se sonrojaban.

—Bueno, creo que esperaba que llegáramos a cierto... acuerdo a cambio de su silencio.

—¡El muy chantajista! —rugió Piers, levantándose con el rostro congestionado de ira—. Debería ir a darle su merecido.

—Oh, Piers, vuelve a sentarte. No merece la pena que te metas en algo así. En realidad, él no me propuso nada. Fue un... presentimiento que tuve. Aunque tal vez me equivoqué. A pesar de mi negativa, no le dijo nada a lord Batterslee.

Piers emitió un gruñido.

—Conozco a los de su calaña. Ese tipo no quiso renunciar al poder que tiene sobre ti. Tan solo pretende acostarse contigo.

—Yo también lo pensé. Pero descubriré que sus amenazas son inútiles. Aunque, entonces, quizá se lo contará todo a lord Batterslee. Estoy muy preocupada, Harrison. Lo he estropeado todo. ¿Y si nos denuncian a las autoridades?

—¿Qué podrán demostrar? —señaló Harrison—. No robaste nada. Solo te sorprendieron

paseándote por la casa y echando un vistazo. Eso no constituye ninguna prueba.

—No siempre se necesitan pruebas —terció Papá—. Una palabra de un lord, y... —se pasó el dedo índice por la garganta, en un macabro gesto.

—Y aunque no lo denuncien a las autoridades —dijo Betsy —, puede correrse la voz de que Marianne es una ladrona y el negocio se vendrá abajo.

—Es cierto —Harrison se frotó el mentón pensativamente—. Pero estábamos tan cerca... Detesto dar por perdida esta oportunidad así como así. Sugiero que esperemos a ver lo que pasa. Además, ese hombre no sabe dónde vives, ¿verdad?

—No. Estoy segura de que no me siguió —Marianne suspiró—. Lo siento. No comprendo cómo pude ser tan descuidada.

—Nos pasa a todos —le aseguró Harrison amablemente —. Lo principal es que no te ha pasado nada.

—Gracias. Pero es una lástima. Tenían tantos objetos de valor...

—Seguro que la pérdida no ha sido completa. Conociste a gente, ¿verdad?

Marianne asintió con la cabeza.

—Sí, a alguna. Por ejemplo, a lady Úrsula Castlereigh y su hija. Estuve un rato hablando con la joven.

—¿Lo ves? Eso te dará acceso a otras casas, ya lo verás. Y si no... —Harrison se encogió de hombros—. Bueno, probaremos en el continente, o volveremos a Bath.

Piers dejó escapar un bufido.

— ¡A Bath, ni hablar! Allí no hay más que viejas.

Harrison enarcó una ceja.

—No estamos en esto para que te diviertas.

—Lo sé, lo sé —Piers suspiró, dándose por vencido.

—En fin — Della miró en torno—. De momento, poco más podemos hacer. Habrá que esperar a ver lo que sucede. Seguro que a Marianne le apetece comer algo e irse a dormir.

Marianne le sonrió agradecida.

—Gracias. La verdad es que no tengo mucha hambre. Pero dormir me sentará bien. Con suerte, mañana las cosas tendrán mejor aspecto.

El grupo se separó y cada cual se dirigió a su habitación. Marianne también se encaminó hacia la puerta, pero Winny la detuvo.

—Quédate un momento, Mary.

Marianne se giró y la miró inquisitivamente.

—Hay... algo que quiero decirte.

—¿Qué? —a Marianne le dio un vuelco el corazón—. ¿Se trata de Rosalind? No estará enferma, ¿verdad?

—No, no es nada de eso. Es que... verás, acabo de recibir una carta de Ruth Applegate. Te acuerdas de ella, ¿no? Era criada de los Quartermaine.

Marianne frunció el ceño. La expresión de su amiga la inquietaba.

— Sí, claro que me acuerdo. Erais muy amigas. ¿Qué sucede? ¿Le ha ocurrido algo?

—No. Ella sabe que me vine a vivir contigo. Ha escrito para avisarte. Por lo visto, un tipo ha

estado en la casa preguntando por ti. Ruth cree que un detective te está siguiendo la pista.

CAPITULO 3

– ¡Un detective! –Marianne exhaló un jadeo ahogado–. Dios santo, creí que las cosas no podían ser peores.

Winny se rebuscó en el bolsillo y sacó la carta, escrita a lápiz.

–La letra de Ruth no es muy buena. Pero, por lo que he podido entender, afirma que un hombre estuvo en la casa preguntando por una tal Mary C. Bueno, en realidad parece que fueron dos hombres, en días distintos. Nadie dio información sobre ella y Ruth tampoco dijo nada, pero pensó que debía avisarte. Cree que eran detectives.

–¿Nos habrán descubierto? ¿Ha podido alguien...? No, es imposible. En los últimos años jamás le he dicho a nadie que mi nombre era Mary Chilton o que trabajé en casa de los Quartermaine.

Winny asintió.

–Lo sé. Debe de ser alguien del pasado.

–Pero ¿quién? ¿Y por qué?

–¿Crees que... podría ser tu familia? –inquirió Winny, expresando en voz alta el sueño de todo huérfano–. Quizá fueron a San Anselmo y allí les hablaron de los Quartermaine.

–¿Después de tanto tiempo? –Mary reprimió el leve brote de esperanza inspirado por el comentario de Winny–. No tengo familia. Si la tuviera, me habrían buscado hace muchos años. Ya han pasado más de veinte.

–De todos modos, lo de ese detective me preocupa –Winny se mordisqueó el labio inferior.

–Dios santo, como si la situación no fuese ya lo bastante complicada –Marianne suspiró–. Por suerte, no averiguaron nada en casa de los Quartermaine, así que no podrán dar conmigo. Gracias, Winny. No sé lo que haría sin ti.

–No seas tonta. Soy yo quien habría estado perdida sin tu ayuda. Bueno, vete ya a la cama. Necesitas dormir.

Marianne asintió y subió a su cuarto. No obstante, antes de entrar, se detuvo en la pequeña habitación contigua a la suya y entró de puntillas. Las cortinas estaban descorridas, como a Rosalind le gustaba, y la luna proyectaba un resplandor pálido en el dormitorio. Marianne se situó junto a la cama y contempló a su hijita un momento. Tenía el negro cabello extendido sobre la almohada y la boquita entreabierta. Se inclinó para posar un beso en su frente. A pesar de que despreciaba al padre, Marianne siempre había sentido un inmenso amor por su hija. Rosalind era lo más importante de su vida y siempre había hecho lo posible por protegerla.

Tras salir del cuarto, Marianne entró en su habitación y se desvistió rápidamente. Luego se puso un camisón y procedió a cepillarse el cabello. Antes de acostarse, abrió el pequeño joyero de la cómoda y extrajo un medallón. Era un medallón de oro que la había acompañado desde que podía recordar. Su único nexo de unión con el pasado.

Tenía grabada una vistosa M y se abría para mostrar dos retratos en miniatura. Marianne se sentó delante de la cómoda y contempló al hombre y a la mujer de los retratos. Estaba segura de que eran sus padres, aunque no sabía si se acordaba de ellos verdaderamente o solo tenía esa impresión a raíz de haber mirado los retratos tantas veces.

Aquel medallón había sido su talismán durante los tiempos oscuros y terribles del orfanato. Siempre lo había llevado puesto, e incluso dormía con él. Marianne recorrió con el dedo su delicada superficie y recordó las fantasías que había tenido de niña. Había imaginado a sus padres nobles, ricos y cariñosos. Un hombre malvado la había separado de ellos y la había llevado a

San Anselmo, pero ella sabía que sus padres seguían buscándola. Nunca se darían por vencidos.

Marianne esbozó una sonrisa triste y volvió a depositar el medallón en el joyero. Fantasías propias de una niña, solo se trataba de eso. Nadie la estaba buscando para devolverla con su familia. Su única familia estaba allí: su hija, Rosalind, Winny y los demás.

Sin embargo, mientras se metía en la cama, Marianne no pudo evitar sentir una punzada de dolor en su corazón por la familia a la que nunca había conocido.

Lord Lambeth fijó la mirada en la copa de coñac, que agitó perezosamente con la mano, observando cómo el licor giraba en el recipiente de cristal. Marianne Cotterwood. ¿Quién diablos era aquella mujer?

Lo irritó sobremanera que se le hubiera escapado. Justin no estaba acostumbrado a que nadie contrariase su voluntad, y menos una mujer. Las mujeres solían acudir a él como las moscas a la miel, atraídas por su atractivo y su fortuna. En realidad, a Justin lo aburrían mortalmente.

La sola idea de atarse a una de ellas durante el resto de su existencia le provocaba escalofríos. Suponía que, llegado el momento, acabaría casándose con Cecilia Winborne, como esperaban sus padres. Al fin y al cabo, un futuro duque debía engendrar herederos. Luego, naturalmente, Cecilia y Justin llevarían vidas independientes, y él se buscaría amantes que contrarrestaran la frialdad de su esposa.

En realidad, Justin jamás había conocido a una mujer que no acabara aburiéndolo al cabo de cierto tiempo. Y si había algo que lord Lambeth detestaba, era el aburrimiento. De hecho, aquella noche había estado a punto de abandonar la fiesta de lady Batterslee, encontrándola terriblemente tediosa, pero entonces vio a la pelirroja.

No tenía ni idea de quién era. Nunca la había visto antes. Pero era la mujer más hermosa que había contemplado jamás. El solo hecho de verla, desde el extremo opuesto de la sala, había despertado en él una oleada de deseo puramente sexual. Pero ella lo había mirado con arrogancia, elevando la barbilla, y le había vuelto la espalda, desairándolo. Nada de lo que sucedió a continuación, incluido el hecho de que aparentemente era una ladrona, había conseguido que disminuyera su interés por ella.

Lambeth sonrió para sí, sus labios se suavizaron sensualmente mientras recordaba el beso que habían compartido. Pasó la yema del dedo por la lisa superficie de la copa, deseando que fuese la piel de ella.

Luego se llevó la mano a la mejilla que ella le había abofeteado. El dolor había merecido la pena, teniendo en cuenta el beso que lo había precedido. Lo había dejado con ganas de más, de mucho más.

El único problema, naturalmente, era que no tenía ni idea de cómo encontrarla. Solo sabía su nombre, y eso suponiendo que no le hubiese mentido al respecto. Los ladrones, según sabía por experiencia, nunca tenían reparos a la hora de mentir. Sin embargo, aquella mujer no era una ladrona corriente. Hablaba y se comportaba como una dama.

¡Maldito fuera el tonto de Batterslee, por haberlos interrumpido en aquel preciso momento! De haber pasado algunos minutos más con ella, Justin podría haber obtenido algo más de información. Y la habría convencido de que no pretendía aprovecharse del conocimiento de sus actividades ilegales para llevársela a la cama. Pero ella lo había tomado por el más vil de los hombres y había huido sin dejar rastro.

Lambeth no carecía de recursos, por otra parte. La había visto con Penelope Castlereigh y lord Buckminster. Quizá ellos supieran quién era y dónde vivía. Decidió visitar a Buckminster al día siguiente para sonsacarle algo de información.

Por mucho que le costase, estaba decidido a encontrar a aquella mujer.

Richard Montford, sexto conde de Exmoor, se reclinó en la silla y contempló al hombre que tenía delante.

–Vaya, vaya... hacía mucho tiempo que no hablábamos, ¿eh? Siéntate, siéntate. No te quedes ahí como un pasmarote.

El hombre negó con la cabeza, ceñudo. Era algo más joven que el Conde y de facciones atractivas, aunque no memorables.

–¿A qué viene todo esto, Montford? –preguntó con voz irritada y cierto deje de aprensión–. Ya no somos lo que se dice amigos.

–No. Ya apenas queda nada en ti del extravagante joven al que conocí en otra época.

–¿Extravagante? Embotadlo por el opio y el alcohol, más bien. Pero ambos sabemos que dejé atrás esa vida. ¿Por qué deseas hablar conmigo?

–Es más por necesidad que por deseo, querido amigo. Supongo que habrás oído hablar de esa heredera americana que se ha casado con lord Thorpe. Alexandra Ward.

–Desde luego. La nieta de la Condesa, a la que todos creían muerta. ¿Y qué diablos tiene que ver eso conmigo? Es prima tuya, no mía.

–Ah, pero tu pasado está ligado al suyo...

– Al suyo, no. Yo nunca llegué a ver a la niña. Tú me dijiste que había muerto.

–Así lo creía –los ojos castaños de Exmoor se endurecieron–. ¡Esa maldita mujer me mintió!

–No sé por qué te preocupas. Tú no tuviste nada que ver con su desaparición. Por lo que he oído, fue su madre, su supuesta madre, quien hizo creer que había muerto.

– Sí, pero el regreso de Alexandra ha sacado a relucir el hecho de que los otros dos niños tampoco murieron en París. La Condesa sabe que la tal Ward los llevó a la casa Exmoor.

–Pero tú no estuviste implicado. Yo pensaba que se culpó de su desaparición a la prima de la Condesa, que confesó antes de morir.

–La Condesa sospecha de mí. Sabe que soy el único al que habría beneficiado la muerte del niño. Por lo que sé, la estúpida de la señorita Everhart dijo que yo estaba implicado.

–Pero la Condesa no puede demostrarlo. En caso contrario, ya lo habría hecho.

–Exacto, y no quiero que pueda demostrar nada en el futuro. No arrastrará el nombre de los Exmoor por el fango sin motivo, pero, si descubre mi participación en los hechos, ni siquiera el miedo al escándalo la detendrá.

–Pero ¿cómo podría demostrarlo? La señorita Everhart ha muerto y yo no pienso decir nada, desde luego. Tengo tanto que perder como tú.

Los labios del Conde se curvaron en una cruel sonrisa.

–Lo sé. Por eso te he llamado. La Condesa está buscando a la otra niña, Marie Anne.

Su interlocutor se puso tenso. Al cabo de un momento, carraspeó nerviosamente.

–No podrá dar con ella.

–Ha contratado a un detective. Tengo entendido que ya han conseguido seguirle la pista hasta el orfanato.

–¿San Anselmo? –el labio superior del otro hombre se perló de sudor.

–Me sorprende que recuerdes el nombre.

–¿Cómo iba a olvidarlo? No todos hemos sido agraciados con tu falta de conciencia.

Richard arqueó una ceja.

—No estoy cuestionando tu aburrida moralidad. La verdad, me ha extrañado que recuerdes algo de aquella época.

El otro hombre apretó los labios.

—Fue una experiencia difícil de olvidar.

—¿A raíz de eso dejaste atrás tu antigua vida? —inquirió Richard en tono ligeramente divertido.

—Sí. Cuando me vi solo en mi habitación, con el cañón de una pistola apretado contra la sien.

—Qué dramático.

—Estoy seguro de que te habría divertido mucho la escena. Pero entonces comprendí que o moría o cambiaba de vida. No podía seguir así. Decidí dejar los vicios. Bien sabe Dios que, en las semanas siguientes, hubo muchos momentos en los que deseé haber apretado el gatillo.

—Yo, al menos, me alegro de que no lo hicieras. Tengo una tarea que encomendarte.

—¿Una tarea? —el hombre se quedó atónito—. ¿Crees que estoy dispuesto a trabajar para ti? Ya quedé en paz contigo cuando me llevé a aquellos niños. No volveré a mover un solo dedo por ti.

—¿Y por ti mismo tampoco?

—¿De qué estás hablando?

—Yo no soy el único que se verá perjudicado si ciertas cosas del pasado salen a la luz.

—¿Cómo? El mayor, el niño, ni siquiera sobrevivió, ¿verdad? Estaba prácticamente muerto cuando yo lo dejé.

—El chico murió —contestó Richard lacónicamente—. El problema es la chica.

—No tendría más de cinco o seis años en aquel entonces. No puede acordarse de nada.

—Quizá no. Pero si viera cierta cara, la cara del hombre que la separó de su hermano y la llevó al infierno del orfanato, ¿quién sabe si eso no estimularía su memoria?

—No... no estarás sugiriendo que la han encontrado.

Richard se encogió de hombros.

—Lo dudo. Aún es pronto. Pero yo también envié a un hombre a San Anselmo cuando supe que la Condesa estaba buscando a la joven. Y allí nos dijeron a dónde fue tras abandonar el orfanato. Por lo visto, entró a servir en una casa de aristócratas locales, los Quartermaine.

—¡Dios bendito! —el otro hombre palideció—. La descendiente de una familia de condes trabajando como doncella.

—Mmm. Muy irónico, ¿verdad?

—Trágico, más bien.

—La echaron de la casa de los Quartermaine... embarazada.

El hombre cerró los ojos.

—Que Dios me perdone.

—Quizá Dios sí, pero dudo que la alta sociedad lo haga.

—¡Yo no quería hacerlo! —espetó el hombre—. Sabes que intenté disuadirte. Jesús bendito,

cuando dejé a la pequeña con aquella arpía del orfanato, llorando y pataleando...—apretó los puños con fuerza en los costados.

—Pero lo hiciste.

—¡Porque tú me obligaste! fue la única manera de poder pagarte lo que te debía.

—No te obligué. Tú me habías suplicado ese dinero, temblando y pálido como un cadáver. Según recuerdo, en aquel entonces elogiaste mi generosidad.

—¡Porque no conocía tus intenciones! —añadió el hombre, asqueado de sí mismo—: Y fui débil.

Richard no dijo nada. Podía haberle señalado que seguía siendo débil o, de lo contrario, no habría acudido a su llamada.

—¿Crees que eso te salvará si se descubre que separaste a la hija de Chilton de su familia y la llevaste a un orfanato porque necesitabas dinero para opio?, ¿para beber, jugar e ir de fulana? ¿Crees que se compadecerán de ti? —inquirió Richard—. No. Ambos sabemos lo que pasará si se descubre lo que hiciste.

—¿Acaso me estás amenazando con decirle a todo el mundo lo que hice? ¡Tú también te verías implicado!

—Oh, no, no diré nada... a menos que me vea obligado. Pero si el detective de la Condesa encuentra a la chica... Si ella cuenta lo ocurrido y eso causa mi ruina, te prometo que no caeré solo. Tú caerás conmigo.

—Eres repugnante.

—¿Y eso qué tiene que ver con el asunto? Piénsalo. ¿Y si la chica te reconoce? Tú fuiste el que la llevó allí, ¿sabes? El último hombre al que vio. Si se acuerda de alguien, será de ti.

—¡Te aseguro que no puede acordarse! Uno siempre olvida las cosas que le sucedieron de niño.

—¿Incluso algo que cambió su vida para siempre? No sé. Yo creo que sí puede acordarse. ¿Y si se encuentra contigo, casualmente, y al ver tu cara sus recuerdos salen a la superficie? Ahora bien, si estás dispuesto a correr el riesgo... —Richard se encogió de hombros.

—¡Maldito seas! ¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Qué te propones?

—Quiero que te asegures que el detective de la Condesa no la encuentre.

—¿Y cómo se supone que voy a dar con ella?

—Eso no será tan difícil. Todos los criados de los Quartermaine afirmaron desconocer su paradero. Pero un mozo de cuadra se llevó aparte a mi enviado y le contó algo muy interesante. Por un precio, claro. Al parecer, la pequeña Mary. Chilton, que así se llamaba, tenía una amiga muy especial entre las demás doncellas, una tal Winny Thompson. Dos años después de que Mary dejara la casa, la tal Winny recibió una carta, dejó su trabajo y se trasladó a Londres. Se rumoreó que Mary había hallado un medio de ganarse la vida e invitó a su amiga a que viviera con ella. Mi enviado siguió la pista de Winny Thompson hasta Londres. Por lo visto, una de las doncellas recibe cartas suyas con regularidad, y el ama de llaves vio las direcciones más recientes.

—Así que tu enviado... encontró a Mary.

—Creo que sí. En cualquier caso, localizó a Winny Thompson. Trabaja como ama de llaves para una familia que cuenta entre sus miembros con una «viuda», madre de una niña de nueve años. La supuesta viuda se llama Marianne Cotterwood. Tiene veintitantos años y es pelirroja.

El otro hombre dejó escapar un bufido.

– Sí, parece tratarse de la chica que estamos buscando.

– Si tu enviado ha logrado averiguar tanto, ¿por qué no le ordenas que se ocupe personalmente? Parece muy eficaz.

–Sí, lo es. Pero hay dos problemas. Primero, me gustaría asegurarme que la señora Cotterwood es realmente la mujer que estamos buscando. Segundo, no quiero pagar a nadie para que realice una operación tan delicada como esta. La persona en cuestión podría volverse atrevida y exigir más dinero a cambio de permanecer callada. Tú, por otra parte, no podrás extorsionarme con la amenaza de romper tu silencio. Por eso comprendí enseguida que eras el hombre perfecto para este trabajo.

–¿Qué quieres que haga? ¿Que le ofrezca dinero por marcharse de Londres antes de que el detective de la Condesa la encuentre?

—Una solución fácil, desde luego, pero poco segura. La gente no suele cumplir su palabra.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer? – inquirió el hombre con evidente impaciencia.

—Es muy sencillo. Esa mujer parece una dama, no una antigua doncella. Se mueve en los mismos círculos que tú. Te resultará fácil conocerla y asegurarte que, efectivamente, es la que buscamos. Y luego... –Richard hizo una pausa, clavando sus aceros ojos en el otro hombre—. Luego la matarás.

CAPITULO 4

Marianne miró a su hija. Uno de sus pasatiempos favoritos era enseñar a Rosalind, una niña despierta e inteligente. Se hallaban en la cocina, con la mesa llena de libros y cuadernos, concentradas en una lección de vocabulario y caligrafía. Sentada frente a ellas, Betsy tomaba una taza de té, mientras Winny y Della preparaban la comida. Rosalind, con la lengua entre los dientes, escribía cuidadosamente utilizando un lápiz.

–Perfecto –la animó Marianne—. Bueno, ¿qué palabra es esa?

–E-s-p-e-c-u-l-a-r. Especular.

–Muy bien. ¿Sabes lo que significa?

Rosalind la miró con sus enormes ojos azules, tan parecidos a los de su madre.

–Mmm. ¿Es lo mismo que «especulación»?

–Sí. «Especulación» es el nombre. «Especular» es el verbo. ¿Sabes lo que es la especulación?

Rosalind asintió, satisfecha de saber la respuesta.

–Sí, la abuela me lo explicó ayer, mientras tú estabas fuera.

—¿La abuela? – Marianne se giró hacia Betsy, la única abuela que Rosalind había conocido. Betsy, cuya educación era muy rudimentaria, no parecía la persona más adecuada para impartir lecciones de vocabulario—. Está bien, Ros. ¿Qué es la especulación, exactamente?

—Bueno, es cuando uno apuesta una cantidad de dinero. La abuela y yo estuvimos practicando. El que reparte dobla la apuesta y luego entrega tres cartas a los demás, y...

–¿Un juego de cartas? –Marianne se giró hacia Betsy—. ¿Le enseñaste un juego de cartas?

Betsy se encogió de hombros.

–Uno sencillito, para pasar el rato.

—¡Fue muy divertido, mamá! ¡Y gané! –aseguró Rosalind entusiasmada—. La abuela dice que otro día me enseñará más juegos.

—Ya te he dicho que no quiero que la niña aprenda a jugar a las cartas, Betsy.

—Tiene un talento natural —protestó Betsy—. Es una lástima que lo desperdicie. Jamás había visto a nadie que aprendiera tan deprisa.

—Rosalind no se va a dedicar a eso.

— Claro que no. Pero nunca viene mal aprender a ganar un poco de dinero, por si hace falta.

Marianne emitió un bufido y cerró los ojos. Oyó unas risitas amortiguadas y se giró hacia Winny y Della. Estaban conteniendo la risa.

—Adelante, reíos si os apetece —gruñó Marianne.

—Lo siento, Marianne —se disculpó Winny, aún sonriendo—. Es que... estaba tan mona, ahí sentada, con tres cartas en la mano y jugando como una profesional.

Marianne pudo imaginarse perfectamente la escena y sus propios labios se curvaron en una sonrisa.

—Por Dios, Betsy —dijo, tratando de permanecer firme—. Solo tiene nueve años.

—Lo sé. Por eso resulta todavía más increíble. Jugaba como si fuera mucho mayor.

Marianne sonrió.

—Bueno, en el futuro, ¿podrías enseñarle algo que no sean juegos de cartas? Ni ninguno de tus otros trucos.

Betsy abrió los ojos inocentemente.

—¿Trucos? ¿Y por qué iba a enseñarle a la niña ningún truco?

—Me enseñaste uno la semana pasada —señaló Rosalind—. ¿Sabes? Si pinchas el as con un alfiler, lo notas con la mano mientras juegas, pero no se ve, y...

— ¡Betsy! A eso exactamente me refería.

Betsy se encogió de hombros.

—Está bien. Si eso es lo que quieres... Pero, en mi opinión, el saber nunca está de más.

Meneando la cabeza, Marianne prosiguió con la lección. Sabía que era imposible hacer entender a Betsy su deseo de que Rosalind llevara una vida normal. Ignoraba cómo iba a conseguirlo, pero estaba decidida a que su hija creciera sin conocer la pobreza... o el miedo de vivir al margen de la ley.

La lección continuó sin incidentes. Piers había prometido llevar a Rosalind a volar cometas y, poco después del almuerzo, ambos se marcharon. Marianne, que tenía la tarde libre, decidió visitar la biblioteca pública.

Era una de sus actividades favoritas. Le encantaba leer, un hábito que los demás ocupantes de la casa encontraban ciertamente extraño. Tal actitud no le era desconocida. A las niñas del orfanato también solía chocarles su afición y, más tarde, en casa de los Quartermaine, Marianne sacaba libros de la biblioteca para leerlos a escondidas de los demás.

Cuando estaba a algunos metros de la biblioteca pública, vio que una joven dama avanzaba hacia ella, seguida de su doncella. Al aproximarse, la reconoció de inmediato.

— ¡Señorita Castlereigh! —a Marianne le sorprendió el placer que experimentó al ver a la joven que había conocido la noche anterior.

Penelope, que caminaba con la cabeza gacha, alzó la mirada y una sonrisa iluminó su semblante.

— ¡Señora Cotterwood! Qué agradable sorpresa.

—Sí que lo es. Me dirigía a la biblioteca pública —Marianne se fijó en el libro que llevaba

Penelope—. Parece que usted también.

—En efecto —la sonrisa de Penelope se ensanchó—. ¿Le gusta leer, como a mí?

—Oh, sí —confesó Marianne—. Es mi pasatiempo favorito.

—¿De verdad? También el mío —Penelope parecía encantada de haber encontrado a alguien con su misma afición a los libros—. Mi madre siempre dice que soy un ratón de biblioteca. Pero los libros son mucho más... excitantes que la realidad, ¿no le parece? —añadió con ojos brillantes—. Me he hecho adicta a las novelas de terror. Ya sabe, con monjes locos, castillos encantados y condes malignos. Esas cosas no se ven en la vida real.

—No —Marianne sonrió—. Aunque seguramente no lo disfrutaríamos tanto si nos sucediera en realidad.

—Tiene usted razón —estuvieron un rato charlando de sus libros favoritos. Finalmente, Penelope alargó la mano impulsivamente y la posó en su brazo—. Venga a visitarme, ¿quiere?

Podremos hablar de libros y otras cosas. Me encantaría presentarle a mi amiga Nicola. Seguro que le caerá bien —titubeó, insegura—. Espero... espero no estar precipitándome.

—Cielos, no. Para mí será un placer ir —era una oportunidad que Marianne no estaba dispuesta a dejar pasar, aunque sabía que habría aceptado aunque no le hubiese convenido. Le caía bien aquella muchachita tímida y suponía un placer poco habitual poder hablar de literatura con alguien.

—Magnífico — Penelope le dijo dónde vivía. La dirección, en el elegante barrio de May-fair, confirmó la impresión inicial de Marianne acerca de la posición social de la familia.

Detrás de Penelope, la doncella se removió incómoda y dijo amablemente:

—Señorita...

— Sí, Millie, lo sé —Penelope dirigió a Marianne una sonrisa de disculpa—. Desearía poder quedarme a charlar más tiempo, pero debo reunirme con mi madre en casa de mi abuela y no quiero llegar tarde.

—En ese caso, no la entretendré más.

—Pero ¿irá a visitarme?

—Lo prometo —tras despedirse, Marianne reanudó su camino hacia la biblioteca pública.

Penelope se dirigió presurosa a casa de su abuela. Sabía que su madre no vería bien que hiciese amistad con alguien a quien apenas conocía y no deseaba empeorar las cosas llegando tarde.

Al entrar en la sala de estar, encontró a su madre de muy buen humor.

—Ah, por fin llegas, querida —dijo lady Úrsula sonriéndole—. Cielo santo, pareces muy acalorada. Estas jovencitas... —dirigió una recatada sonrisa a los dos hombres que se habían levantado al entrar Penelope—. Siempre andan con prisas.

Penelope comprendió enseguida el motivo de la actitud melosa de su madre. Lord Lambeth y lord Buckminster habían acudido a visitar a su abuela, la condesa de Exmoor. Si bien lady Úrsula menospreciaba a Buckminster, por «frívolo», se sentía deslumbrada por lord Lambeth, como casi todas las mujeres de la alta sociedad.

Penelope gruñó para sí. Lord Lambeth la hacía sentirse algo incómoda y estaba segura de que él no tenía interés ninguno en ella, pese a las esperanzas de su madre. Si estaba allí de visita, se debía únicamente a su amistad con Bucky.

—Había ido a la biblioteca pública a sacar un libro —dijo Penelope.

Lady Úrsula le frunció el ceño.

–Vamos, querida, ¿no querrás que los caballeros piensen que eres una intelectual, verdad?

–No sé por qué eso ha de preocuparlo – habló la Condesa por primera vez—. Cualquier hombre digno admiraría a una mujer con cerebro. ¿No es cierto, lord Lambeth?

– Desde luego que sí, señora –contestó Justin afablemente—. Al fin y al cabo, no hay más que ver lo admirada que es usted.

La Condesa se echó a reír. Era una mujer alta, de porte regio, a quien la edad había encorvado solo levemente, y se notaba que de joven había sido muy hermosa.

–Es usted un adulator, lord Lambeth –la Condesa se giró hacia su nieta—. Ven, hija, dame un beso y enséñame ese libro.

Penelope así lo hizo y después tomó asiento junto a su abuela. A continuación, mientras la Condesa examinaba el libro, decidió dar la noticia aprovechando el buen humor de su madre.

–Me he tropezado con la señora Cotterwood en la calle –empezó a decir.

Tanto Buckminster como Lambeth se enderezaron al oírlo.

–¿De veras? –dijo Buckminster en tono admirativo—. Por Júpiter, debí suponer que serías tú quien sabría cómo dar con ella. Siempre has sido muy lista.

Al oír sus palabras, Lambeth se giró para mirarlo.

–¿Así que la estabas buscando?

–Bueno, yo... –las mejillas de Buckminster se tiñeron de color—. Pensé que Nicola querría invitarla a la fiesta del viernes. He de mandarle una invitación, ya sabes.

–Ah, comprendo –sí, Justin creyó entenderlo. No era habitual que su amigo mostrara tanto interés en una mujer. Sin duda, aquello complicaba un tanto las cosas. Miró de reojo a Penelope, que también estaba observando a Bucky, y vio cierta aflicción en su semblante.

–¿Quién es esa tal señora Cotterwood? –preguntó lady Úrsula.

–Ya sabes, mamá, la mujer que conocimos en la fiesta de anoche. Nos presentó la señora Willoughby.

–Yo apenas conozco a la señora Willoughby. ¡Es una advenediza! No creo que me apetezca conocer a ninguna amiga suya.

–Quizá la señora Cotterwood no sea más amiga suya que tú –sugirió Penelope.

–Tienes razón –terció lord Buckminster seriamente—. Estoy seguro de que la señora Cotterwood es una dama perfectamente respetable.

Lady Úrsula frunció los labios para mostrar su opinión con respecto al criterio de Buckminster. Se giró hacia lord Lambeth.

–¿Conoce su familia a esa mujer, lord Lambeth?

–Oh, sí –contestó Justin con calma—. Conozco a la señora Cotterwood desde hace algún tiempo.

Penelope lo miró agradecida mientras Úrsula comentaba con cierta reserva:

–Entonces, supongo que será respetable.

–La he invitado a que nos haga una visita –siguió diciendo Penelope.

–¿Sin consultarlo antes conmigo?

–Bueno, es que no estabas allí –respondió Penelope razonablemente–, y lo cierto es que me cae muy bien.

–¿Piensas visitarla, Pen? –inquirió Buckminster—. Me encantaría acompañarte.

—Me temo que no es posible. Aún no sé dónde vive —confesó Penelope—. No se me ocurrió preguntárselo.

Buckminster pareció tan desilusionado que Lambeth hubo de reprimir una risita.

—¿Quién es esa señora? —preguntó la Condesa—. ¿La conozco?

—No lo creo, abuela. Es muy agradable... y muy guapa.

—Ah, extraña combinación — lady Exmoor sonrió a su nieta.

—Sí, pero no es eso lo mejor. Resulta que también es aficionada a la lectura. Pasamos un agradable rato hablando de libros. De hecho, me tropecé con ella cerca de la biblioteca.

—Espero poder conocerla —la Condesa miró a lord Buckminster, que seguía muy serio, y a lord Lambeth, que aparentemente estaba distraído quitándose un hilo del pantalón—. Pero me temo que estamos aburriendo a nuestros visitantes. Lord Buckminster ha venido para ver si tengo noticias de lord Thorpe y Alexandra.

—¡Ah! ¿Y las tienes? —inquirió Penélope con interés.

—Sí. Esta mañana recibí una carta de Alexandra. Aún siguen de luna de miel en Italia. Al parecer, piensan volver pronto.

—Bien. Tengo muchas ganas de verla.

—Sí. Será estupendo —convino Buckminster—. Thorpe es un buen tipo —hizo una pausa—. Y lady Thorpe también, claro... Bueno, ella no es un «tipo», desde luego... Quería decir que...

—Sí, Bucky —terció lady Úrsula ácidamente—. Todos sabemos lo que querías decir.

—Eh... Sí, claro —Buckminster se quedó callado.

—Seguro que todos celebran mucho el regreso de lady Thorpe, lady Castlereigh —dijo lord Lambeth a Úrsula, observándola con las pestañas medio entornadas.

Lady Úrsula se sonrojó. Todo el mundo sabía lo que había opinado de Alexandra al principio. Finalmente, cuando se demostró que Alexandra era sobrina suya, Úrsula la aceptó de mala gana.

—Desde luego que sí —le dijo a lord Lambeth—. Ahora que sé que Alexandra es realmente hija de Chilton, la aprecio tanto como a cualquier miembro de mi familia.

—Por supuesto —Lambeth no conocía todos los detalles del caso, dado que no era amigo íntimo de la familia ni de lord Thorpe.

Sin embargo, en los círculos de la alta sociedad se había rumoreado ampliamente acerca de lo sucedido. Por lo visto, lord Chilton, el hijo de la Condesa, y su esposa francesa se hallaban de visita en Francia cuando estalló la Revolución, veintidós años atrás. Tanto ellos como sus tres hijos fueron declarados muertos, asesinados por el populacho. Sin embargo, una americana llegada a Londres la primavera anterior demostró ser en realidad la hija menor de Chilton y acabó casándose con lord Thorpe. La historia, en opinión de Justin, parecía sacada de una de aquellas espeluznantes novelas que tanto gustaban a Penelope.

Lambeth había cumplido su objetivo de convencer a Buckminster de ir a visitar a Penelope y su familia. No había descubierto el paradero de la escurridiza señora Cotterwood, pero la información aportada por Penelope tampoco era nada desdeñable. Si era aficionada a los libros, repetiría su visita a la biblioteca pública. Justin solo tenía que enviar a un criado para que vigilara el lugar y descubriera dónde vivía.

Al cabo de un rato, cuando lord Lambeth y lord Buckminster se hubieron marchado, la

Condesa se giró hacia Penelope.

– He recibido noticias del detective que contraté para buscar a Marie Anne.

–¿Ha habido suerte? –preguntó Penelope ansiosamente.

Lady Exmoor exhaló un suspiro.

–En parte, sí. Ya te dije que el detective había localizado un orfanato, fuera de Londres, donde fue acogida una niña llamada Mary Chilton por aquellas mismas fechas. Al parecer, la directora ya se ha retirado, pero una de sus ayudantes sigue en activo y dijo acordarse de la niña. El detective consiguió sacarle adonde fue la joven tras abandonar el orfanato –la Condesa hizo una pausa y tragó saliva antes de continuar–. Entró a servir en una casa de la localidad.

—¡Oh, no! –exclamó Penelope tomando la mano de su abuela–. ¡Es horrible! Pensar que mi prima tuvo que trabajar como criada...

—Sí. Y para unos don nadie como esos Quartermaine –añadió lady Úrsula con indignación–. Nunca había oído hablar de ellos.

–Son unos nobles de la localidad –explicó lady Exmoor–. Aunque supongo que eso apenas tiene importancia. El problema es que la joven abandonó la casa algunos años después y nadie sabe a dónde fue. El rastro desaparece ahí.

–¿Y no se puede hacer nada más? –inquirió Penelope desilusionada.

–El ama de llaves le dijo al detective que la joven era muy amiga de otra criada. Pero esa chica tampoco trabaja ya en la casa. Tanto los criados como la familia parecían muy reticentes a hablar del asunto. El detective sospecha que quizá hubo un escándalo relacionado con su marcha.

Penelope abrió los ojos de par en par.

–Eso es terrible.

La Condesa suspiró.

– En fin, al menos el otro individuo no pudo tener más suerte. Eso es lo único positivo.

–¿Qué otro individuo?

–Otro hombre estuvo en la casa haciendo preguntas sobre Mary Chilton. El ama de llaves lo comentó, extrañada de que tanta gente estuviera de pronto tan interesada en ella.

–¿Y crees que ese otro hombre es un enviado del... Conde?

La boca de lady Exmoor se tensó.

–Estoy convencida de ello. ¿Quién, aparte de él, tendría motivos para buscarla? Richard conoce mis sospechas de que fue él quien se deshizo de Marie Anne y Johnny... ¡Oh, ojalá esa malvada mujer aún viviera!

Penelope sabía que se refería a Willa Everhart, prima y antigua dama de compañía de su abuela. Antes de morir, la señorita Everhart confesó que, veintidós años atrás había conspirado para separar a la Condesa de sus nietos. Durante los oscuros días vividos en París, tras la toma de la Bastilla, el hijo de la Condesa, Lord Chilton, y su esposa habían sido asesinados por el populacho, que los había confundido con aristócratas franceses. Los informes llegados a Londres aseguraban que los tres hijos de Chilton también habían muerto. Pero, en realidad, habían salido de Francia con Rhea Ward, una amiga americana de lady Chilton. La señora Ward, sola e incapaz de tener hijos, se había quedado con Alexandra, la pequeña, y la había criado en Estados Unidos como si fuera su propia hija. A los dos mayores, en cambio, los había llevado a casa de la Condesa.

La Condesa, postrada en cama por el dolor, se había negado a recibir visitas, de modo que fue

la señorita Everhart quien atendió a la señora Ward. Locamente enamorada de Richard Montford, un primo lejano nombrado conde de Exmoor tras la muerte de Chilton y el supuesto fallecimiento de su hijo John, el legítimo heredero, Willa había llevado a los niños con el Conde, sin decir nada a la Condesa. Sabía que la existencia del niño, John, ocasionaría que su amante perdiese el título y las propiedades, y Willa esperaba ganarse la gratitud del Conde, que lo ataría a ella de por vida. El niño, según había contado Willa mientras yacía moribunda, estaba muy enfermo y falleció. Marie, sin embargo, había ingresado en un orfanato.

La Condesa había contratado de inmediato a un detective para que investigase el paradero de Marie, pero comprendió que poco podía hacer con respecto al acto de traición de Richard. Muerta Willa, no existían testigos ni pruebas materiales que lo inculparan y, naturalmente, él lo había negado todo, asegurando que Willa estaba loca y que había actuado por su cuenta.

—Pero ¿para qué iba Richard a buscarla? —preguntó lady Úrsula, desconcertada—. A él no le importa nada Marie Anne. De hecho, seguro que preferiría que siguiera desaparecida.

—Seguro que sí —dijo la Condesa—. Creo que la está buscando precisamente para eso, para asegurarse de que siga desaparecida.

Penelope emitió un gemido ahogado.

—¿Crees que... pretende asesinarla?

—No me extrañaría. Seguramente está desesperado por perpetuar la mentira que ha estado viviendo durante todos estos años. Como mínimo, la enviará fuera del país para que yo no pueda localizarla. Después de todo, Marie tenía cinco años cuando ocurrieron los hechos. Existe la posibilidad de que recuerde lo que le sucedió... o quién la llevó al orfanato. Quizá incluso recuerde qué fue de su hermano.

—Oh, cielos. Sinceramente espero que Richard no la encuentre. ¿No podemos hacer nada más?

—El señor Garner, el detective, dice que intentará seguirle la pista a la amiga de Mary Chilton, Winny o algo así. El ama de llaves sabía que se había trasladado a Londres, aunque nadie tenía idea de dónde vive. Una de las doncellas es muy amiga de Winny, pero afirmó desconocer su paradero, aun cuando Garner le ofreció una buena suma. De todos modos, aunque consigamos dar con ella, no hay garantías de que esa chica sepa dónde está Mary Chilton. Penelope le dio una palmadita en la mano.

—No te preocupes, abuela. Estoy segura de que Marie Anne acabará apareciendo, igual que Alexandra.

Lady Exmoor le sonrió.

—Gracias, querida. Seguro que tienes razón. La encontraremos.

—Esperemos que Richard no la encuentre antes —lady Úrsula, como de costumbre, tuvo que decir la última palabra.

Marianne soltó las cartas con un suspiro.

—Tú ganas, Betsy. Como siempre.

—Mmm —la anciana entrecerró los ojos—. Ha sido demasiado fácil. ¿Qué es lo que te pasa, hija? Has jugado aún peor de lo que acostumbras.

Marianne sonrió con cierta tristeza.

—Nada. Es solo ansiedad. Aún no sé si lord Lambeth se habrá olvidado¹ de mí o habrá acudido a las autoridades. Esta inactividad me pone nerviosa.

En realidad, se trataba de algo más, aunque no deseaba inquietar a Betsy con sus dudas. La carta de la amiga de Winny la preocupaba más de lo que estaba dispuesta a admitir. ¿Quiénes

serían aquellos individuos que andaban buscándola?, se preguntaba Marianne una y otra vez.

Tampoco podía dejar de pensar en lord Lambeth. Recordaba cómo se había sentido cuando él la besó.

Fue como si, de repente, la sangre le hirviese en las venas y sus entrañas se convirtieran en cera derretida...

–Señora Cotterwood –una de las dos criadas apareció en la puerta–. Ha venido cierta persona que desea verla. Está en el recibidor.

Marianne la miró sorprendida. Nadie acudía nunca a visitarla.

– Gracias, Nettie –se levantó y miró a Betsy, que parecía tan perpleja como ella.

¿La habría encontrado el hombre que estuvo en casa de los Quartermaine preguntando por ella?

Superando sus temores, Marianne salió al vestíbulo. Se detuvo en seco al ver al hombre que se hallaba en el recibidor, con el sombrero en la mano, sonriendo a su hija.

Lord Lambeth la había encontrado.

CAPITULO 5

–Milord –dijo Marianne débilmente. Lambeth alzó la mirada hacia Marianne y sonrió.

–Señora Cotterwood.

–Rosalind, ¿qué estás haciendo aquí? Creía que estabas en la cocina con Winny, haciendo tus tareas.

–Salí para ver quién había venido, mamá–contestó Rosalind en tono práctico–. Nettie entró en la cocina y dijo: «Dios, ahí fuera hay un tipo guapísimo», de modo que vine a echar un vistazo.

Lambeth emitió una risita.

–Y sí que es guapo.

–Gracias por el cumplido, pequeña –Lambeth sonrió–. Solo por eso, te llevaré a dar un paseo en mi carruaje un día de estos.

–¿En serio? –Rosalind lo miró con ojos chispeantes–. ¿Y todo el mundo nos verá?

–Claro. ¿Por qué no iban a vernos?

Una radiante sonrisa se extendió en la carita de la niña.

–Me gustaría muchísimo.

–Rosalind, creo que ya va siendo hora de que sigas con tus tareas.

–Sí, mamá –la niña se dio media vuelta para marcharse, pero antes se giró y le dijo a Lambeth–: No se olvidará, ¿verdad?

–Juro que no –respondió él llevándose la mano al corazón teatralmente.

Con una sonrisa, Rosalind desapareció. Marianne se giró hacia Lambeth, irritada por la facilidad con que se había ganado a su hija.

–¿Cómo me ha encontrado? –le preguntó sin ambages.

Los ojos de él se iluminaron con un brillo risueño.

–¿Acaso estaba usted ocultándose de mí?

–Desde luego que no. Pero no le he dado permiso para que me visite.

–Lo sé. Soy atrevido en exceso. Ya me lo han dicho otras veces. Sin embargo, estoy seguro de

que, si no nos hubieran interrumpido tan bruscamente, me habría dado usted su dirección.

–Supone usted mucho.

–Pensé que podía confiar en su bondad – Lambeth volvió a mirarla con ojos risueños.

–Bueno, ¿quiere usted pasar? –dijo Marianne señalando la puerta del salón, que era la habitación más formal de la casa. Miró de reojo hacia la sala de estar, de donde acababa de salir, y vio que Betsy los observaba con curiosidad desde detrás de la puerta.

Cuando hubieron entrado en el salón, Marianne cerró la puerta tras ella.

–Y ahora, ¿quiere decirme a qué ha venido?

–Pues a verla, ¿a qué si no?

–No lo sé. Por eso se lo pregunto. Pensé que quizá había venido con la intención de repetir sus absurdas acusaciones.

–Querida mía –Lambeth puso expresión dolida mientras le tomaba la mano para acercársela a los labios–. Vengo a disculparme por haberla ofendido.

Sus labios le acariciaron la piel con la suavidad del terciopelo y Marianne tuvo que esforzarse para respirar con normalidad.

–Con una nota habría bastado.

– Ah, pero entonces no habría tenido el gran placer de verla de nuevo mientras apelo a su misericordia.

–No diga tonterías. No creo que lo sienta en absoluto.

–Pues sí, lo siento. Lamento mucho que se me escapara usted antes de que finalizáramos nuestra conversación.

–No había nada más que decir. Usted se llevó una impresión equivocada de mí y, la verdad, no sé qué hacer para que cambie de opinión.

–No me opongo a que lo intente.

–Lord Lambeth, es usted un hombre muy presuntuoso –él aún le sostenía la mano, como si le costara trabajo soltarla. Marianne la retiró y tomó asiento en una silla, señalando el sofá situado enfrente.

–Mmm. Sin duda. He descubierto que normalmente suele darme buen resultado –Lambeth se sentó en la silla de al lado, desdeñando el sofá.

–¿Me estuvo usted siguiendo ayer? –inquirió ella sin rodeos.

–Le aseguro que no –él sonrió–. Envié a uno de mis criados para que lo hiciera. Y debió de hacer un trabajo muy torpe si usted lo vio.

–No lo vi. Solo presentí que me observaban.

– Le pido disculpas si eso la alarmó –la voz de Lambeth parecía sincera y Marianne se sintió involuntariamente conmovida–. Deseaba muchísimo volver a verla. Es mi única excusa para tal comportamiento. Ha dicho que me llevé una impresión equivocada de usted la otra noche, en casa de lord Batterslee. Me temo que usted también se llevó una impresión errónea de mí.

Había empezado a acercarse, sus ojos de negras pestañas clavados en los de ella. Marianne notó que le faltaba la respiración y sus ojos se desviaron involuntariamente hacia la boca de Lambeth. Él lo advirtió y sus ojos se oscurecieron. Luego alzó la mano para tomarle la barbilla.

–Es usted una mujer muy atractiva y confieso abiertamente que la deseo. Pero jamás me la llevaría a la cama valiéndome de amenazas.

Su rostro siguió acercándose y Marianne comprendió que iba a besarla. También comprendió que debía apartarlo de sí, pero le resultaba tremendamente difícil moverse. Cerró los ojos.

En ese momento, la puerta del salón se abrió de golpe. Ambos se separaron, girándose rápidamente. A Marianne le dio un vuelco el corazón.

—Piers. Cuánto me alegro de verte —dijo con una voz que sonó falsa.

—Marianne —Piers miró fijamente a Lambeth.

—Lo siento. Lord Lambeth, le presento a Piers Robertson.

Lambeth se levantó educadamente y estrechó la mano que se le ofrecía.

—¿Es hermano de la señora Cotterwood?

—No —respondió Marianne.

—Sí —contestó Piers al mismo tiempo.

Lambeth arqueó las cejas.

Marianne miró de reojo a Piers y luego se giró de nuevo hacia Lambeth, sonriendo inexpresivamente.

—En realidad, Piers es primo mío, pero siempre hemos tenido una relación de hermanos. Yo... esto... me criaron sus padres. Los míos murieron cuando yo era muy joven.

—Lo lamento.

—Sucedio hace mucho tiempo. Ni siquiera me acuerdo de ellos —eso, al menos, era cierto.

Los ojos de Lambeth fueron de Marianne a Piers.

—¿Vive usted en Londres, señor Robertson?

—Vivo aquí —Piers permanecía con las piernas separadas y la mandíbula erguida, como si estuviera listo para iniciar una pelea.

—Ah. Comprendo.

—Toda mi familia vive aquí —terció Marianne rápidamente—. ¿Por qué no te sientas, Piers?

Piers aceptó acercarse al sofá, aunque no dejó de mirar a Lambeth con hostilidad.

—Creo que no lo vi en la fiesta de los Batterslee —prosiguió Lambeth con absoluta calma—. ¿No fue usted con su... prima?

—No. Piers no asiste a esa clase de fiestas —explicó Marianne antes de que Piers pudiera responder—. Lo aburren muchísimo, ¿verdad, Piers?

—Sí. Aunque quizá debería asistir en el futuro, para que ciertos tipos no intenten aprovecharse de ti —dirigió a Lambeth una mirada cargada de intención.

—¡Piers!

Una leve sonrisa curvó los labios de Lambeth, aunque sus ojos permanecían fríos como el metal.

—Sí. Quizá debería hacerlo. No conviene dejar desamparada a una dama.

—Soy perfectamente capaz de cuidarme sola —replicó Marianne bruscamente, impidiendo la respuesta de Piers con una mirada fulminante.

—Desde luego. Sospecho que son los caballeros quienes deben cuidarse de usted —contestó Lambeth con un brillo de diversión en los ojos.

—¿Qué diablos significa eso? —inquirió Piers, haciendo ademán de levantarse.

Lambeth lo miró con expresión afable.

–Pues que la señora Cotterwood es tan hermosa, que los caballeros corremos el peligro de perder nuestros corazones por ella.

–Sería un cumplido precioso si tuviera usted algún corazón que perder –dijo Marianne ácidamente.

Justin dejó escapar una risotada.

–Touché, querida mía.

En ese momento, Betsy entró en el salón, seguida de su marido. Marianne comprobó que había aprovechado los minutos anteriores para maquillarse un poco y pintarse los labios.

–¡Oh, vaya! –exclamó la anciana con voz jovial –. No sabíamos que tenías compañía, Marianne.

–Sí, abuela –dijo Marianne con énfasis–. Lord Lambeth nos ha honrado con el favor de una visita.

No tuvo más remedio que presentarle a la pareja, explicándole que eran sus abuelos.

–Lástima que Harrison y Della no estén aquí para conocerlo –dijo Betsy sonriendo a Lambeth.

–Mis padres –explicó Marianne–. Mejor dicho, los padres de Piers. Las personas que me criaron.

–Claro.

Marianne había pensado que la situación no podía empeorar, pero estaba equivocada, porque en ese momento la criada apareció en la puerta y anunció nerviosamente:

–Lord Buckminster, señora.

Marianne se levantó rápidamente. Incluso lord Lambeth parecía sorprendido. También él se puso en pie y se dirigió hacia la puerta, donde lord Buckminster apareció tras la criada.

–¡Bucky!

–Lambeth. Vaya –Buckminster sonrió–. No esperaba encontrarte aquí.

–Lo mismo digo –Lambeth miró a su amigo pensativamente–. No sabía que conocieras la dirección de la señora Cotterwood.

–Y, en efecto, no la sabía. Pero mi ayuda de cámara solucionó el problema. Un tipo listo, Wiggins. Siempre sabe lo que hay que hacer. Cuando le hablé del encuentro de Penny con la señora Cotterwood cerca de la biblioteca, se echó a la calle y volvió con la dirección.

–Mmm. Sí, ya entiendo.

Lord Buckminster avanzó hacia Marianne, pero se le enganchó el pie en el filo de la alfombra y tropezó. Consiguió detenerse antes de chocar con la silla de Lambeth.

– Vaya. Normalmente no soy tan patoso. Pero mis pies parecen enredarse cuando estoy cerca de usted, señora Cotterwood.

–Claro, claro –dijo Papá dándole ánimos mientras se acercaba para estrecharle la mano–. No es tan extraño. Mi nieta suele tener ese efecto en los hombres. Permítame presentarme. Soy Rory Kiernan, y esta es Betsy, mi esposa.

–¿Cómo está, señor Kiernan? ¿Es usted de Irlanda? Tengo tierras allí, ¿sabe?

–¿Cómo se ha dado cuenta? –los ojos de Papá chispearon mientras invitaba a Bucky a sentarse en el sofá.

–En realidad, venía a invitar a la señora Cotterwood a la fiesta de mi prima –Bucky se rebuscó en los bolsillos y frunció el ceño–. Qué raro, juraría que había traído la invitación.

—¿Es esto lo que busca? —preguntó Papá, alargando la mano tras la espalda de Bucky y sacando un sobre blanco.

—Vaya, pues sí.

— Debió de caérsele al sentarse —sugirió Papá. Buckminster se levantó para entregarle la invitación a Marianne.

—Nicola espera de todo corazón que asista.

—¿Nicola?

—Nicola Falcourt, mi prima. En realidad, la fiesta es de su madre, pero Nicola se ha encargado de organizarla. Le hablé de usted y está deseando conocerla. Es el viernes. Espero que no tenga ya algún compromiso para ese día.

—Pues no, no lo tengo. Pero me da cierto apuro ir. No conozco a su prima.

—Oh, Nicola no es amiga de formalidades —le aseguró Buckminster.

—Gracias. Acepto gustosa la invitación.

—Espléndido. Seguro que se lo pasará mejor que en la fiesta de los Batterslee.

—Seguro que sí —Marianne miró sin querer a Lambeth y descubrió que la estaba observando enigmáticamente.

—Quizá le apetezca visitarnos una tarde, lord Buckminster —dijo Betsy—. De vez en cuando, echamos una partidita de cartas.

Marianne abrió los ojos de par en par, alarmada.

—Estoy segura de que a lord Buckminster no le interesa jugar con apuestas tan bajas como las nuestras.

—Claro que sí —se apresuró a decir Bucky—. Será delicioso pasar una tarde jugando a las cartas.

—Estupendo. ¿El martes que viene, entonces?

—Me temo que esa tarde tendré cosas que hacer —dijo Marianne rápidamente—. ¿Por qué no hablamos de ello luego, abuela? —miró severamente a Betsy, que se encogió de hombros, dándose por vencida.

Lord Lambeth, que había estado observándolo todo con interés, hizo ademán de hablar, pero Buckminster se le adelantó.

—Señora Cotterwood, disculpe mi atrevimiento, pero... He invitado a unos amigos a pasar unos días en mi casa de campo. Para mí sería un placer tenerla con nosotros.

Lambeth miró a su amigo fijamente. Marianne se quedó atónita.

—Pues, no sé qué decir...

—Nicola y Penelope estarán allí. Seguro que Nicola le caerá muy bien.

—No... no lo dudo.

—Bueno, no tiene por qué responderme ahora. Pero prométame que se lo pensará.

—Sí, cómo no.

—¡Espléndido! —Buckminster sonrió de oreja a oreja—. Bueno, supongo que debo irme ya —echó mano al bolsillo de su chaleco para consultar el reloj y se detuvo, asombrado, al alzar la cadena sin nada en el extremo—. Vaya, supongo que también se me habrá caído el reloj.

–Qué extraño –observó Lambeth. Marianne se puso rígida.

–Sí, lo es. Le ayudaremos a buscarlo. Papá... –dirigió una fría mirada al anciano.

–¿Qué? Oh, sí. Un reloj. Veamos –Papá empezó a rebuscar por el sofá, luego se levantó y rodeó las sillas–. ¡Aja! –se agachó y, al incorporarse, tenía un reloj de oro en la mano–. Estaba ahí, detrás de esa silla.

El rostro de Buckminster se relajó.

–Sí, ese es. Celebro que lo haya encontrado.

–Qué extraño que se haya caído ahí –comentó Justin sarcásticamente.

–Sí, ¿verdad? –contestó Rory Kiernan con afabilidad–. Probablemente salió rodando.

–Sin duda –Lambeth consultó su propio reloj –. Tienes razón, Bucky. Se está haciendo tarde. Saldré contigo.

Ambos se levantaron y se despidieron educadamente. Marianne los acompañó hasta la puerta y la cerró cuando hubieron salido, aliviada. Los demás salieron en tropel del salón, sonrientes.

–Lo tuyo es asombroso, jovencita –dijo Papá–. Dos lores vienen a visitarte y té colman de invitaciones.

–Piensa en lo que podrás hacer en la finca de Buckminster –añadió Piers ansiosamente.

–Oh, sí. Ese pájaro está listo para que lo desplumen –convino Papá, frotándose las manos con regocijo.

–¡No! –la idea de robar a lord Buckminster horrorizaba a Marianne. Era un hombre amable, bonancible y sencillo. No deseaba mentirle y aprovecharse de su hospitalidad para luego esquilmarlo.

Los demás la miraron extrañados.

–Quiero decir que... bueno, sería demasiado peligroso. Yo estaría allí, y si los alguaciles fuesen a interrogarnos...

–Por Dios, Marianne, ten un poco de sentido común. No lo haríamos mientras tú estuvieses allí. Harrison y yo esperaríamos semanas, o incluso meses, antes de actuar. El caso es que dispondrías de varios días para memorizar el plano de la casa y localizar la caja fuerte y los demás objetos de valor.

–Sí, y ese tipo es rico. ¿Visteis el alfiler de diamantes que llevaba en el pañuelo? –añadió Betsy.

–Pero lord Lambeth estará allí también y no es tonto. Ya sospecha que soy una ladrona. Y apuesto a que tú tampoco lo engañaste con ese truco del reloj, Papá. Lo noté en su expresión. Se dio cuenta de que le robaste el reloj a lord Buckminster. ¡Y la invitación! ¿Cómo se te ocurrió?

–Solo quería ver si aún conservo mi habilidad –contestó Rory alegremente.

–Si Lambeth sospecha que eres una ladrona y no ha dicho nada ya, no es probable que lo haga –señaló Betsy.

–Exacto. Lo único que hará será vigilarte para asegurarse de que no robas nada. Y, como tú no vas a hacer tal cosa, no habrá ningún problema –agregó Piers.

–Además –siguió diciendo Papá–, el tal Lambeth se ha encaprichado de ti.

Marianne se ruborizó.

–Yo no lo llamaría así, exactamente.

–¿Y cómo lo llamarías? –terció Betsy–.

Ha venido a visitarte, ¿no? Se tomó toda clase de molestias para averiguar dónde vivías. Simplemente, lo disimula mejor que lord Buckminster.

—Puede que esté interesado en mí —admitió Marianne—, pero no del mismo modo que lord Buckminster.

—Es posible. Pero mientras crea que puede persuadirte para ganar tus favores, no te delatará.

—¡Betsy! ¿Eso crees que debo hacer? ¿Incitarlo a pensar que soy capaz de... de venderme para que mantenga la boca cerrada?

Piers arrugó la frente.

—De ningún modo. No lo permitiré. Ni Harrison tampoco.

—No estoy sugiriendo que hagas nada —protestó Betsy—. Solo que no lo rechaces por completo. Un poco de coqueteo nunca ha hecho mal a nadie.

Marianne pensó en los besos de lord Lambeth y comprendió que eso sería una tarea demasiado fácil; por eso, entre otras razones, se oponía al plan.

En ese momento entraron Della y Harrison, que de inmediato fueron puestos al corriente de los últimos acontecimientos. Finalmente, después de mucho discutirlo, ambos se pusieron de parte del resto de la familia.

—Ve a la fiesta de la señorita Falcourt. Y al campo —dijo Harrison, frotándose el mentón pensativamente—. Memoriza el plano de ambas residencias, como hiciste el otro día con la de los Batterslee, pero no haremos nada. Más adelante, cuando las sospechas de ese joven lord se hayan aplacado, daremos el golpe y sacaremos dinero para mucho tiempo. Nos iremos al continente y jamás nos atraparán.

Marianne acabó claudicando. No podía dejarlos en la estacada por culpa de sus propias dudas, que los demás seguramente habrían considerado ridículas. Aquellas personas eran su familia, las únicas a las que debía lealtad. Lord Buckminster podía ser un hombre agradable, pero seguía perteneciendo a la clase alta, a la que Marianne detestaba. En cuanto a lord Lambeth... en fin, Marianne procuraría mantener sus emociones a salvo de las garras de aquel hombre arrogante.

Lord Lambeth miró de soslayo a su acompañante mientras caminaban. Lord Buckminster tarareaba una melodía con una sonrisa en los labios. Justin titubeó un poco antes de hablar.

—Pareces muy prendado de la señora Cotterwood.

Bucky lo miró sonriendo de oreja a oreja.

—Sí. ¿Sabes, Lambeth? Creo que estoy enamorado. Nunca me había ocurrido antes. Y lo encuentro delicioso.

—No sé qué decirte. ¿No crees que quizá te estás precipitando un poco? Apenas la conoces.

El comportamiento de su amigo lo preocupaba. Justin nunca lo había visto perder la cabeza por una mujer. Por añadidura, Buckminster sería presa fácil para cualquiera que albergase malas intenciones. Ni siquiera se había dado cuenta que la «familia» de la señora Cotterwood era una pandilla de maleantes. Su abuelo incluso le había quitado el reloj de oro y la invitación directamente del bolsillo.

—La conozco lo suficiente —dijo Bucky sonriendo—. ¿Acaso intentas ahuyentar a un rival? Conmigo no te será tan fácil, viejo amigo—

—Piénsalo, Bucky. No sabes nada de ella... quién es, de dónde procede o qué está haciendo aquí. ¿Cómo sabes que no es una aventurera?

Bucky dejó escapar una risita.

—No seas absurdo. Además, tú mismo respondiste por ella.

Justin emitió un bufido.

—Sí, ante lady Úrsula, pero lo hice simplemente porque no soporto a esa mujer. No conozco a la señora Cotterwood mejor que tú. ¿Por qué ha aparecido de repente en Londres? ¿Por qué nunca habíamos oído hablar de ella?

—No se puede conocer a todo el mundo — señaló Bucky —. Penelope me comentó que había estado viviendo en Bath. Quizá dejó de cultivar la vida social tras la muerte de su esposo.

—Eso es otra cosa. ¿Quién, exactamente, era el señor Cotterwood? ¿Cuándo murió y de qué?

—Francamente, Justin, estás yendo demasiado lejos. A una viuda no se le pueden preguntar tales cosas.

—Y en eso confía ella, sin duda.

Buckminster se quedó mirando a su amigo.

—¿Qué estás insinuando?

—Que puede no ser lo que aparenta.

—Tonterías. Solo hay que hablar con ella para comprender que es una verdadera dama. Es hermosa tanto por fuera como por dentro.

Justin frunció el ceño. No podía permitir que la señora Cotterwood embaucara a su amigo. Sabía que debía confiarle a Bucky lo que sospechaba de ella, pero, por alguna razón, las palabras se le atascaban en la garganta. De todos modos, Bucky probablemente tampoco lo habría creído.

—¿Y cuándo empezaste a planear esa fiesta en tu finca?

Buckminster se rió.

—Unos diez minutos antes de invitar a la señora Cotterwood —miró a su amigo y reparó en la expresión sombría de su semblante—. Oye, ¿no estarás enfadado porque me gusta la señora Cotterwood, verdad? No es la primera vez que competimos por una mujer. Acuérdate de Francés Wallesford.

—Oh, Dios. Menos mal que Ferdy nos ganó a los dos en esa ocasión.

—Sí. Y también estuvo aquella preciosidad, ¿cómo se llamaba? Ya sabes, aquella con el pelo negro...

—Lizzy. Sí, me acuerdo. Pero creo que esta vez no es lo mismo.

Buckminster lo miró algo sorprendido.

—¿Insinúas que tus sentimientos hacia a la señora Cotterwood son serios?

—¿Serios? No — Justin meneó la cabeza—. Creo que jamás me he tomado en serio a ninguna mujer.

—Bien. Entonces, no hay ningún problema. Querrás asistir a la fiesta en el campo, ¿verdad?

—Oh, sí —prometió Justin—. No faltaré, créeme —de algún modo, hallaría la manera de mantener a Bucky lejos de las redes de la bella señora Cotterwood.

CAPITULO 6

El viernes por la tarde, llegó a casa de Marianne un ramillete de flores, cortesía de lord Buckminster. Una hora más tarde, Marianne recibió un segundo ramillete, acompañado de

una nota en la que lord Lambeth solicitaba el privilegio de acompañarla al baile de Nicola Falcourt aquella misma noche. Marianne no pudo sino esbozar una sonrisa al tiempo que inhalaba el aroma de las rosas. Aquel detalle no significaba nada, se dijo, pero de inmediato escribió una nota a Lambeth, dándole permiso para que acudiera a recogerla.

Mientras volvía a guardar las rosas en la caja, la puerta principal se abrió y Rosalind entró seguida de Nettie.

—¡Mamá! ¡Hemos visto a un hombre en el parque!

Marianne se giró hacia su hija. En ese momento, Della y Winny se acercaron para ver lo que pasaba.

—¿Cómo que habéis visto un hombre? ¿A quién?

—No lo sé. Pero nos hizo preguntas sobre ti —explicó la niña situándose delante de Marianne.

—¿Qué? —un escalofrío recorrió a Marianne—. ¿Nettie?

La doncella asintió.

—Sí, señora. Nos preguntó si vivíamos en esta casa.

—¿Qué le dijisteis?

—Nada. Le reproché su descaro, pero él me preguntó si conocía a Mary Chilton, y yo le respondí que no conocía a nadie con ese nombre. Dijo que había sido doncella y que tenía el cabello pelirrojo.

—Así que yo le dije que mi madre era pelirroja —explicó Rosalind.

—Oh.

—Lo siento, señora —se disculpó Nettie—. Le aseguré que usted no era Mary Chilton, que debía de estar equivocado.

—¿Y él qué respondió?

—No mucho, señora. Me preguntó el nombre de usted y yo le dije que no era cosa de su incumbencia —Nettie hizo una pausa, antes de añadir—: Pero supongo que le resultará fácil averiguarlo preguntando por ahí.

—Sí, sin duda —Marianne miró a Winny, que le devolvió la mirada con consternación. Della miró a una y a otra, confusa.

—¿Qué ocurre, querida? ¿Quién es ese hombre? ¿Por qué te busca?

—¡No lo sé! —Marianne bajó la vista hacia su hijita, que la miraba preocupada.

—¿He hecho algo malo, mamá? —inquirió.

—Bueno, nunca debes hablar con desconocidos en el parque, aunque estés con Nettie. Pero no, no has hecho nada malo —sonrió a Rosalind cariñosamente—. ¿Por qué no subes a lavarte las manos? Luego me ayudarás a decidir qué flores debo llevar.

Rosalind sonrió y echó a correr escaleras arriba mientras Nettie la seguía más lentamente. Marianne se giró hacia Winny.

—¿Crees que se trata del mismo hombre? —inquirió Winny arrugando la frente.

—¿De qué estáis hablando? —quiso saber Della, cada vez más preocupada.

Marianne le habló de la carta que había recibido Winny y de los hombres que habían estado preguntando por ella.

—Pero ¿no afirma esa chica que no les dijo nada de ti ni de Winny?

–Sí. Pero me figuro que ese hombre pudo descubrir algo por mediación de otro criado o de alguien del pueblo. Todo el mundo sabe que

Winny y yo éramos amigas, así que quizá la ha buscado a ella. Pero ¿quién podría saber la dirección de Winny, aparte de su amiga?

–No lo sé, pero seguramente nos ha encontrado. Y es el mismo hombre. No creo que haya dos grupos de personas distintas buscándote.

–Yo tampoco lo creo. ¡No sé lo que pueden querer, y me asusta!

–A mí también –dijo Della–. Sé que no deseas ir a esa fiesta en el campo, la semana que viene. Pero, dadas las circunstancias, convendría que pasaras fuera unos días.

–Probablemente tienes razón – Marianne seguía detestando la idea de pasar una semana en la finca de lord Buckminster, pero comprendía perfectamente la sugerencia de Della. Nadie la encontraría en la hacienda de un lord, en pleno campo.

–Y si viene por aquí haciendo preguntas, lo mandaremos a paseo de inmediato. Mientras tanto, cúbrete la cabeza siempre que salgas de casa.

–Lo haré.

Naturalmente, no se cubriría el cabello con ningún sombrero aquella noche, pues lo llevaría recogido en un elegante moño con un lazo a juego con el vestido. Marianne contaba con que aquel hombre no le viera la cara en la oscuridad, y con el carruaje de lord Lambeth bloqueando la puerta, si estaba vigilando la casa.

Marianne se puso un vestido azul de satén que realzaba el color de sus ojos y eligió llevar el ramillete de Buckminster, aunque le gustara más el de Lambeth. Al fin y al cabo, Lambeth no debía pensar que había triunfado en todo. Por ese mismo motivo, Marianne lo tuvo cinco minutos esperando cuando acudió a recogerla, pese a hallarse lista para salir.

Al verla bajar, lord Lambeth la miró con ojos redondos de asombro y le dirigió un cumplido. A continuación, su mirada se posó en el ramillete de flores que llevaba en la muñeca y su boca se tensó.

–¿Son de Bucky? –inquirió ofreciéndole el brazo.

– Sí. Iban mejor con el vestido –explicó Marianne.

–Ah. Comprendo. Espero que, al menos, me conceda usted el primer vals de la noche.

Ella asintió grácilmente, tomando su brazo, y ambos salieron por la puerta. Marianne se sentía nerviosa, feliz y un poco excitada. Quizá los demás tuvieran razón, se dijo, y todo saldría bien. Alzó la mirada hacia Lambeth y, al ver que tenía los ojos clavados en ella, notó un revuelo de mariposas en el estómago. Quizá lord Lambeth sí sintiera algo por ella, después de todo.

Justin la ayudó a subir en el carruaje y después se sentó frente a ella mientras el vehículo se ponía en marcha. Marianne sintió cierta timidez al hallarse tan cerca de él en aquel espacio reducido. Recordó cómo la había mirado momentos antes, con ojos ardientes y ansiosos; recordó el tacto suave de sus labios, la fuerza de sus brazos mientras la rodeaban, el calor mareante que le había provocado su beso.

–Quiero que deje a Buckminster en paz – dijo Lambeth de pronto, interrumpiendo los pensamientos de Marianne.

Ella se limitó a mirarlo, demasiado sorprendida para hablar.

–Es un buen hombre, demasiado ingenuo para una mujer como usted, y no quiero que le haga daño –prosiguió él, haciendo añicos las agradables emociones que habían envuelto a Marianne momentos antes.

Ella tragó saliva, luchando por contener las lágrimas. Mientras fantaseaba con sus besos, él solo había estado pensando en mantenerla alejada de su amigo.

—No creo que mis sentimientos y los de lord Buckminster sean asunto suyo, milord.

—Bucky ha sido amigo mío desde siempre. No permitiré que le destroce el corazón una aventurera sin escrúpulos.

Sus palabras la apuñalaron como un cuchillo. Lambeth no tenía ningún interés en ella, comprendió Marianne. De hecho, su voz solamente reflejaba desprecio.

—¿Cree que me he propuesto hacerle daño? —Marianne fue incapaz de disimular por completo el temblor de su voz, aunque él no pareció notarlo.

—¿Qué otra cosa voy a pensar? Es un hombre muy rico y está obviamente enamorado de usted. Usted, por otra parte, es una ladrona.

—¿Cómo puede decir eso? ¡No he robado nada!

—No la vi robar nada con mis propios ojos —admitió Lambeth—, pero era evidente que tramaba algo. Y, si necesitaba alguna confirmación, su «familia» me la ha proporcionado.

—¡Cómo se atreve!

—¿Cómo me atrevo a qué? ¿A decir la verdad? Su «abuelo» le quitó el reloj a Bucky con facilidad y su abuela parecía muy ansiosa por invitarlo a jugar a las cartas. Ciertamente, no dejará usted pasar una oportunidad como la que representa Buckminster. Le sacará hasta el último céntimo y lo dejará con el corazón destrozado.

—En ese caso, me extraña que se rebaje usted buscando mi compañía. Visitándome y enviándome flores. Lo lógico sería que no quisiera saber nada de mí.

—Existe un mundo de diferencia entre Bucky y yo —contestó él tajantemente—. Bucky es ingenuo y confiado, presa fácil para una embaucadora. Yo, en cambio, sé lo que es usted y puedo manejarla sin acabar con el corazón roto.

—¡Como si tuviera algún corazón que se pudiera romper!

—A eso precisamente me refiero —dijo Lambeth, sonriendo en la penumbra—. Puedo disfrutar de sus encantos sin perderme. Buckminster, no.

Marianne se sintió invadida por la furia. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? ¿Cómo podía haber pensado, aunque fuese por un instante, que Lambeth sentía algo por ella? Era igual que Daniel Quartermaine. Solo le interesaba el placer personal.

—Haré lo que desee con Buckminster y usted no podrá impedirlo.

Los ojos de Lambeth centellearon y su mandíbula se tensó.

—Le diré la verdad sobre usted.

—Adelante —dijo Marianne con desprecio—. Dígame lo perversa que soy. No lo creerá. Pensará que le tiene envidia y que me desea para usted solo. Y le odiará por haber sido la persona que destrozó sus sueños. Así que, como ve, también lo tengo a usted en mi poder.

Al llegar a la casa de los Falcourt, el carruaje se detuvo y Marianne se apeó rápidamente, ignorando la orden de Lambeth de que se detuviera. Oyó cómo maldecía a su espalda, pero no miró atrás, sino que se apresuró hacia el grupo de invitados que esperaban en la puerta principal. Al verla entrar, Bucky se acercó a ella de inmediato.

—¡Señora Cotterwood! ¡Celebro mucho verla!

Marianne, segura de que Lambeth estaba detrás de ellos observando el saludo, dirigió a Buckminster una sonrisa deslumbrante.

—Me alegro mucho de que esté aquí —dijo tomando su brazo—. Me siento un poco sola. No conozco a nadie.

Él le palmeó la mano para tranquilizarla.

—Yo le presentaré a todo el mundo.

Y así lo hizo. Le presentó a su prima, Nicola, que en ese momento recibía a los invitados junto a su madre, una mujer de mediana edad.

—Me alegra mucho conocerla —dijo Nicola en tono cordial—. Bucky me ha hablado tanto de usted, que es como si ya la conociera.

Marianne sonrió, sintiendo una punzada de culpabilidad.

—Gracias. Para mí también es un verdadero placer.

—Oh, ahí está Penelope —anunció Buckminster—. ¿Quiere que vayamos a verla? Parece que su madre está distraída.

Y así era, en efecto. Lady Úrsula estaba algo aparte, hablando encendidamente con un caballero de aspecto serio y expresión hastiada.

—Hola, Pen —saludó Bucky amistosamente a la hija, que permanecía apartada de la conversación de su madre.

El rostro de Penelope se iluminó con una sonrisa.

— ¡Bucky! Y señora Cotterwood. Celebro mucho volver a verla.

—Gracias. Pero, por favor, llámame Marianne —dijo Marianne tuteándola.

—De acuerdo. Y tú llámame Penelope.

Lady Úrsula interrumpió su perorata para comprobar con quién estaba hablando su hija. No se alegró al ver a lord Buckminster y a la pelirroja que lo acompañaba, pero no tuvo más remedio que permitir que las presentaran. La conversación no tardó en derivar hacia la fiesta en la finca de lord Buckminster.

Lady Úrsula pareció disgustarse al oír hablar de la fiesta, y el motivo pronto se hizo evidente.

—Lo siento, lord Buckminster, pero me temo que no podré ir. Había prometido a mi hijo que lo visitaría. Partiré el lunes a primera hora de la mañana.

—Lamento saberlo —contestó Buckminster—. Pero no se preocupe por Penelope. Cuidaremos bien de ella.

Lady Úrsula pareció horrorizada.

—¡Pero Penelope no podrá ir sola, sin acompañante!

En ese momento, se acercó Nicola del brazo de lord Lambeth. Marianne lo miró y los ojos de ambos se encontraron durante un instante que le pareció eterno. Su expresión, advirtió Marianne, era inexpresiva y fría como el mármol.

—¿Cómo? —dijo Nicola girándose hacia lady Úrsula—. ¿No dejará que Penelope vaya a la fiesta de Bucky? Yo estaré allí. Puede dormir en mi habitación y prometo estar pendiente de ella.

—Una chica soltera, de la misma edad de Penelope, no es lo que yo considero una acompañante adecuada —repuso lady Úrsula—. Y lo sabes perfectamente, Nicola. La verdad, no sé cómo tu madre te permite asistir sola.

—Mi tía, la madre de Bucky, estará allí —señaló Nicola—. Seguramente ella sí puede considerarse una compañía apropiada.

—¿Lady Buckminster? —dijo lady Úrsula con desdén—. Lejos de mi intención criticar a su

madre, lord Buckminster, pero todo el mundo sabe que Adelaida está más interesada en los caballos que en sus huéspedes. Además, una anfitriona no puede vigilar como es debido a una jovencita. Hace falta alguien que la acompañe en todo momento.

–Pero Penelope no necesita que la vigilen a todas horas –protestó Nicola–. Nunca he conocido a nadie que se comporte mejor que Penny.

–Naturalmente que Penelope sabría comportarse –dijo lady Úrsula, como si pensar lo contrario resultara ridículo–. Pero son las apariencias lo que cuenta. Sencillamente, una chica soltera no puede asistir a una fiesta sin acompañante.

–Milady, sería para mí un placer hacer de acompañante de la señorita Castlereigh.

–¡Sí! –exclamó Penelope–. Sería maravilloso. Oh, gracias, señora Cotterwood. Ha sido un detalle por su parte.

–Pero si usted también es una jovencita –objetó lady Úrsula.

–Gracias por decirlo, milady, pero no es ese el caso. Soy viuda y madre de una niña.

–¿Lo ves, madre? Eso zanja la cuestión, ¿verdad? –preguntó Penelope ansiosamente, e incluso el implacable rostro de lady Úrsula se suavizó al ver el placer reflejado en los ojos de su hija.

–Pero apenas conocemos a la señora Cotterwood, aunque el ofrecimiento la honra.

–Ya hablamos de eso el otro día –le recordó Buckminster–. ¿No lo recuerda? Lambeth dijo conocer a su familia. Y yo ya los he tratado. Son una gente muy agradable.

Lady Úrsula miró a lord Lambeth inquisitivamente.

–Oh, sí –dijo Lambeth con afabilidad–. Conozco a la familia de la señora Cotterwood. No debe usted preocuparse por Penelope.

–Bien... supongo que entonces no habrá problema, Penelope. Puedes ir.

Penelope emitió un chillido de placer, llena de felicidad.

–Gracias, madre. Oh, gracias.

La orquesta, situada en el extremo opuesto de la sala, empezó a tocar, y lord Lambeth se giró hacia Marianne, haciéndole una leve reverencia.

–Creo que prometió concederme el primer vals de la noche, señora Cotterwood.

Marianne sintió deseos de negarse a bailar con él, pero habría resultado poco educado por su parte. Esbozó una sonrisa tensa.

–Sí, creo que sí.

Tomó su brazo y se dejó llevar hasta la pista de baile.

– Me sorprende, milord –dijo Marianne cuando empezaron a bailar–, que quiera compartir un vals conmigo. Y aún me sorprende más que haya recomendado a mi familia a lady Castlereigh, teniendo en cuenta su opinión de mis parientes.

–Yo no los he recomendado, exactamente. Solo afirmé conocerlos, lo cual es cierto. De mis sospechas sobre ellos prefiero no hablar. Si animé a lady Úrsula fue estrictamente por Penelope. A esa pobre chica le sentará bien alejarse de su madre unos días. Además, sé que es una mujer muy responsable y que, por lo tanto, no necesita acompañante alguna. No hará nada imprudente ni indebido. Por eso no tuve reparos a la hora de recomendarla a usted.

–Ah, ya comprendo. Insinúa que Penelope es una persona tan maravillosa que cualquiera, incluso una delincuente de la calle, puede hacer de acompañante suya –Marianne no pudo ocultar el furioso temblor de su voz.

Lambeth se limitó a mirarla de soslayo, sin contestar.

Sabía que había cometido una equivocación un rato antes. No había sido su intención hablar de Bucky. Su plan había consistido simplemente en seducir a Marianne. La había deseado desde el mismo momento en que la vio por primera vez. Una aventura con ella habría satisfecho sus deseos y, al mismo tiempo, habría impedido que embaucara a Bucky. Su amigo se hubiera llevado un gran desengaño, pero habría acabado superándolo a la larga.

A Lambeth no se le había pasado por la cabeza que Marianne no estuviera dispuesta a vivir un romance con él. El beso que compartieron había demostrado que se trataba de una mujer apasionada. Y era madre de una hija, de modo que tenía experiencia. Una mujer así, se dijo Justin, estaría más que dispuesta a entablar una relación mutuamente satisfactoria.

Sin embargo, al llegar a su casa y ver que llevaba el ramillete de Bucky, en lugar del suyo, Lambeth se había sentido tan furioso que olvidó sus objetivos y le espetó lo primero que se le pasó por la cabeza.

— Debo disculparme por los comentarios que le hice antes —dijo con idea de rectificar la situación. Se irritó consigo mismo al percibir el tono rígido de su propia voz—. No me comporté como un caballero.

Marianne enarcó una ceja.

—No, no lo hizo.

Aquello tampoco había salido como Justin esperaba. Maldiciendo entre dientes, sacó a Marianne de la pista de baile y la condujo hasta los grandes ventanales que daban a un pequeño jardín. Los ventanales llegaban prácticamente hasta el suelo, de modo que les resultó fácil acceder a la terraza.

—¿Se puede saber qué está haciendo? —inquirió Marianne—. Esto no está bien.

—Nadie nos ha visto —se limitó a decir él mientras cruzaba la terraza y bajaba las escaleras hacia el oscuro jardín—. Quiero hablar con usted en privado.

—¿Y si yo no quiero? Es usted un hombre de una arrogancia insoportable, lord Lambeth.

—Sin duda alguna. Aun así, tengo la intención de conversar en privado con usted.

—Si quiere que continuemos la discusión de antes, debo decirle que...

—No —dijo Justin con impaciencia, enfilando un estrecho camino ¿Te grava que llevaba hasta una pequeña fuente. Se giró hacia Marianne—. Lamento lo que le dije antes. Me sentía preocupado por mi amigo y eso me llevó a hablar con precipitación.

Marianne lo miró con curiosidad. Su semblante parecía inmóvil, casi rígido, bajo el pálido resplandor de la luna. Sus ojos quedaban ocultos entre las sombras, de modo que ella no podía ver su expresión. Sintió una sensación extraña en el pecho, algo parecido a una trémula esperanza.

—Lo que quería decirle es que... Bueno, deseo hacerle una propuesta. Quisiera ofrecerle mi protección.

—¿Su protección? —repitió ella débilmente, sin saber si lo había oído bien—. ¿Quiere decir que...?

—Sí. Le estoy pidiendo que sea mi querida.

CAPITULO 7

Marianne se puso pálida.

—¿Cómo... cómo dice?

—Será lo mejor para usted —Lambeth comprendió enseguida que había hablado con excesivo descaro y torpeza, de modo que sé apresuró a dar una explicación—. Le pondré una casa, desde

luego, y le daré toda la libertad que quiera. No seguiría corriendo el peligro inherente a su actual ocupación. Y tampoco haría falta que fingiese estar enamorada de mí, como sin duda debería hacer en el caso de Bucky, así que le resultaría más fácil. Y creo que podríamos disfrutar el uno del otro –mientras decía esto último, su rostro se suavizó levemente y su voz se tornó ronca. Le acarició el brazo con suavidad.

Marianne retrocedió. Se sentía como si acabaran de darle un puñetazo en el estómago. ¡Así que para él no era más que una fulana!

–¡No me toque! –exclamó en voz baja, trémula por la ira–. ¿Cómo puede pensar que le permitiría siquiera acercarse a mí? ¡No me sería difícil amar a Bucky, pero me sentiría enferma si tuviera que soportar las caricias de alguien como usted!

La expresión de Justin se endureció.

–¿Qué le hace pensar que me conformaría con ser la querida de alguien... suya o de lord Buckminster? Él cree que soy una mujer de noble cuna, así que no veo qué me impide aspirar a convertirme en lady Buckminster.

Los ojos de Justin parecieron desprender chispas y su rostro se congestionó de rabia. Dio un rápido paso hacia ella. Marianne retrocedió apresuradamente, creyendo que pretendía pegarle. Se agachó y se alzó el vestido para desenfundar la pequeña daga que llevaba sujeta a la pantorrilla.

Lambeth abrió los ojos de par en par mientras miraba el cuchillo y luego la cara de Marianne.

–Yo no soy como esos hombres con los que estás acostumbrada a tratar, querida –dijo tuteándola.

Alargó la mano rápidamente y le agarró con fuerza la muñeca, cortándole la circulación. Marianne trató de zafarse, pero él la sujetó al tiempo que utilizaba la mano libre para quitarle la daga.

– ¡Suélteme! –jadeó ella, tirando y retorciéndose. Tenía las mejillas congestionadas y los ojos le ardían de furia. La mirada de Justin descendió hasta sus senos, que subían y bajaban con cada uno de sus movimientos. Permaneció inmóvil un instante, mirándola. Luego dio un tirón para atraerla hasta su pecho. Los cuerpos de ambos se unieron y Marianne abrió los ojos al sentir su abrasador deseo.

Justin reclamó su boca ansiosamente, consumiéndola. Ella sintió un estremecimiento y se derrumbó sobre él, rodeándole la cintura con los brazos. Justin dejó escapar un jadeo. Luego la abrazó para apretarla más contra su cuerpo. La pequeña daga cayó al suelo, olvidada.

Marianne se aferró a él, temblorosa. Jamás se había sentido así con anterioridad, tan excitada y fuera de control. Justin siguió besándola una y otra vez, como si no consiguiera saciarse de la dulzura de su boca. Su lengua se entrelazó con la de ella, mientras con las manos le recorría la espalda y le oprimía los glúteos para atraerla hacia sí.

Marianne se retorció contra su cuerpo, con el bajo vientre inflamado por el deseo. Lambeth musitó algo que ella no consiguió entender y a continuación, al tiempo que le trazaba un sendero de besos por el cuello, alzó la mano para abarcar uno de sus senos por encima de la tela del vestido. Manarme emitió un jadeo semejante a un sollozo, enterrando los dedos en el cabello de Justin.

Él se separó repentinamente de ella, profiriendo una sentida maldición.

–No podemos hacerlo... aquí –resolló. Sus ojos emitían un brillo casi feroz mientras su pecho subía y bajaba en una rápida oscilación–. Yo... mi casa está cerca...

Marianne estuvo a punto de gritar al dejar de sentir la caricia de sus manos y de su boca. Se quedó mirándolo fijamente, tratando de dar sentido a sus palabras. Le llevó un momento

entender su significado. Justin estaba sugiriendo que se retiraran a su casa, donde podrían culminar aquel momento de pasión. Era lo que el cuerpo de Marianne deseaba, pero su mente por fin volvió a reaccionar, cobrando verdadera conciencia de lo sucedido. Justin le había propuesto que fuera su querida y luego, al rechazar ella su oferta, la había acariciado y besado haciendo caso omiso de sus palabras.

—¡No! —gritó Marianne asqueada, con él y consigo misma—. Yo no soy la propiedad de nadie. No puedes comprarme.

Justin emitió un rosario de obscenas maldiciones.

—Maldita sea, mujer, no quiero comprarte, sino hacerte el amor.

—¿El amor? —repitió ella con desprecio—. Dudo que conozcas el significado de esa palabra. Esto no es más que un vil intento por tu parte de «salvar» a lord Buckminster. O de vencerle. No sé bien cuáles son tus propósitos.

—Mi propósito es mantenerlo alejado de las garras de una provocadora sin entrañas como tú —repuso él, la ira, el deseo y la frustración mezclándose en un rugiente torbellino en su interior.

—¿Provocadora? ¿Me besas a la fuerza y luego tienes la desfachatez de llamarme «provocadora»?

—Aquí no ha habido fuerza que valga —los labios de Justin se curvaron—. Tú me deseabas tanto como yo a ti.

Los ojos de Marianne se llenaron de lágrimas. Tuvo que tragar saliva para no prorrumpir en sollozos. El desdén de la voz de Justin reflejaba el desprecio que sentía hacía sí misma. Se giró y se alejó presurosa.

Justin fue tras ella, extendiendo la mano. Creyó haber visto un brillo de lágrimas en sus ojos mientras se giraba y lo acometió una repentina sensación de culpa. Se detuvo al oír la voz de Bucky, que llamaba a Marianne desde la terraza.

—Estoy... estoy aquí, milord —contestó ella, obligándose a mantener un tono sereno, e incluso alegre, mientras se alisaba rápidamente el cabello y la ropa.

Bucky bajó hasta el jardín para reunirse con ella, frunciendo el ceño preocupado.

—No debería estar aquí sola, señora Cotterwood.

—Oh, no creo que haya ningún peligro —Marianne sonrió—. Me... mareé un poco, así que decidí salir a tomar el aire. ¿Cree que... podría llevarme a mi casa, lord Buckminster?

Él accedió encantado, aunque expresó su preocupación por la salud de Marianne. Solo cuando estuvieron en el carruaje, de camino hacia su casa, recordó ella que no había hecho el menor intento de estudiar la disposición de la residencia de la fiesta o los objetos de valor que pudiera contener. Cerró los ojos, dejando que la charla insustancial de lord Buckminster cayera en oídos sordos.

Todo había sido culpa de lord Lambeth, naturalmente. De algún modo, había conseguido traspasar sus defensas y despertar en ella emociones y sentimientos que Marianne había creído extinguidos desde hacía mucho tiempo. Había sido una estúpida, se dijo, al dejarse arrastrar a la pasión por otro noble. Lambeth era igual que los demás. La deseaba carnalmente, pero sentía desprecio por ella. Creyó poder comprarla igual que se compraba un objeto en una tienda, para luego usarla y tirarla con la misma facilidad.

El odio embargó a Marianne. Deseó hacerle daño, humillarlo como él acababa de humillarla a ella. Le habría reportado una gran satisfacción conseguir que se enamorase de ella para después rechazarlo y aplastar su corazón con la punta del pie. Por desgracia, pensó, tal cosa no sería posible. Lambeth era incapaz de enamorarse de nadie, pues carecía de sentimientos.

Podía hacerle daño a través de Buckminster, desde luego. Marianne miró de reojo la afable cara de Bucky. Lambeth montaría en cólera si ella incitaba a Bucky a que la amara. Sin embargo, Marianne se sabía incapaz de hacer semejante cosa. Buckminster era un hombre demasiado bueno. Además, estaba claro que Penelope lo amaba y le partiría el corazón verlo enamorado de otra mujer. No, Marianne no podía hacerle algo así a Penelope.

La única idea viable que podía ocurrírsele era robarle a Lambeth algún objeto de valor. Quizá en la fiesta pudiera descubrir qué cosas eran las que más apreciaba, para que luego Piers y Harrison se las robaran. Lo malo era que Lambeth sospecharía de ella y, seguramente, no tendría reparo alguno en denunciarla a las autoridades. Si no lo había hecho ya, era porque aún tenía esperanzas de llevársela a la cama.

Al llegar a su casa, Marianne vio que estaban todas las luces encendidas. Descorazonada, supuso que todos estarían esperándola para oír su informe acerca de la mansión de la fiesta. ¿Cómo iba a explicarles que tal informe no existía?

Sintió cierto alivio cuando al entrar, después de despedirse de Bucky, vio que había una gran agitación en la casa y que nadie le preguntaba siquiera por la fiesta.

Se hallaban todos en la cocina, alrededor de una joven que permanecía sentada a la mesa, con una copa de coñac delante. Era una chica muy hermosa, con la tez clara y una larga melena de pelo rubio oscuro, casi rojizo. Había estado llorando, porque tenía las mejillas húmedas y los ojos enrojecidos. Piers se encontraba a su lado y tenía aspecto de estar furioso y todos hablaban a la vez, sin escucharse los unos a los otros.

—¿Qué sucede? —inquirió Marianne alzando la voz.

Della se giró hacia ella.

—¡Marianne! ¡Es terrible!

—¿Qué ha pasado? ¿Quién es esa chica?

—Oh, señorita, lo siento mucho —dijo la joven alzando los ojos para mirarla. Hizo ademán de levantarse, pero Marianne la detuvo con un gesto.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Esta es Iris —explicó Winny—. Vive al final de la calle. Trabaja de doncella en casa de los Cunningham. ¡Alguien la agredió en la calle!

—¿Quieres decir que alguien intentó...?

—Intentó estrangularme, señorita —exclamó la joven—. Justo ahí enfrente.

—¿Delante de nuestra casa?

La chica asintió enfáticamente.

—Acababa de salir de aquí cuando ese hombre saltó sobre mí y me rodeó el cuello con las manos. ¡Estaba muerta de miedo, sé lo aseguro!

—No me extraña. ¿Y qué pasó?

Iris se giró hacia Piers, con los ojos brillantes.

—Piers me salvó.

—Debí haberte acompañado a tu casa —dijo Piers con evidente aire de culpabilidad.

Iris le tomó la mano y se la acercó a la mejilla.

—No, tú no tienes la culpa. Yo no quería que me llevaras a casa. A mis señores no les hubiese gustado.

—De modo que estabas aquí, en esta casa.

—Sí, estuvo... hablando conmigo en el jardín un rato.

O coqueteando más bien, pensó Marianne, aunque no dijo nada.

—La oí gritar unos segundos después de que saliera —prosiguió Piers—, así que corrí a la calle y los vi. Le di un puñetazo a ese canalla, desde luego, y él la soltó y salió corriendo —frunció el ceño—. Ojalá hubiese podido pescarlo, pero no quise dejar a Iris allí tirada para perseguirlo.

—Claro que no —convino Della.

—¡Qué horrible! —un escalofrío recorrió a Marianne. Primero un hombre interrogaba a la doncella y a Rosalind, y luego ocurría aquello. Su casa ya no le parecía un refugio seguro.

—¿Crees que pudo tratarse del mismo hombre? —preguntó Marianne a Winny al día siguiente, mientras tomaban el té en la cocina.

—¿Y por qué iba a atacar a Iris? —señaló Winny—. Es a ti a quien busca, ¿no?

—Quizá solo quería interrogarla, pero ella se asustó y empezó a gritar, así que él intentó silenciarla. O quizá... —Marianne titubeó—. Bueno, quizá te parezca un poco rebuscado, pero ¿te has fijado en el color de pelo de Iris? ¿Y si, en la oscuridad, a ese hombre le pareció más pelirrojo que rubio? ¿Y si iba tras alguien con el cabello pelirrojo y conocía sus señas pero no su aspecto?

—¿Crees que confundió a Iris contigo?

—Es posible, ¿no te parece?

Winny la miró preocupada.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué iba a intentar matarte alguien que ni siquiera te conoce?

—¡No lo sé! Sé que parece poco probable, pero...

—¡Mamá! ¡Mamá! —en ese momento, Rosalind entró en la cocina, con las mejillas sonrosadas de excitación—. ¡Lo he visto!

—¿A quién?

—¡Al hombre que preguntó por ti ayer! Ven

—Rosalind se dirigió hacia la puerta, gesticulando con impaciencia—. Ven conmigo.

Marianne siguió a su hija escaleras arriba, acompañada por Winny. Rosalind las condujo hasta el dormitorio de Della y Harrison, situado en la parte frontal de la casa. Della estaba asomada a la ventana. Se giró al oírlas llegar.

—Todavía sigue ahí —dijo con el ceño fruncido—. ¿Quién será?

—Estaba aquí con tía Della —explicó Rosalind—, y me asomé a la ventana. ¡Entonces lo vi!

Marianne se acercó a la ventana y Della se apartó para dejarle sitio. Al otro lado de la calle, apoyado en la verja de la casa de enfrente, había un hombre bajo y más bien corpulento.

—¿Qué quiere, mamá? ¿Es un hombre malo?

—Sí, me temo que quizá lo sea, cariño. Hasta que lo sepamos con seguridad, mantente alejada de él, ¿de acuerdo? No quiero que salgas de la casa sin que Harrison o Piers te acompañen. Ni siquiera con Nettie.

—Está bien, mamá, no lo haré —Rosalind asintió solemnemente.

Marianne observó al hombre. Nunca lo había visto con anterioridad. En ese momento, la puerta de la casa de enfrente se abrió y un mayordomo salió y se acercó al hombre. Tras una breve conversación, el individuo se alejó a regañadientes.

Marianne emitió una risita.

–Quizá los vecinos se ocupen de él por nosotros.

–Qué bien que te vayas a esa fiesta dentro de unos días –dijo Winny–. Si alguien te está buscando, no dará contigo allí.

Marianne se giró para mirarla.

– ¡No puedo irme ahora! ¿Cómo voy a dejaros solos... sabiendo que podéis correr peligro?

–No corremos peligro –señaló Winny–. Si estás en lo cierto, atacó a Iris únicamente por su color de pelo. No creo que nos confunda a ninguno de nosotros contigo. Es más, estaremos más seguros si te vas, porque así no existirá el riesgo de que nos haga daño intentando atacarte.

–Bueno –los comentarios de Winny tenían su lógica, pensó Marianne –. Está bien. Pero no salgáis nunca solas. Salid siempre acompañadas, preferiblemente por Harrison o Piers.

Winny asintió.

–Así lo haremos. Y si ese tipo tiene el descaro de venir preguntando por ti, le diremos que ya no vives aquí –hizo una pausa y luego sonrió burlona–. Pero antes le preguntaré para qué te busca.

Marianne también sonrió. –De acuerdo. Así me sentiré más tranquila en la fiesta de Buckminster.

Aunque, desde luego, le sería imposible sentirse totalmente tranquila con Lambeth allí. Pero Marianne estaba decidida a dejar de lado aquellos sentimientos tan ridículos. Iría a la fiesta para hacer su trabajo, simplemente, y evitaría a lord Lambeth en la medida de lo posible. Después de aquello, probablemente no volvería a ver a aquel hombre detestable nunca más.

El carruaje del conde de Exmoor se detuvo lentamente y el hombre se subió en él. Se quitó el sombrero y se sentó frente a Exmoor.

–Fallaste –dijo el Conde sin preámbulos, con gesto impasible–. No solo no conseguiste acabar el trabajo, sino que te equivocaste de persona.

–Ya te dije que deberías haber contratado a un profesional –señaló el otro hombre con irritación, desviando la mirada–. Yo no estoy acostumbrado a asesinar.

–Tendrás que intentarlo de nuevo.

– ¡No puedo seguir rondando la casa, en espera de que una pelirroja salga por la puerta! –estalló el hombre.

–Por suerte, me he enterado de que nuestra amiga, la señora Cotterwood, piensa asistir a la fiesta que lord Buckminster da en el campo, la semana que viene. Ese estúpido cabeza hueca vino esta mañana para invitarnos a visitarlos. Nuestra casa de campo está cerca de la de Buckminster, y lady Exmoor es prima suya. Supongo que tendremos que ir.

–En ese caso, podrás hacer el trabajo tú mismo –sugirió su acompañante.

–Ni pensarlo. No deben relacionarme con el asunto en modo alguno. Lo que debes hacer es conseguir que te inviten a la fiesta de Buckminster. No será difícil, puesto que conoces al tipo, ¿verdad? Bucky es una persona patéticamente amistosa, de modo que apenas te costará trabajo sacarle una invitación.

– Es absurdo. Ni siquiera sabemos si esa mujer es la que buscamos.

–Oh, sí que lo es. La similitud de los nombres, su edad, el cabello pelirrojo... Todo encaja. Sin embargo, procuraré conocerla personalmente para cerciorarme.

–Yo no soy un asesino –protestó el hombre–. No puedo hacerlo. Anoche estuve temblando

durante horas, y eso que ni siquiera maté a esa chica. Es del todo imposible.

—Por supuesto que podrás hacerlo. Eres capaz de los actos más execrables cuando té sientes amenazado. Y, créeme, ahora lo estás.

—Disfrutas con todo esto, ¿verdad? ¡Te gusta destruir a los demás! Te complaces viéndolos sufrir.

—Me ayuda a aliviar el aburrimiento. Bueno, ¿qué contestas? ¿Harás el trabajo... o prefieres que ciertas personas reciban información sobre tus antiguas actividades?

— ¡Está bien! ¡Lo haré, maldita sea!

—Excelente. Estaba seguro de que verías la luz —Richard golpeó con el bastón el techo del carruaje y este se detuvo.

Con un leve gruñido, el otro hombre salió por la portezuela y el carruaje volvió a ponerse en marcha.

CAPITULO 8

Una semana más tarde, Marianne partió hacia Buckminster Hall en un carruaje con Penelope y Nicola. Buckminster y lord Lambeth las acompañaban a caballo.

—Bucky parece muy enamorado de ti dijo Penelope, y Marianne le dirigió una rápida mirada.

Se preguntó si Penelope estaría furiosa con ella, pero ver el rostro afable de la joven le bastó para descartar tal idea. Trataba valientemente de mostrarse complacida, aunque la delataba el temblor de su sonrisa.

—Los hombres siempre andan a la caza de nuevas conquistas. Pero suele ser algo pasajero. No me interesa lord Buckminster.

— ¿No? —preguntó Nicola arrastrando la voz—. Me ha parecido que te muestras muy amable con él.

—Sí —Marianne hizo un gesto para restarle importancia—. Y seguiré mostrándome amable, de momento. Veréis, forma parte de mi plan.

—¿Qué plan? —inquirió Penelope.

—Pues mi plan de acabar con el enamoramiento de su señoría —explicó Marianne.

Nicola enarcó las cejas y Penelope pareció asombrada.

—¿Qué... qué quieres decir? —preguntó.

—Al principio no sabía muy bien qué hacer —empezó a decir Marianne—. Es evidente que lord Buckminster no me ama realmente. Apenas me conoce. Lo suyo no es más que uno de esos encaprichamientos que tienen los hombres de vez en cuando. Y creo que Penelope es la mujer perfecta para él. Pero Bucky aún no se ha dado cuenta.

Penelope se ruborizó.

—Oh, no... Bucky no me quiere. Es decir, sí me quiere, pero del mismo modo que a Nicola o a... una hermana. Es muy amable conmigo.

—Creo que es algo más que simple amabilidad. ¿O no recuerdas cómo se disgustó el otro día, cuando tu madre no quiso que asistieras a la fiesta?

—¿Tú crees? —Penelope no pudo disimular la nota de esperanza que se filtró en su voz. Nicola observaba a Marianne pensativamente.

—Sí, creo que te quiere mucho. Pero, como digo, aún no se ha dado cuenta. Tendremos que ayudarlo nosotras.

—¿Y cómo sugieres que lo hagamos? — quiso saber Nicola.

—Habrá que conseguir que se desenamore de mí. De ese modo, no sufrirá tanto como con un rechazo y quedará con el corazón intacto y listo para enamorarse de Penelope.

—Pero ¿cómo pretendes conseguir tal cosa? — inquirió Penelope con los ojos muy abiertos—. Nunca había visto a Bucky así de enamorado.

—Me mostraré cruel, exigente y autoritaria. Protestaré y me quejaré continuamente. Exigiré que me dedique toda su atención y deje de lado las demás actividades, por mucho que le seduzcan.

—Como la caza —dijo Nicola—. Los hombres siempre van de caza en este tipo de ocasiones.

Marianne le dirigió una sonrisa de complicidad.

—Sospecho que, de ese modo, lord Buckminster no tardará en cansarse de mí.

—¡Magnífico! —Nicola sonrió—. Para mí será un placer ayudarte en lo que pueda.

—Bien. Puedes ponerte a charlar conmigo cuando él esté cerca, para que descubra lo superficial que soy. Incluso podemos planear de antemano las conversaciones.

— Sí. Y si conseguimos que Penelope, en cambio, parezca apasionada, amable e inteligente...

—Exacto.

—Es una idea absolutamente maravillosa — dijo Nicola.

—Gracias.

—Todo eso me parece muy bien —terció Penelope, insegura—. Pero ¿creéis que así acabará enamorándose de mí?

—Tú estarás ahí cuando Bucky te necesite. Cuando desee hablar con alguien, estarás ahí para escucharlo y darle un cariñoso apoyo.

—Pero fíjate en mí. No soy hermosa ni tengo encanto. Nicola me ha prestado vestidos y ha intentado enseñarme a coquetear, pero no se me da bien. Siempre me he esforzado para nada.

—No tienes por qué esforzarte —dijo Marianne con firmeza—. Ese ha sido tu primer error. Verás, a Bucky ya le gustas tal como eres. Tan solo debe darse cuenta de que es a ti a quien ama. Yo me mostraré cruel y despiadada, tú amable y comprensiva. Yo seré superficial, tú inteligente y bondadosa. Nicola y yo procuraremos que podáis estar juntos para que él comprenda lo distintas que somos.

Penelope sonrió.

—Bueno, si crees que así...

—Estoy convencida. En cuanto a tu aspecto... otro peinado ayudaría.

—De eso me encargo yo —dijo Nicola confiadamente—. Y no sabes cómo mejoras de aspecto cuando estás lejos de tu madre, Pen. Pareces mucho más radiante.

—Y yo puedo dejarte algunos de mis vestidos —sugirió Marianne.

Pasaron el resto del viaje conversando animadamente y haciendo planes. En un determinado momento, el nombre de lord Lambeth salió a colación.

—Ese sí que es guapo —dijo Nicola.

—Sí, guapísimo —convino Penelope antes de sonreír malévolamente a Marianne—. Yo

diría que también te ha echado el ojo.

—Cierto —asintió Nicola, aunque añadió en tono de advertencia—: Pero dicen que va a casarse con Cecilia, y para mí que es verdad. La gente de esa familia nunca se casa por amor. Ese hombre puede destrozarte el corazón.

—Lo sé. No tengo ninguna intención de caer en su trampa.

—¡Pero, ay, esos ojos! —Penelope suspiró afectadamente y las otras dos mujeres sé echaron a reír.

—Sí. Malditos sean esos ojos.

Cuando el carruaje se detuvo en una posada unas horas más tarde, las tres se bajaron ya como amigas íntimas. Fiel a su palabra, Marianne ignoró a Bucky y coqueteó descaradamente con lord Lambeth. Al principio, este pareció levemente sorprendido ante la mirada lánguida que ella le dirigió mientras la ayudaba a bajar del carruaje, pero luego correspondió a sus coqueteos. La halagó y le dedicó encendidos elogios mientras caminaban hacia la posada y se sentaban para tomar un ligero refrigerio, mirándola con un indolente cinismo que dejaba claro que no la tomaba en serio ni por un momento.

—Lo estás haciendo a la perfección, ¿eh? —le dijo Lambeth entre dientes mientras la acompañaba de vuelta al carruaje.

Marianne lo miró con desdén.

—No sé de qué está hablando.

—De tu intento de poner celoso a Bucky coqueteando conmigo.

—Jamás se me ocurriría tal cosa.

—Mmm. Seguro que no. Pero parece que está dando resultado. Bucky está verde de celos.

—Personalmente, nunca me han gustado los hombres verdes.

Él enarcó las cejas.

— ¡Señora Cotterwood! Estoy escandalizado. ¿Lo ha dicho con un doble sentido?

—¿Qué? No. ¿A qué se refiere? —inquirió Marianne, sorprendida. Luego, al comprender las connotaciones sexuales que podían aplicarse a su comentario, se ruborizó—. ¡No! No era esa mi intención.

El cálido brillo risueño de sus ojos hizo que se ruborizara aún más. Marianne le frunció el ceño.

—Es usted un hombre grosero y maleducado, y no sé por qué pierdo mi tiempo hablando con usted —se separó de él y avanzó hacia el carruaje por su cuenta. Bucky se acercó presuroso para ayudarla a subir y Marianne le sonrió.

—Gracias, milord. Algunos hombres sí son unos caballeros —miró sobriamente a lord Lambeth, que permanecía a unos cuantos pasos de distancia, sonriéndole de forma irritante.

Pasaron la noche en una posada, donde Nicola, Penelope y Marianne tuvieron que compartir una habitación. El comedor de la posada estaba lleno y no disponía de reservados, de modo que las tres mujeres cenaron también en su cuarto. Marianne sintió alivio al no tener que pasar la velada con Lambeth o Buckminster, que permanecieron en el comedor. Al día siguiente, el carruaje reemprendió el viaje hacia Dartmoor.

Llegaron a la finca de Buckminster por la tarde. Mientras los mozos de cuadra acudían de inmediato para hacerse cargo de los caballos de Bucky y lord Lambeth, la puerta principal de la casa, un enorme edificio de piedra amarillenta, se abrió y un solemne mayordomo salió para dar la bienvenida a lord Buckminster. Lo seguía una mujer, mayor y regordeta, que saludó a Bucky con mucha menos formalidad. Abrazó al joven y le dio sendos besos en las mejillas,

entre exclamaciones de alegría.

Nicola sonrió al ver la escena.

—Ah, veo que la aya sigue aquí. Siempre que Bucky vuelve a casa, chilla de alegría como si acabara de verlo regresar de la guerra.

Lord Lambeth se acercó para ayudarlas a bajar del carruaje, puesto que Bucky seguía ocupado saludando a la servidumbre.

— ¡Bucky! Entrad, hijo, haz pasar a tus invitados. No los tengas ahí al sol.

Marianne alzó la mirada para ver a una mujer de mediana edad situada en la puerta. Lady Buckminster era una mujer muy alta, con una constitución parecida a la de su hijo y, obviamente, no era esclava de la moda. Iba vestida con unas botas y un traje de montar marrón visiblemente anticuado. Llevaba el pelo gris recogido en un sencillo moño y su tez no era del suave tono pálido propio de la mayoría de las damas, sino bronceada y curtida por el viento.

Le dio a Buckminster un beso en la mejilla y luego avanzó para tomar la mano de lord Lambeth.

—Celebro mucho volver a verte, Lambeth. Cáster me ha prometido una cacería decente. Aún no es temporada, desde luego, pero procuraremos hacer lo posible —se giró hacia las mujeres—. Nicola, querida. Hacía mucho tiempo que no te veía. Estás muy delgada, jovencita. Tendremos que engordarla un poco, ¿verdad, señora Waterhouse? —añadió mirando por encima del hombro al ama de llaves—. Y Penny, hija mía, me alegra que hayas venido.

—Gracias. Siento que mi madre no haya podido venir, pero tenía que...

Lady Buckminster la interrumpió con un gesto.

—Lo pasarás mucho mejor sin ella —declaró sin ambages—. Siempre le digo a Úrsula que te tiene demasiado controlada —se giró hacia Marianne—. Usted debe de ser la señora Cotterwood. Bucky me habló mucho de usted en su nota. Vaya, es guapísima. Comprendo que mi hijo se haya fijado en usted. Bienvenida a nuestra casa. ¿Monta a caballo?

— Siempre que puedo —mintió Marianne. Había tomado lecciones algunos años antes y sabía montar decentemente, pero apenas tenía ocasiones para practicar—. Pero me temo que no tengo caballos.

—Es difícil en la ciudad —dijo lady Buckminster comprensivamente—. Un lugar horrible. Yo nunca voy. Pero no se preocupe. Le daremos un buen caballo. Acabará montando tan bien como Penelope en un santiamén —sonrió a la jovencita situada al lado de Marianne—. Penny cabalga como una verdadera amazona —se dio media vuelta y entró en la casa—. Adelante, tomaremos unas tazas de té.

El grupo entró tras ella. Penelope tomó el brazo de Marianne y le dijo en voz baja:

—Tranquila, no te obligará a montar si no quieres. Lady Buckminster está loca por los caballos, como ya habrás adivinado, pero es muy bondadosa.

—No me importará tener que montar, aunque confieso que no tengo mucha experiencia.

—Tía Adelaida es un encanto —dijo Nicola afectuosamente—. Se ha portado muy bien conmigo. Cuando murió mi padre, mi madre y yo nos vinimos a vivir aquí. Nuestra casa pasó a manos de mi primo, que heredó el título al no tener yo hermanos varones, y mi madre no se llevaba bien con su esposa. Más tarde, mi madre compró una casa en Londres, pero yo me quedé aquí con tía Adelaida y Bucky. Era feliz viviendo con ellos —sonrió al recordar, pero Marianne creyó percibir también cierta tristeza en sus ojos.

Una vez dentro, vieron que ya habían llegado otros dos huéspedes. Lady Buckminster los presentó como sir Georgé Merridale y Sophronia, su esposa. George era un hombre sencillo y

discreto, de unos cuarenta y pocos años, cuyo rostro anguloso delataba su antigua herencia normanda. Su esposa, igual de sencilla, era baja y regordeta, y hablaba sin parar.

Marianne se fijó en que lady Merridale iba cargada de joyas. Llevaba tres anillos en cada mano, uno de ellos con un resplandeciente diamante. En su muñeca brillaba un brazalete de esmeraldas, compañero de los pendientes que pendían de sus orejas.

Marianne notó movimiento a su lado y una voz masculina le susurró en el oído:

–¿Estás pensando en quitarle a lady Merridale algunas de sus joyas?

Marianne alzó la mirada hacia los chispeantes ojos dorados de lord Lambeth. No pudo evitar sonreír.

–Creo que lucirían mejor, ¿no le parece?

–Oh, desde luego. Quizá podríamos planear el golpe conjuntamente.

Marianne tuvo que recordarse a sí misma la antipatía que sentía por aquel hombre. ¿Cómo podía ser tan encantador en unas ocasiones y tan despreciable en otras?

–Esperaba que me permitiera el honor de enseñarle los terrenos –siguió diciendo Lambeth, con una sonrisa que produjo a Marianne extrañas sensaciones–. Son muy hermosos.

–De acuerdo –aceptó Marianne–. Me irá bien estirar las piernas.

–¡Qué idea tan espléndida! –exclamó lady Merridale, oyéndolo–. ¿Por qué no vamos todos? George, querido...

Marianne se fijó de reojo en Lambeth, quien miraba a lady Merridale con desconcierto. Luego miró a Marianne, que tuvo que disimular una sonrisa.

–Creo que yo me quedaré charlando con tía Adelaida –dijo Nicola, que ni siquiera se molestó en ocultar su traviesa sonrisa.

Los demás salieron al jardín. Marianne tomó el brazo de Lambeth, dejando que Penelope acompañase a lord Buckminster.

–Me temo que estoy acostumbrada a caminar deprisa, milord –dijo Marianne en voz alta cuando hubieron salido–. He comprobado que es bueno para la salud.

–Procuraré mantener su ritmo –le aseguró Lambeth seriamente.

Marianne apretó el paso, dejando a Sophronia y los demás atrás. Rodearon unos setos altos, perdiendo de vista al resto del grupo, y Lambeth la condujo fuera del sendero.

–Por aquí –dijo tomándole la mano y echando prácticamente a correr por la extensión de hierba.

Cuando se detuvieron para recuperar el aliento, Lambeth bajó la mirada para contemplarla y el comentario provocador que sé disponía a hacer se extinguió en su garganta. Alzó la mano para acariciarle la mejilla con los nudillos.

–Qué hermosa eres.

Marianne retrocedió rápidamente.

–¡Señor! Está muy equivocado. No he salido al jardín para estar a solas con usted. Lo que le dije la otra noche iba en serio. Si pretende acosarme...

–No. Le aseguro que no –como si deseara mostrar sus buenas intenciones, Justin le ofreció el brazo y la condujo hasta el pequeño jardín de rosas que se extendía a unos cuantos metros.

Lambeth no era ningún estúpido en lo referente a las mujeres. Sabía que la mejor manera de impedir que Marianne clavara sus garras en Bucky era ganarse él mismo sus favores, una meta que también satisfacía sus propios deseos. Pero, para conseguirlo, tendría que hacer las

paces con ella.

—Señora Cotterwood, debo pedirle disculpas por mi conducta de la otra noche —dijo hablándole otra vez de usted—. Obviamente, me equivoqué con respecto a sus intenciones.

—Obviamente —Marianne la miró de soslayo, dando poco crédito a su afirmación.

—Dije cosas que no debí decir. Sin duda, pensaré que soy un necio o un canalla.

—O ambas cosas —añadió Marianne en tono amable.

Él la miró sorprendido y luego esbozó una sonrisa burlona.

—Veo que no tiene intención de ponérmelo fácil.

—No sé por qué habría de tenerla.

—Lo comprendo —Justin suspiró—. Le ruego que acepte mis sinceras disculpas, señora Cotterwood. Hablé precipitadamente. Ahora me doy cuenta de mi error.

—¿De veras? —inquirió Marianne cínicamente—. ¿Y qué es lo que ha motivado ese considerable cambio de opinión?

Él no había esperado semejante pregunta y, por un momento, permaneció indeciso.

—Pues... fue la rabia con la que me rechazó. Comprendí que había juzgado mal su carácter. Obviamente, sus principios son mucho más elevados de lo que yo había creído.

Marianne se detuvo y se giró para mirarlo.

—Lord Lambeth, está claro que sigue usted tomándome por tonta. ¿Espera que me crea que ha cambiado de opinión en tan poco tiempo? Me acusó de robar. De intentar estafar a su amigo Bucky. A continuación, intentó comprar mis favores, como si mi virtud estuviera en venta. ¿Y ahora ha decidido que nada de eso es cierto?

— ¡Estabas robando! —exclamó Justin a la defensiva—. ¡Te sorprendí mirando la caja fuerte!

—¿Tomé algo?

—Claro que no. Te pillé antes de que pudieras hacerlo.

—Francamente, lord "Lambeth, ¿qué creyó usted que iba a hacer? ¿Guardarme la plata de la familia debajo de la falda? ¿O meterla en un saco y echármela a la espalda? Es absurdo.

—Podrías haberte guardado algunas joyas fácilmente. O quizá simplemente estabas examinando la casa para tus compinches. Nada más conocer al joven Piers y los demás, comprendí que probablemente actuabas como parte de un grupo de ladrones. ¿Qué haces, te sirves de tu belleza y tu porte refinado para introducirte en las casas de los ricos? ¿Localizas los objetos de valor y la caja fuerte para que luego tus amigos acudan a robarlos más tarde? Un buen plan, no lo niego. Lo que no sé es si aprendiste los modales y la forma de hablar de una dama para ese fin, o si te criaste como tal y luego te echaste a perder.

Lo que usted crea me trae sin cuidado. Pero le agradecería que dejara de verme como alguien capaz de vender su propio cuerpo. ¡Como si los nobles fueran los únicos con principios morales!

—Sé que hay muchas personas buenas y honradas que no son nobles ni ricas. ¡Pero no pondría entre ellas a los ladrones, tahúres y carteristas!

—Al menos, está siendo sincero. Ahora sé lo que piensa de mí. No trate de hacerme creer otra cosa. Lo único que le interesa es impedir que perjudique a Buckminster y está dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de lograrlo. Incluso seducirme. Pero sus trucos no darán resultado, señor. Ahora, si me dispensa, volveré a la casa y pediré que me lleven a mi habitación.

Marianne se dio media vuelta y se alejó de él.

CAPITULO 9

Mientras Marianne bajaba por las escaleras para asistir a la cena, sus ojos se desviaron hacia Lambeth, que en ese momento conversaba con otro caballero. Él se giró para mirarla. Marianne volvió la cabeza rápidamente y sintió que un rubor revelador se extendía por su cuello, esperando que Lambeth estuviera demasiado lejos como para notarlo.

Luego paseó la mirada por el salón, en busca de Penelope y Nicola. Las vio charlando con Buckminster y otras personas. Penelope, comprobó Marianne con satisfacción, tenía mucho mejor aspecto aquella noche. Nicola y ella la habían ayudado a peinarse y a ataviarse con un vestido verde claro que favorecía a su color de piel.

Marianne avanzó hacia el grupo, mirando de reojo a lord Lambeth. Buckminster acudió a su encuentro sonriente y Marianne, consciente de la mirada de Lambeth, le devolvió la sonrisa y le tendió la mano.

—Lord Buckminster —dijo alegremente, como si llevara siglos sin verlo, mientras él se inclinaba para besarle la mano—. ¿Damos un paseo?

Buckminster, naturalmente, aceptó gustoso, y ambos emprendieron un lento paseo por el enorme salón.

Marianne le sonrió.

—Estoy segura de que la señorita Castlereigh estará echando chispas.

Bucky pareció sorprendido.

—¿Penelope? ¿Por qué?

—Pues porque lo he separado de ella.

—¿Penelope? Oh, no. Es una buena muchacha, amiga mía desde hace años.

Marianne emitió una risita y le dirigió una mirada compasiva.

—Oh, vamos, lord Buckminster. Esa chica está enamorada de usted.

El se quedó mirándola con estupefacción.

—No, está usted equivocada —se giró para mirar a Penelope, como si la viera con otros ojos—. No puede ser.

Marianne se encogió de hombros con indiferencia.

—Ella intenta disimularlo, desde luego.

Sabe que no tiene ninguna posibilidad. Pobrecilla, qué mal debe de sentirse siendo tan insulsa.

— ¡Penelope no es insulsa! —protestó lord Buckminster en tono ofendido. Luego miró a Marianne con dolida sorpresa—. Creí que Penelope era amiga suya.

Marianne emitió una risita.

—Pero, lord Buckminster, ¿no comprende que una mujer insulsa es la mejor amiga que otra mujer puede desear? Así no hay peligro de que le arrebate el novio.

Buckminster exhaló un jadeo de sorpresa, su agradable faz contraída de horror. Marianne suspiró interiormente. Detestaba tener que caerle antipática.

—Estoy seguro de que no lo ha dicho en serio, señora Cotterwood.

—Cielos, no. Solo era una pequeña broma —contestó Marianne. No había esperado que los sentimientos de Bucky cambiaran en un solo instante, pero sabía que su cruel comentario sembraría en él la semilla de la duda. Empezó a coquetear con Buckminster de nuevo. Se

estaban acercando a lord Lambeth.

Lambeth y su acompañante se inclinaron al verlos llegar, y Buckminster se detuvo para presentar a Marianne al otro hombre. Era sir William Verst, uno de los amigos de Bucky y Lambeth. Su tema favorito de conversación parecían ser los caballos, pues no hablaba de otra cosa.

Al cabo de un rato, a la hora de la cena, Marianne ya había sido presentada al resto de los invitados. Además de sir William, había otros dos caballeros sin pareja, amigos de lord Buckminster. Lesley Westerton era bajo y ligeramente regordete. Hablaba mucho y con gran ingenio. Lord Chesfield, en cambio, era moreno, alto, delgado y desconcertantemente callado. Ambos, había asegurado lord Buckminster, eran «tipos excelentes», aunque hubo de admitir con cierto apuro que Westerton no montaba bien a caballo. Aquello, comprendió Marianne, era un defecto muy importante para él.

Bucky condujo a Marianne hacia Penelope, que en aquel momento conversaba con Chesfield y Westerton. Marianne, en cuanto hubo sido presentada al grupo, procedió a coquetear con ambos hombres. Pudo percibir la creciente consternación de Bucky, pero se obligó a seguir adelante. Al cabo de un momento, expresó su interés en contemplar un cuadro situado en el extremo opuesto del salón y Westerton se ofreció a acompañarla. Chesfield, naturalmente, fue con ellos. Marianne dejó a Bucky en las comprensivas manos de Penelope, sin mirarlo siquiera.

Descubrió que Westerton era extraordinariamente dado a los chismorreos. Sir George Merridale, según le informó, se había casado con la voluble Sophronia por su dinero.

—¿En serio? —Marianne miró especulativamente a la pareja—. ¿Y qué hay del señor Thurston y su mujer?

Westerton se encogió de hombros.

—Por lo que yo sé, es un tipo normal en todos los sentidos. Familia decente y dinero decente. He oído que se corrió algunas juergas cuando era joven, pero ¿quién no? Su secretario proviene de una antigua familia, pero no tiene dinero. Es un hombre inteligente, he hablado con él. Y luego está Verst, un buen tipo si uno no le habla de caballos.

Marianne dejó escapar una risita.

—Está usted siendo algo duro con todos los invitados, ¿no cree?

—No diría nada malo de lord Lambeth, desde luego. No me atrevería. Es muy bueno con los puños.

—Bueno, yo creo que es más orgulloso de lo que le conviene —Marianne miró al otro lado de la sala, donde Lambeth permanecía hablando con lady Buckminster. La contemplaba con evidente afecto y se reía ocasionalmente con sus comentarios. Marianne experimentó una súbita punzada de dolor en el pecho. ¿Cómo sería sentirse mirada así por lord Lambeth?

Westerton enarcó una ceja.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? ¿Acaso el futuro duque de Storbridge ha tenido algún tropiezo con usted? Normalmente suele ser muy admirado por las mujeres.

—Por mí, no. Lo encuentro grosero y arrogante.

—¿Qué le ha hecho? Estoy desconcertado.

Marianne hizo un gesto con la mano para restar importancia al asunto. Ya había revelado demasiado con su afirmación.

—Es muy orgulloso, sí —terció Chesfield de repente, sorprendiéndolos a ambos—. Toda su familia lo es. Suele ocurrir con los duques.

En ese momento, lord Lambeth se giró y fijó la vista en el grupo, mirándolos con ojos fríos como el mármol.

–Oh, cielos –murmuró Westerton–. Parece que esta noche me he ganado la enemistad de dos lores. Buckminster no me preocupa, pero no sé si me gustaría incurrir en la ira de Lambeth, aun por unos ojos tan hermosos como los de usted.

–No se preocupe –Marianne miró a Lambeth con acritud–. Dudo que sea usted el blanco de su ira. Lord Lambeth y yo hemos tenido algunos... roces.

–Mmm –Westerton alzó la mano para saludar a Lambeth–. Por favor, mi querida señora Cotterwood, dígame qué ha hecho Lambeth para inspirarle tal rencor. Confieso que me embarga la curiosidad. ¿Debo retarle por usted?

Marianne emitió una carcajada.

–No, no creo que sea necesario.

Lambeth le dijo algo a lady Buckminster y después hizo ademán de avanzar hacia ellos.

Pero en ese momento el mayordomo anunció que la cena estaba servida. Justin frunció el ceño, se detuvo y regresó con lady Buckminster para cumplir con su deber de acompañarla hasta la mesa. Marianne tomó el brazo de Westerton, aliviada, y juntos salieron de la sala.

Marianne se levantó temprano al día siguiente. La noche anterior, después de la cena, lady Buckminster anunció que había planeado hacer una pequeña excursión a caballo a las cataratas White Lady aquella mañana.

–Parece un camino demasiado largo para hacerlo a caballo –se quejó Marianne cuando llevaban un rato de marcha–. ¿No podríamos haberlo hecho en carruaje?

–Hay que viajar a campo traviesa –explicó Buckminster con una sonrisa–. Ni siquiera el coche que transporta la comida podrá llegar hasta las cataratas. Tendrán que llevarla a pie durante la última etapa del trayecto.

–Qué horrible –protestó ella con intencionada petulancia–. ¿De verdad merece la pena tanta molestia?

– Oh, las cataratas constituyen una vista preciosa –le aseguró lord Buckminster–. Sé que, cuando las vea, habrá dado por bueno el viaje.

Marianne frunció los labios.

–Ojalá. Hace demasiado calor. Espero no tostarme – se palpó la pálida mejilla con preocupación.

Vio una efímera expresión de duda en los ojos de lord Buckminster. Pero apenas duró un instante.

–Está usted muy hermosa –le aseguró Bucky con una sonrisa.

Al cabo de unas cuantas millas, vieron que otros tres jinetes se aproximaban a ellos. Dos hombres y una mujer, a lomos de excelentes caballos. Lady Buckminster los saludó con un efusivo gesto.

–¿Quién es ese caballero? –inquirió Marianne con curiosidad.

–Oh, es el conde de Exmoor. Él y sus huéspedes nos acompañarán en la excursión de hoy. Son la señorita Cecilia Winborne y Fanshaw, su hermano –explicó Buckminster en tono inexpresivo, y Marianne tuvo la sospecha de que no simpatizaba con ninguno de los recién llegados.

–La señorita Winborne... es la que va a casarse con lord Lambeth, ¿verdad? –inquirió en tono fingidamente casual.

–No están comprometidos –respondió Buckminster casi con brusquedad–. La gente lo da por sentado, pero Lambeth jamás le ha propuesto matrimonio.

—Me da la impresión de que no aprecia a la señorita Winborne.

El rígido semblante de Bucky se relajó.

—Es usted muy perspicaz, señora Cotterwood —dijo sonriendo—. Los Winborne son, en mi opinión, una gente muy fría. Es una buena familia, desde luego, pero yo personalmente jamás me casaría con Cecilia.

—Estoy segura de que a lord Lambeth no le importará —repuso Marianne fríamente.

—Lady Buckminster —dijo el conde de Exmoor al llegar hasta ellos, quitándose el sombrero y haciendo una reverencia—. Es para mí un placer acompañarles en esta excursión.

—Hace un día precioso, ¿eh? —contestó lady Buckminster con jovialidad—. Hola, Cecilia. Fanshaw, celebro mucho que hayáis venido.

Cecilia respondió educadamente al saludo, pero Marianne advirtió que sus ojos se desviaban hacia lord Lambeth. Él hizo un leve gesto de asentimiento, aunque Marianne no vio señal alguna de afecto en su mirada.

—¿Dónde está Deborah? —preguntó Nicola adelantándose con su caballo. Marianne advirtió, sorprendida, que tenía expresión de enojo.

—Tu hermana no ha podido venir —respondió el Conde con calma, lo que sorprendió aún más a Marianne. Nicola no había dicho nada de que su hermana viviese cerca—. Me temo que está indispuesta. Ya sabes lo frágil que es.

—No lo era antes de casarse contigo —repuso Nicola. El aire pareció cargarse de tensión. Todo el grupo miraba a ambos con interés.

—Oh, cielos —musitó Bucky entre dientes, acercándose a Nicola y el Conde—. Buenos días, Exmoor. Lamento que Deborah no haya podido venir. Nicola tenía muchas ganas de verla. ¿No es así, Nicky?

—Sí —respondió Nicola sin mirar a Exmoor.

—Por favor, dale a Deborah recuerdos de nuestra parte —añadió Buckminster dirigiéndose al Conde, quien asintió.

—Será mejor que volvamos a ponernos en marcha —dijo lady Buckminster—. Ya hemos perdido bastante tiempo.

Bucky arreó su caballo, situándose entre Nicola y Exmoor. Empezó a hablar tranquilamente con Nicola a medida que se adelantaban, acompañados por Penelope. El Conde se quedó algo atrás, junto a Alan Thurston, mientras Cecilia y su hermano cabalgaban al lado de lord Lambeth, Verst y los demás jóvenes. Cecilia se giró y posó la mirada en Marianne. La miró durante unos segundos, sin expresión, y seguidamente volvió a darse la vuelta. Lambeth, por su parte, se hizo a un lado y esperó pacientemente a que Marianne y el señor Westerton se acercaran. Quitándose el sombrero, les hizo una reverencia.

—Señora Cotterwood, señor Westerton —dijo mientras dirigía a este último una mirada cargada de intención—. Me extraña que no esté cabalgando junto a su amigo Chesfield y los demás.

—Ya sabe lo mal que se me da montar a caballo, Lambeth. Sinceramente, no habría venido de no ser por la insistencia de la señora.

—Mmm. Lástima. La señorita Winborne ha preguntado por usted.

Westerton enarcó las cejas con incredulidad.

—¿Cecilia Winborne? Me considera un necio impertinente, y usted lo sabe muy bien.

—Aun así, sería poco educado por su parte no saludarla, ¿no le parece? Y creo que cabalgaría más a gusto con su grupo —Lambeth lo miró con una ceja arqueada, hasta que el otro suspiró

al fin.

—Está bien, le dejaré el campo libre, Lambeth. Si me disculpa, señora Cotterwood – hizo una reverencia y arreó su caballo.

Marianne miró a lord Lambeth con resentimiento.

—Desde luego, sabe cómo deshacerse de los demás.

—Sí –contestó él sin inmutarse—. Es uno de mis muchos encantos.

Cabalgaron en silencio durante un momento y luego Lambeth señaló a Buckminster, que cabalgaba junto a Nicola y Penelope.

—Parece que has perdido a uno de tus admiradores.

—A dos, en realidad... gracias a usted –señaló Marianne sarcásticamente. Luego optó por cambiar de tema—. ¿Qué le pasa a Nicola?

Lambeth se encogió de hombros.

—No lo sé. Incluso dudo que el propio Bucky lo sepa. Pero todo el mundo sabe que Nicola desprecia al conde de Exmoor—Lambeth frunció un poco los labios al pronunciar el nombre.

—Deduzco que a usted tampoco le cae muy bien.

—No es la clase de hombre que quisiera tener como amigo, aunque tampoco lo considero un enemigo. Simplemente, hay algo en él que... —Justin dejó la frase en suspenso.

—¿Pero la hermana de Nicola es su esposa?

—Sí. Ya llevan varios años casados. Supongo que la enemistad entre Nicola y Richard tiene algo que ver con eso, aunque ignoro exactamente de qué se trata. Imagino que el Conde no es lo que se dice un marido ideal. Ya apenas ve a Deborah. Ella siempre se queda aquí, en el campo, y no va nunca a Londres. Su salud es muy frágil. Tengo entendido que se han truncado varios de sus intentos de tener descendencia.

Marianne comprendió que era una forma educada de decir que había tenido algunos abortos.

—Oh. Ya entiendo. Pobre mujer.

Cecilia Winborne se giró de nuevo para mirar a Marianne. En su cara no se reflejó expresión cuando vio a lord Lambeth cabalgando junto a ella, pero Marianne intuyó que la señorita Winborne no estaba destinada a ser amiga suya.

Confirmando su sospecha, Lambeth dijo:

—Creo que la señorita Winborne ha venido para proteger su inversión.

—¿Su inversión?

Lambeth esbozó una sonrisa sardónica.

—No me digas que no has oído los rumores de que ella y yo tenemos un acuerdo.

—Sí. ¿Son ciertos?

Él se encogió de hombros.

—Es lo que nuestras familias desean. Lo que Cecilia desea.

—¿Y usted?

—Es tan adecuada como otra joven cualquiera. Y, al menos, no espera que le sea fiel ni le susurre bellas palabras de amor. Ve el matrimonio de la misma forma que yo.

—¿Cómo un simple acuerdo? ¿Sin amor?

—Eso suele ser el matrimonio. Una simple alianza con otra familia. El amor no está incluido en él.

—Quizá sea así para un futuro duque —admitió Marianne—. Pero no lo es para todo el mundo.

—Sin duda, tú y tu marido os casasteis por amor —repuso Lambeth en tono cínico.

Marianne se puso rígida. Por un momento, había olvidado por completo su papel de viuda.

—Eso no es asunto suyo, milord —contestó Marianne, negándose a corresponder a su tuteo.

—Desde luego que no. Pero eso no impide que sienta curiosidad por tu esposo.

—Me temo que no podrá satisfacerla. Prefiero no hablar de mi difunto marido.

—Mmm. ¿Ni siquiera querrás decirme si está realmente muerto o no?

—¿Qué? ¿Cómo se atreve? —dijo Marianne con las mejillas inflamadas, aunque no sabía si se debía al enojo o a la vergüenza.

—Vamos, vamos, conmigo no tienes que fingir. Soy el único que sabe que eres una farsante. Y, la verdad, no me importa, aunque espero que tus amigos y tú dejéis en paz a Bucky. Lady Buckminster se disgustaría mucho si perdiera sus tesoros.

—Mientras no fueran sus caballos, no creo que le importara mucho —contestó Marianne con franqueza.

—Sí, acaso tengas razón —convino Justin sonriendo—. Pero nos estamos apartando de lo que interesa. Me gustaría saber más de la persona que eres en realidad. La madre de Rosalind. Una mujer bella y apasionada. Pero ¿qué más hay? Ni siquiera sé si Cotterwood es tu auténtico apellido. Por algún motivo, lo dudo.

—Esta conversación es absurda. Si yo fuese la mujer que afirmas —dijo Marianne tuteándolo por fin—, ¿por qué iba a confesártelo?

—¿Quizá porque podría resultarte placentero tener una relación honesta con alguien?— Sé la clase de relación que buscas —dijo Marianne con una nota de amargura en la voz—. Y no creo que sea precisamente «honesto».

—¿No? Yo creo que, en ocasiones, es mucho más honesta y auténtica que la mayoría de los matrimonios. Al menos, se basa en una pasión genuina.

Marianne lo miró con desprecio.

—Por parte del hombre, quizá. Al fin y al cabo, él es el que paga. La mujer, en cambio, se vende. Y, como todo vendedor, solo le dice al cliente lo que este desea oír.

—Ay. Un golpe directo —Lambeth dejó escapar una risita—. Pero yo sé que sientes algo por mí. Percibí tu pasión. No puedes negarlo, por mucho que quieras. No te pido palabras de amor. Solo te pido el calor que sentí en ti. Esa es la honestidad, la verdad que busco.

Marianne notó cómo los ojos de él taladraban los suyos mientras le sostenía la mirada, en espera de una contestación. Ella titubeó. Jamás había deseado a un hombre como deseaba a Justin, con una ansiedad que no era solamente física.

—¿Honestidad? —dijo al fin—. Dudo que conozcas el significado de esa palabra. Lo que «buscas» es alejarme de lord Buckminster. Ya me has dicho que esa es la razón de que quieras convertirme en tu querida.

— ¡Buckminster! —en realidad, Lambeth se había olvidado por completo de Bucky, comprendió sintiéndose culpable. Marianne siempre conseguía expulsar todo pensamiento racional de su cerebro—. No quiero hablar de Buckminster —dijo con impaciencia—, sino de nosotros.

– No tenemos nada que hablar –precisó Marianne fríamente–. Entre nosotros no hay nada.

–Lo habría si quisieras... – Justin sé detuvo bruscamente, comprendiendo que estaba discutiendo con ella. Esa no era la mejor forma de ganarse el corazón de una mujer–. Lo siento. Prometí que no te presionaría.

Siguieron cabalgando en silencio durante unos minutos. Más adelante, Marianne vio una extraña estructura de vigas de madera, aparentemente construida en el interior de una colina.

–¿Qué es eso? –preguntó con curiosidad, señalando la oscura abertura.

Lambeth siguió la dirección de su mano.

–Oh, es Wheal Sarah, una vieja mina abandonada. Hay bastantes en Dartmoor. Casi todas ellas siguen funcionando, pero esa se cerró hace años.

–¿Por qué se llama así?

–El nombre procede de una antigua palabra del cómico, hweal, que significa «mina». Y Sarah... Bueno, a todas las minas les ponen nombres de mujer.

–¿Por qué?

Él se encogió de hombros y la miró con un rictus burlón.

–Probablemente por el atractivo y el peligro que encierran.

–Claro. Una respuesta típica de un hombre.

Lambeth dejó escapar una risotada. Siguieron charlando mientras cabalgaban, hasta que llegaron a las cataratas White Lady, donde las aguas del río Lyd caían en una rugiente y blanca cascada.

Allí, junto a las cataratas, los criados extendieron varias mantas y sirvieron la comida.

–¿Sabían ustedes que vuelve a haber forajidos por aquí, como antaño? –comentó lady Buckminster mientras el grupo almorzaba. Al ver que todos la miraban sorprendidos, emitió una risita y prosiguió–: Nadie sabe dónde se ocultan ni quiénes son. Se trata de una banda de salteadores de caminos. Su jefe es un hombre muy bien hablado. La gente lo llama «el Caballero».

– ¡Demonios! –exclamó el señor Thurston–. ¡Qué descaro! Un vulgar ladrón que se las da de caballero.

–No creo que se las dé de nada, Alan. Simplemente, lo llaman así por sus modales. Por lo visto, es muy cortés con las damas. Afirman que no quiso quitarle a una el collar que llevaba para que siguiera adornando su hermoso cuello.

Verst emitió un bufido.

–Lo dudo. Los ladrones no renuncian al botín por cuestiones tan baladíes.

–¿Qué opina usted, señora Cotterwood? – preguntó Lambeth a Marianne, mirándola con ojos chispeantes.

–¿Sobre qué, lord Lambeth? –replicó ella fríamente.---- ¿Cree usted que los ladrones educados existen?

–Estoy segura de que hay ladrones que se comportan tan noblemente como muchos caballeros que conozco –respondió Marianne ásperamente, espoleada por el brillo de sus ojos.

El comentario suscitó un burlón clamor de protesta por parte de los varones presentes. Cecilia Winborne, que se las había ingeniado para sentarse al lado de lord Lambeth, le colocó una mano en el brazo en un gesto de premonitoria familiaridad.

–No deberías provocar así a la señora Cotterwood, Justin. Apenas te conoce. No sabrá cómo

tomarse tus bromas.

–Oh –contestó Marianne sonriendo y mirando a Lambeth directamente–, sé muy bien cómo tomarme las bromas de lord Lambeth.

Justin esbozó una relampagueante sonrisa, sin apartar los ojos de los de Marianne. Por un momento, ambos compartieron un momento de intimidad, aislados del resto del grupo.

Cecilia se puso en pie.

–Bueno, dejen ya de hablar de salteadores de caminos o me asustaré. Quisiera dar un paseo. Justin...

Los hombres se levantaron de inmediato, y Lambeth se giró hacia ella. –¿Sí?

–Pensé que querías acompañarme.

–Oh. Desde luego, cómo no.

Marianne tuvo que morderse el labio inferior para disimular una sonrisa. No creía que la señorita Winborne conociera la verdadera naturaleza de lord Lambeth, pese a la familiaridad que parecía existir entre ambos.

Justin ofreció el brazo a Cecilia educadamente. .

–Me parece una idea estupenda –dijo al grupo en general–. Deberíamos ir todos a explorar un poco. ¿Qué me dicen?

La mayoría de los jóvenes presentes aceptó de inmediato y no tardaron en ponerse en camino. Avanzaron en grupo por el accidentado suelo, cubierto de vegetación silvestre y piedras llenas de musgo.

Marianne agachó la mirada hacia el suelo mientras cruzaba un saliente de roca situado junto al río. Al levantar el pie para esquivar un arbusto, notó un fuerte empujón en la espalda y, de repente, cayó hacia las rápidas aguas salpicadas de rocas.

CAPITULO 10

Marianne emitió un jadeo ahogado y zarandeo los brazos al notar que se caía. Al extender una mano, palpó el arbusto y se agarró a él con todas sus fuerzas. Una mujer chilló y se oyeron más gritos. Marianne notó que su asidero se debilitaba, pero, antes de que la caída se consumara, un fuerte brazo la rodeó por la cintura y la puso a salvo. Todo ocurrió en un instante.

Lord Lambeth la estaba mirando con una expresión tensa y llena de furia.

–¿Se puede saber que estabas haciendo? –bufó–. ¡Mira bien por dónde vas! Podías haberte matado.

Marianne se disponía a decir que alguien la había empujado, pero se detuvo al ver cómo, detrás de Lambeth, todos la miraban con distintos grados de sorpresa e interés. Comprendió que tal acusación resultaría ridícula. ¿Cuál de aquellas personas habría intentado tirarla al agua? ¿Y por qué?

La caída no la habría lastimado, pues era una buena nadadora y había muchas rocas en la orilla a las que habría podido agarrarse. No obstante, aquella zambullida en el río la hubiese puesto en ridículo delante de todos.

Marianne se fijó en un par de maliciosos ojos grises y se sintió razonablemente segura de quién lo había hecho. Cecilia Winborne la detestaba. Probablemente había pretendido

avergonzar a Marianne y alejarla de lord Lambeth durante lo que quedaba de día.

—Resbalé —dijo en voz baja, apoyándose en lord Lambeth al tiempo que exhalaba un suspiro. Él tomó en brazos y la llevó de vuelta a donde estaba la gente de más edad. Marianne se permitió recostar la cabeza en su hombro, absorbiendo su calor y su aroma, imaginando por un momento que Lambeth la amaba, que se pertenecían el uno al otro.

Oyó cómo lady Buckminster gritaba alarmada al verlos llegar. Justin soltó a Marianne encima de una de las mantas y ella abrió los ojos y lo miró. Su expresión era tensa y dura, y tenía el ceño fruncido.

—¿Te encuentras bien?

Marianne asintió, sonriéndole.

—Sí. Solo estoy un poco asustada.

El rostro de Justin se relajó. A continuación, lady Buckminster, Nicola y Penelope se acercaron corriendo para darle sales y ordenar a Justin y a los demás hombres que se retiraran.

Marianne se incorporó, rechazando el bote de sales que Sophronia le había acercado a la nariz.

—Estoy bien, de veras.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber lady Buckminster.

—Una tontería —dijo Marianne—. Resbalé al pisar una piedra cubierta de musgo. No fue nada, de verdad.

—¡Podías haberte matado! —exclamó Penelope con preocupación.

—Oh, no. Sé nadar muy bien y...

—Pero las corrientes son muy fuertes y rápidas. ¡Te habrían arrastrado contra las rocas! Como mínimo, te habrías roto algo.

Nicola, que hasta aquel momento había guardado silencio, estaba muy pálida y se abrazaba a sí misma con fuerza.

—Penelope tiene razón. Ese lugar es muy peligroso —dijo sintiendo un escalofrío.

—Será mejor que volvamos —terció lady Buckminster—. Seguramente no te apetecerá continuar con la excursión.

—Oh, no —se apresuró a contestar Marianne—. Por favor, de ninguna manera quisiera estropearles la tarde.

—No sea ridícula —dijo Lambeth, hablándole nuevamente de usted—. Debería volver a la casa.

Marianne se giró hacia él y vio que la miraba con el ceño fruncido.

—Estoy bien —dijo tajantemente—. No ha pasado nada. Ni siquiera me mojé —en realidad, seguía teniendo los nervios deshechos.

Justa cuando Justin hizo ademán de hablar otra vez, Nicola dijo con calma:

— Yo acompañaré a la señora Cotterwood de vuelta a la casa. Los demás pueden quedarse aquí, como habíamos planeado.

—Oh, no —protestó Sophronia—. Dos jóvenes como vosotras no pueden recorrer solas un trecho tan largo.

—Yo las llevaré —sugirió Lambeth.

—No, están bajo mi responsabilidad —se apresuró a añadir Buckminster.

Nicola suspiró.

—No necesitamos que nos acompañen. Aun así, para que todos estéis más tranquilos, la señora Cotterwood y yo volveremos con el coche de los criados. Será protección suficiente.

Todos se mostraron de acuerdo. Una vez en camino, Nicola emitió un bufido y se giró hacia Marianne.

—¿No te dan ganas de gritar cuando todo el mundo intenta protegerte de esa manera?

Marianne asintió. No era algo a lo que estuviera acostumbrada, pero empezaba a ver los inconvenientes de crecer como una joven dama.

—Resulta más fácil ser viuda que una jovencita soltera. Lamento haberte estropeado la tarde. Has sido muy amable al ofrecerte voluntaria para acompañarme.

Nicola meneó la cabeza.

—Tranquila. Si te digo la verdad, ha sido un alivio. No debí venir.

Marianne la miró sorprendida y reparó en la expresión ausente de sus ojos y la tensión de su rostro. Recordó lo pálida y temblorosa que la había visto mientras Lambeth la soltaba a ella en la manta.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó preocupada.

—Ese río me trae muy malos recuerdos. Debí haber hecho caso a mis instintos y decirle a tía Adelaida que no podía ir a la excursión.

Marianne, pese a la enorme curiosidad que sentía, prefirió guardar un educado silencio. Cuando llegaron hasta donde se hallaba el coche de los criados, estos saludaron a Nicola con afecto y ella les devolvió el saludo. Finalmente, se pusieron en camino hacia la residencia de los Buckminster.

Abatida y exhausta, Marianne pasó el resto del día en su habitación y pidió que le llevaran la cena en una bandeja. Pese a lo bien que le caía Nicola, no era probable que pudieran seguir siendo amigas. Al fin y al cabo, las amigas intercambiaban visitas y Nicola vería enseguida, al contrario que su primo Bucky, lo rara e inverosímil que era su «familia». Marianne comprendió que no podía permitirse hacer amistades entre las personas que eran sus víctimas.

Ya por la noche, Penelope llamó a la puerta del cuarto, pero Marianne fingió estar dormida y no respondió. Siguió tumbada en la cama, sopesando sus escasas opciones, hasta que al fin la reclamó el sueño.

Se encontraba de mejor ánimo por la mañana cuando se levantó y bajó al salón. Solo encontró allí a dos mujeres tomando el desayuno, Sophronia y la señora Thurston. Lady Buckminster, explicó Sophronia, había ido con Nicola y Penelope a visitar a los arrendatarios de sus terrenos. Casi todos los hombres, incluidos el marido de Sophronia y lord Buckminster, pasarían el día pescando en el río Teign, cerca de Fingle Bridge.

Marianne, previendo un largo y aburrido día en compañía de Sophronia Merridale y la señora Thurston, acabó de desayunar rápidamente y salió a dar un paseo por los jardines.

Apenas había avanzado por el estrecho sendero cuando se encontró con el secretario del señor Thurston. Estaba sentado en uno de los bancos, disfrutando del panorama del lago.

—¡Señora Cotterwood! Qué agradable verla. Por favor, siéntese.

A Marianne no se le ocurrió una manera educada de rechazar la propuesta, de modo que se sentó en el banco, a su lado.

—¿No ha ido a pescar con los demás, señor Fuquay?

—No. Me temo que no soy muy aficionado a la pesca —Fuquay esbozó una sonrisa que iluminó

su serio semblante—. Ni a la caza tampoco. De todos modos, tengo ciertos deberes que despachar. Correspondencia y cosas por el estilo.

—El señor Thurston debe de estar muy ocupado, desde luego, para necesitar la presencia de su secretario en una ocasión como esta.

—Había ciertos asuntos de trabajo pendientes, dado que el señor Thurston no decidió venir hasta el último momento. Sin embargo, creo que me invitó a acompañarlo por pura amabilidad. Para mí, esto es un descanso, ¿sabe?

—Parece una buena persona —comentó Marianne.

—Oh, sí, lo es. Y la señora Thurston, por supuesto. ¿Le apetecería dar una vuelta por los jardines, señora Cotterwood? Hace una mañana idónea para pasear.

Marianne aceptó. La compañía de Fuquay resultaba mucho más agradable que la de Sophronia Merridale. No habían llegado muy lejos, sin embargo, cuando se oyó un ruido de pisadas en el camino de grava, tras ellos, y ambos se giraron para ver que lord Lambeth se acercaba.

—Hola. Vi que estaban paseando y se me ocurrió unirme a ustedes —dijo alegremente, y Fuquay no tuvo más remedio que invitarlo a acompañarlos.

Marianne lo miró con acritud.

—Creí que se habría ido con los demás hombres.

Justin se encogió de hombros.

—Tenía otros planes.

—¿En serio?

—Sí —Lambeth le dirigió una sonrisa enigmática y luego se volvió hacia el otro hombre—. ¿Disfrutó con la excursión de ayer, señor Fuquay?

—Sí. Me temo que he tenido pocas ocasiones de visitar Dartmoor.

Siguieron paseando por el jardín, charlando sobre las cataratas, el río y otras cuestiones insustanciales, hasta que el señor Fuquay se excusó y volvió a la casa, asegurando que tenía trabajo que hacer.

—Vaya —comentó Lambeth con aire inocente—, ¿lo he ahuyentado?

—Parece que no le interesaba su conversación.

—Mmm. Yo sospecho, más bien, que deseaba disfrutar de tu compañía a solas.

—Si insinúa que el señor Fuquay está interesado en mí, se equivoca —repuso Marianne, molesta con sus palabras.

—Querida mía, seguramente te habrás dado cuenta de que casi todos los hombres del grupo están interesados en ti. Habría que ser de piedra para no estarlo.

—Gracias por el halago, milord, pero...

—¿No puedes llamarme simplemente Justin? Me estoy cansando de tanto «milord» esto, «milord» lo otro. Ya nos hemos tuteado antes cuando estamos a solas —sin aguardar una contestación, añadió — : Quería hablar contigo.

—¿De qué?

—Le he pedido a la cocinera que prepare un almuerzo. Pensé que podríamos cruzar el lago en barca e ir al cenador que hay al otro lado. ¿Lo has visto?

Marianne negó con la cabeza.

–Es un sitio precioso. Y hoy apenas hay nadie en los alrededores. Es el lugar perfecto para una escapada.

Marianne tensó los labios.

–Perfecto para seducirme, querrás decir.
Él sonrió.

–Eres una mujer muy recelosa. ¿Y si prometo no hacer nada que tú no quieras? – se llevó la mano al pecho en un gesto tan teatral, que Marianne no pudo sino sonreír. Sin embargo, titubeó ante su propuesta.

–¿O acaso temes no lo que pueda hacer yo, sino lo que puedas hacer tú?

– ¡No seas absurdo! –exclamó Marianne, irritada–. En ese sentido, no corro ningún peligro, te lo aseguro.

–Entonces, ¿por qué tienes miedo de ir al cenador conmigo?

–No tengo ningún miedo. ¿Cuándo piensas ir?

–En cuanto recoja el almuerzo. Podemos tomar una de las barcas del embarcadero que hay al pie del jardín.

–Allí estaré.

Marianne pasó la mano por el agua lánguidamente, mirando la plácida superficie del lago por encima del costado de la barca. Justin había tardado muy poco en recoger la cesta con la comida y reunirse con ella en el embarcadero.

Marianne se giró para mirarlo. Permanecía sentado el extremo opuesto de la pequeña barca, con los botones superiores de la camisa desabrochados y las mangas enrolladas para poder remar. Marianne no pudo sino fijarse en su fuerte cuello y en los bronceados músculos de sus brazos, notando una sensación de calor en el bajo vientre. Le bastaba mirarlo para que se excitara todos sus sentidos.

Esperó que Justin no pudiera leer su mente, pero él le dirigió una lenta sonrisa que indicara que se extendía más allá. Junto a él crecían macizos de rosas cuyo aroma endulzaba el aire.

–Es precioso –admitió Marianne contemplando las vistas, mientras le llegaba el intenso perfume de las rosas en flor.

–Y muy cómodo – Justin señaló el asiento acolchado situado junto a la pared, debajo de los ventanales de cristal.

–Sí –Marianne se acomodó en el borde del asiento, doblando las manos sobre sus rodillas.

En aquel momento no sentía otra cosa que incomodidad. Temía que, pese a sus afirmaciones, Justin intentara besarla. Y, por mucho que Marianne ansiara sentir el contacto de sus labios, simplemente no podía permitirlo.

– Déjame que te quite el sombrero –dijo él acercando la mano al lazo anudado bajo su barbilla. Marianne se sobresaltó y lo miró con recelo–. Aquí dentro no lo necesitas –explicó Justin suavemente, y añadió–: No te quitaré más prendas de ropa.

Ella sonrió, sintiéndose un poco estúpida, y alzó ambas manos para desatar el lazo. A continuación le pasó el sombrero a Justin, que lo depositó en la mesa, junto a la cesta de la comida.

–No es necesario que estés tan recelosa – dijo él–. Solo quiero disfrutar del panorama y charlar contigo –se sentó a su lado, girándose a medias para poder mirarla al tiempo que contemplaba el lago.

–¿De qué quieres hablar? –inquirió ella con cierto recato.

–De lo que surja. No tenía pensado nada concreto.

—Entonces, háblame de ti. Sabes más de mí que yo de ti.

—De acuerdo. Pero te advierto que mi vida ha sido más bien aburrida. Crecí en Kent, sin destacar especialmente cuando era niño, me temo, y estudié en Eton y Oxford. Estos últimos años los he dedicado a divertirme en Londres. Mi madre dice que no cumplo con mis obligaciones. Se refiere, imagino, a que debería casarme y engendrar herederos. Pero yo no tengo ninguna prisa.

—Seguramente debe de haber algo más. Has descrito a la mitad de los caballeros que hay en Londres.

—Probablemente.

—Pero tú no eres como ellos. No eres como Bucky, el señor Westerton o lord Chesfield.

—¿No? —Justin sonrió burlón—. ¿Y cuál es la diferencia?

Marianne titubeó.

—Posees una... fuerza que no percibo en los demás —empezó a decir lentamente—. Té rodea un aura de... no sé, de peligro, tal vez.

—¿De peligro? —Justin emitió una risita—. Creo que te equivocas.

—Nadie más en aquella fiesta reparó en mis acciones. Nadie más me siguió.

Él la miró durante un instante y luego dijo:

—Quizá nadie se sintió tan cautivado por ti como yo.

—Creo que había algo más —dijo Marianne entrecortadamente. El brillo de sus ojos la dejaba sin aliento.

—Es posible. Detesto el aburrimiento y la curiosidad siempre ha sido uno de mis pecados dominantes. Cuando veo a una mujer hermosa actuando como tú actuaste, me da qué pensar.

—¿Por qué no diste la voz de alarma cuando llegaste a la conclusión de que yo era una ladrona?

Lambeth se inclinó hacia ella.

—Francamente, me sentía más fascinado por ti que preocupado por los bienes de lord Betterslee.

—¿Por qué? —inquirió Marianne abiertamente.

—Porque eres diferente y me gustan las personas y las cosas que son atípicas. No parecías saber quién era yo... ni te importaba. Me desafiaste. Para mí eras un... reto.

—Ah, ya comprendo. Lo malo de los retos es que, una vez superados, dejan de fascinar —Marianne se levantó, retirándose de él.

Justin se puso de pie y, colocando las manos en sus hombros, la obligó a volverse.

—No creo que ningún hombre pueda superar jamás el reto que tú constituyes.

Marianne alzó los ojos para mirarlo, notando que el corazón le latía desenfrenadamente en el pecho. Comprendió que se disponía a besarla.

—No —dijo débilmente—. Prometiste que no lo harías.

—Dije que no te obligaría. Que no haría nada que tú no quisieras. Te he deseado desde el primer momento en que te vi. Me importa un bledo a qué os dedicáis tú y tu «familia». Y, francamente, ahora mismo me trae sin cuidado lo que pienses hacerle a Bucky —los ojos de Justin resplandecían con un intenso brillo y su voz era ronca y llena de deseo—. Lo único que quiero es besarte. Pasar mis manos por tu cabello. Acariciar tu piel.

Le acercó el dedo índice a la mejilla y recorrió suavemente la línea de la mandíbula. Ma-

rienne respiró hondo, presa de las sensaciones que aquellas caricias suscitaban en su interior. Aquello era lo que tanto había temido. Aquella ansiedad que Justin provocaba en ella con tanta facilidad.

–Lord Lambeth... –empezó a decir trémulamente, apretando los puños para evitar la tentación de acariciar la ancha superficie de su pecho.

–Justin –dijo él con voz ronca, inclinando la cabeza hacia la de ella–. Llámame Justin. Quiero oír mi nombre en tus labios.

–Justin –obedeció Marianne, alzando la cabeza para mirarlo directamente a los ojos.

Comprendió que había sido un error. Sus ojos dorados, oscurecidos por el deseo, se clavaron en los de ella, seduciéndola sin esfuerzo.

Justin emitió un jadeo y tomó el rostro de Marianne entre sus manos para besarla. Ella sintió un súbito escalofrío. Gimió y se apretó contra él, respondiendo al beso con labios igualmente ávidos

CAPITULO 11.

Justin rodeó a Marianne con sus brazos, atrayéndola hacia sí. Se unieron en un beso tórrido e intenso, cada uno atizando el fuego de la pasión que ardía en el otro. Finalmente, él la tomó en brazos y la llevó hasta el asiento acolchado. Tras tumbarla en él, se arrodilló para besarla, deslizándose la mano por debajo del talle del vestido para acariciar su piel desnuda, hasta que sus dedos encontraron un endurecido pezón. Con impaciencia, tiró de la tela y dejó al descubierto el blanco seno. Por un momento, Justin se limitó a contemplarlo. Luego se agachó para acariciarlo con la punta de la lengua hasta que Marianne jadeó y arqueó la espalda. Luego respiró hondo al sentir cómo le introducía la mano entre los muslos, separándolos cuidadosamente, subiéndolo con lentitud hasta que encontró el húmedo centro de su deseo. Lo acarició por encima de la tela de la prenda interior mientras, involuntariamente, Marianne empezaba a mover circularmente las caderas. Desabrochó torpemente los dos botones superiores de la camisa de Justin e introdujo la mano, recorriendo la piel desnuda de su pecho, palpando su vello rizado, notando la rigidez de sus masculinos pezones.

Mientras seguía besándola, él desanudó el lazo de su prenda interior y deslizó la mano por debajo de la tela, enterrándola entre los muslos. Marianne jadeó y se estremeció al notar cómo sus dedos recorrían expertamente la delicada carne, hallando la protuberancia oculta que era el núcleo de su placer. Sus caricias prosiguieron hasta que ella gritó y tensó las piernas, sacudida por una cegadora explosión de placer que la recorrió en oleadas.

Justin le frotó el cuello con la nariz y murmuró satisfecho:

– Bucky jamás te haría sentir algo así, te lo garantizo.

Sus palabras tardaron un momento en traspasar la neblina de placer en la que Marianne flotaba.

–¿Qué? –un puñal de hielo hizo añicos su satisfacción. ¡Otra vez Buckminster! ¡Siempre Buckminster! –. ¿Para eso has hecho esto? ¿Para que me olvide de Bucky?

Justin se quedó mirándola, comprendiendo el error que acababa de cometer.

–¡No! ¡No quise decir eso en absoluto!

~¿No? ¿Qué quisiste decir, entonces?

Nublada su mente por el ansia que lo embargaba, Justin luchó para encontrar las palabras adecuadas que expresaran la satisfacción masculina que sintió al oírla gritar de placer. Era una mezcla de celos, orgullo y necesidad sexual que él mismo apenas acertaba a comprender.

–Pues que... que eres mía. Que ni Buckminster ni ningún otro hombre te tendrán.

–¿Así que soy propiedad tuya? –dijo Marianne–. Qué amable por tu parte –sé incorporó, sintiendo la opresión de las lágrimas en la garganta, y empezó a arreglarse el vestido.

¡Cómo había podido ser tan estúpida! ¡Tan ingenua! Había sabido que su intención era seducirla para alejarla de Bucky, pero había caído en sus brazos fácilmente.

–Hoy has salido victorioso, sin duda –prosiguió Marianne furiosa–. Nos has ganado tanto a Bucky como a mí.

–No estaba intentando «ganarte» –protestó Justin–. ¿Qué hay de malo en que disfrute dándote placer?

–¡Qué bondadoso! Y supongo que en ningún momento tuviste intenciones de alejar a Bucky de mis garras... o de demostrar lo fácilmente que puedes dominarme.

–No trataba de dominarte –repuso él acalorado–. ¡Maldita sea, mujer! ¿Cómo puedes acusarme así, cuando te he dado placer y yo, en cambio, sigo insatisfecho?

– ¡Pobrecillo! –contestó Marianne sarcásticamente–. Quizá la próxima vez té lo pensarás dos veces antes de iniciar tus estúpidos juegos – se dio media vuelta y salió del cenador. Justin hizo ademán de seguirla, pero se detuvo y maldijo entre dientes.

En realidad, había planeado seducirla en el cenador para alejarla de Buckminster. No obstante, en la pasión del momento, Justin había olvidado por completo su plan. Tan solo había podido pensar en hacerle el amor, y su comentario sobre Bucky había obedecido más a los celos que a sus intenciones de ayudar a su amigo-

No obstante, estaba claro que Bucky y las posibilidades que este ofrecía ocupaban un lugar preferente en el ánimo de Marianne, se dijo Justin con amargura.

De acuerdo. Si ella no estaba interesada, la dejaría en paz. Abandonaría aquella estúpida persecución. Se olvidaría de Marianne Cotterwood y buscaría a otra mujer más complaciente. Buckminster no necesitaba su ayuda; era un hombre adulto y muy capaz de cuidarse solo.

Con tales pensamientos pragmáticos en la cabeza, Justin recogió la cesta de la comida y regresó a la barca, volviéndose tan solo una vez para mirar el sendero por el que Marianne había emprendido el camino de vuelta a la casa.

Al llegar a la casa, Marianne subió directamente a su habitación. Una taza de té y una hora de reflexión la ayudaron a calmarse, aunque siguiera igual de enojada con lord Lambeth. Tras ponerse su mejor vestido de diario y peinarse, bajó cuando hubo regresado la partida de pesca. Coqueteó de manera escandalosa con lord Buckminster... al menos, cuando Lambeth se hallaba presente.

Justin se marchó al poco rato y Marianne retomó una vez más su papel de muñequita irritante y malcriada. Trató a Penelope como a una sirvienta, enviándola a buscar un abanico que se había dejado en otra habitación y, más tarde, un chal. Cuando Bucky protestó, ella se limitó a mirarlo fríamente y dijo:

–Tonterías. Penelope lo hace con mucho gusto. Así se siente útil.

Se quejó sobre todo lo que pudo ocurrírsele, desde la crueldad de Bucky al dejarla sola aquella mañana hasta la temperatura de la habitación, que era, alternativamente, demasiado calurosa o demasiado fría para su delicado cutis. Mientras Bucky iba en busca de un escabel, a petición de Marianne, Penelope y Nicola se acercaron a ella.

–¡Querida, lo estás haciendo de maravilla! Jamás había visto a Bucky tan indignado como cuando mandaste a Penelope a buscar ese chal.

–Espero que esté dando resultado. Ya no se me ocurre de qué más quejarme –contestó

Marianne. Luego, girándose hacia Penelope, añadió: Espero no haber herido tus sentimientos.

—Oh, no. Sé que lo estás haciendo todo por mí. Aunque... —Penelope puso expresión triste—. Odio ver a Bucky tan disgustado.

—Ten valor, Pen —le dijo Nicola con firmeza—. Todo saldrá a la perfección.

—Ya vuelve —Marianne, que estaba de cara a la puerta, abandonó de inmediato su talante amistoso y, cuando Bucky se hubo sentado junto a ellas, empezó a hablar de sus temas predilectos: de sí misma y de las fiestas. Cada vez que Penelope hacía un intento de participar en la conversación, Marianne la dejaba callada. La decepción de Bucky era cada vez más patente.

Aquella noche, después de la cena, los invitados se reunieron en la sala de música para escuchar, sin excesivo entusiasmo, un concierto de piano ofrecido por lady Merridale. Algunos de los hombres se habían retirado para jugar a las cartas, pero el señor Thurston y su secretario, Fuquay, se habían quedado, así como lord Buckminster y lord Lambeth. Lady Buckminster animó a Penelope a interpretar algunas canciones populares.

Estaba muy guapa, se dijo Marianne, con un vestido azul celeste de su propio guardarropa. Marianne miró de reojo a lord Buckminster, que contemplaba a Penelope con una leve sonrisa en el rostro. Esperó un rato y, finalmente, abrió el abanico y se inclinó hacia él para decirle:

—No soporto ni un segundo más este insípido recital.

Bucky la miró de soslayo, sorprendido, y Marianne le sonrió con afectación.

—¿Le apetece hacer una escapada?

Él abrió de par en par los ojos ante la audacia de la sugerencia. Luego miró en torno rápidamente.

—Vamos, vamos, lord Buckminster. No me diga que es usted un hombre cauto —Marianne imprimió a la palabra un deje de desdén.

—Es que... —Bucky miró de soslayo hacia el piano, donde seguía sentada Penelope — . Bueno, podría parecer una descortesía, ¿no cree?

—A Penelope no le importará —dijo Marianne encogiéndose de hombros. Luego le dirigió una deslumbrante sonrisa y él se levantó a desgana para seguirla hacia la puerta. Casi ninguno de los presentes se fijó en que salían, pero Marianne vio que lord Lambeth los seguía con la mirada.

—¿Con qué piensa obsequiarnos mañana, lord Buckminster? —dijo tomando el brazo de Bucky cuando hubieron salido.

—Había planeado organizar una cacería. Aún no es la estación, desde luego, pero me pareció una lástima desaprovechar la oportunidad.

—¡Una cacería! —Marianne frunció los labios—. Oh, no, es horrible. ¡No me diga que piensa irse a cazar liebres y dejarme sola otra vez!

—Usted vendrá también.

Marianne emitió un bufido.

—¿Otra cabalgata? Con la de ayer tuve más que suficiente. ¿Por qué no hacemos otra cosa? ¿Algo divertido?

Buckminster se quedó mirándola consternado.

—Pero... pero... ya no puedo suspender la cacería, señora Cotterwood. Todo el mundo la espera.

—Pero usted no tiene por qué ir —señaló Marianne—. Podría quedarse aquí, conmigo — le dirigió

una radiante sonrisa—. ¿No le parece más divertido?

—¿Quedarme aquí? —repitió él débilmente. Marianne tuvo que morderse el labio inferior para no reírse ante la consternación que se reflejaba en su cara.

—Sí. Así podremos tener nuestro tête-à-tête particular.

—Pero no puedo faltar a mi propia cacería —protestó Bucky—. No... no estaría bien.

—¿No basta con que vaya lady Buckminster?

—Pero, Marianne...

—¡Así que prefiere ir antes que estar conmigo! —exclamó Marianne, con los ojos echando chispas—. ¿Tan poco me estima? Ya veo lo que valen todas sus palabras de afecto y respeto. ¡No siente usted ningún aprecio por mí!

—¡No! ¡No, eso no es cierto! —le aseguró Buckminster—. El aprecio que siento por usted no podría ser mayor.

—¡Mmmf! —Marianne se dio media vuelta y se digirió de vuelta hacia la sala de música. Bucky la siguió compungido.

—Por favor, señora Cotterwood, escúcheme. Le aseguro que...

Marianne se giró bruscamente.

—Sus afirmaciones no significan nada. Está claro que no le importo en absoluto.

—¡No, por favor, no debe pensar así!

—¿Qué otra cosa puedo pensar? Prefiere la compañía de los caballos y los sabuesos antes que la mía.

—¡Eso jamás!

Marianne siguió protestando, quejándose y haciendo pucheros hasta que, al fin, Bucky aceptó quedarse con ella en vez de ir a la cacería. Marianne, sin embargo, no regresó con él a la sala de música. Pretextando un dolor de cabeza, se retiró a su habitación.

Al cabo de un rato, oyó que llamaban a la puerta. Eran Penelope y Nicola. Penelope parecía angustiada, pero Nicola sonreía de oreja a oreja.

—¿Cómo lo has conseguido? —dijo—. Que Bucky falte a una cacería es... bueno, inimaginable.

—Tuve que valirme de todas las triquiñuelas posibles. Me comporté como una auténtica bruja. Empezaba a pensar que no daría resultado, pero al final Bucky se rindió.

—Parecía muy desdichado —dijo Penelope con preocupación.

Marianne sonrió y le echó un brazo por encima de los hombros.

—No te preocupes. Esto no tendrá que durar mucho. Seguro que, cuando volváis mañana, lord Buckminster no querrá volver a verme nunca más.

Nicola emitió una risita. Pero Penelope pareció dudar.

—¿De veras lo crees así?

Marianne asintió con la cabeza.

—Desde luego. Acabará harto de mí. Procuraré que se aburra inmensamente mientras vosotros os divertís. Y luego querrá que se lo contéis todo y, con suerte, sentirá la necesidad de hablar de su desengaño con alguien comprensivo.

—O sea, contigo —dijo Nicola señalando a Penelope con el dedo.

—Incluso puedes sugerirle que organice otra cacería —añadió Marianne—. Así los dos os divertiréis juntos y Bucky recordará lo bien que encajáis.

—Todo está saliendo a la perfección —dijo Nicola abrazando impulsivamente a Marianne—. Cuánto me alegro de haberte conocido. Eres fantástica.

—Lo mismo digo —respondió Marianne con sinceridad. Deseó poder ser amiga íntima de ambas, pero el abismo que las separaba era demasiado grande.

Cuando Nicola y Penelope hubieron regresado a sus habitaciones, Marianne se metió en la

cama, sintiéndose inmensamente desdichada. Tenía la sensación de no encajar ya en ningún sitio. Sus antiguas convicciones acerca de lo odiosa que era la aristocracia se habían desmoronado en el transcurso de aquellos días. Nicola, Penelope y Bucky le caían realmente bien. Por otra parte, empezaba a sentirse más distanciada de Della y los demás; algo en su interior se rebelaba ante la idea de, seguir viviendo una vida basada en el engaño y el delito. Pero ¿cómo saldría adelante y mantendría a su hija si no lo hacía?

Y luego estaba Justin. El solo hecho de pensar en él hizo que se le saltaran las lágrimas. Justin la deseaba, pero no la amaba. Y Marianne temía haber empezado a albergar emociones indomables, sentimientos demasiado poderosos hacia él.

Todo era un desastre, se dijo. Tapándose con la colcha, cerró los ojos para reprimir las lágrimas. Ojalá no hubiese ido a la fiesta de lady Batterslee. Ojalá no hubiese conocido nunca a lord Lambeth...

—Llegas tarde —lord Exmoor dejó de contemplar el ancho lago para volverse hacia el hombre que acababa de entrar en el cenador.

—He venido por el camino más largo. Pensé que así correría menos riesgos de ser visto. Una barca en el lago, en plena noche, llamaría demasiado la atención.

—¿Seguro que no es simple desgana? ¿La misma desgana que hace que metas la pata siempre que intentas encargarte de la señora Cotterwood?

—No sé de qué hablas.

—Hablo de tu último y patético intento de deshacerte de ella. ¿Tírala al río Lyd? ¡Por favor! Aunque hubiese caído, solo se habría hecho unas cuantas contusiones. Además, no debiste hacerlo estando yo presente.

—Sabes que nunca he sido un asesino. Ni siquiera en mis peores momentos de depravación.

—Yo también tuve reparos... en otros tiempos —contestó Exmoor—. Por suerte, conseguí vencer mis inhibiciones.

—En ese caso, si tan fácil te parece, ¿por qué no la matas tú mismo?

—De eso ya hemos hablado. Es responsabilidad tuya.

—Me ha visto varias veces, cara a cara, sin dar señal alguna de reconocerme —señaló el hombre de menos edad—. No se acuerda de mí, y seguro que de ti aún menos. No existe peligro de que nos delate.

—Nunca se sabe cuándo puede aflorar un recuerdo, sobre todo si permitimos que la Condesa llegue hasta ella. Su detective también la está buscando. Por lo tanto, te sugiero que la liquides antes de que la encuentren. Sería una lástima que ciertas personas supieran de tu pasado, ¿no crees?

—Lo haré. Tengo un plan. Lo de ayer no estaba planeado. Simplemente, vi la ocasión y la aproveché, sin saber si daría o no resultado. Pero ahora tengo un plan en mente. Me encargaré de ella. No obstante, te recomiendo que tengas cuidado. Ambos sabemos que, si empiezas a airear historias sobre mí, yo también puedo contar algunas cosas. ,

Exmoor entornó los ojos.

—¿Me estás amenazando?

—No es una amenaza, sino un mero recordatorio.

—Parece, pues, que estamos en tablas. Recuerda que nuestros intereses apuntan en la misma dirección. Bueno, ¿en qué consiste tu plan?

El otro meneó la cabeza.

—Dejemos que sea una sorpresa, ¿de acuerdo? Así te será mucho más fácil fingir inocencia. Buenas noches —se dio media vuelta y salió del cenador.

El Conde observó meditabundo cómo se alejaba. Aquel hombre podía volverse peligroso, se dijo. Quizá, cuando estuviese resuelto el asunto de la chica, tendría que ocuparse de que su cómplice también guardara silencio para siempre

CAPITULO 12

Al día siguiente, cuando Marianne bajó a desayunar, encontró a lord Buckminster esperándola abatido. Después del desayuno, ella declinó su sugerencia de dar un paseo por los jardines, afirmando que hacía demasiado calor. De modo que se unieron a lady Merridale en la sala de estar, donde Marianne pasó el resto de la mañana compitiendo verbalmente con ella para ver cuál de las dos podía contar las historias más aburridas. Bucky, según pudo comprobar Marianne, tenía verdaderas dificultades para permanecer despierto.

Por la tarde, cuando la partida de caza regresó al fin, Bucky se levantó de un salto y, haciendo una reverencia a las damas, corrió hacia el vestíbulo. Marianne lo siguió hasta la puerta y se asomó. Satisfecha, vio que Penelope era la primera en acercarse a él, y no tardaron mucho en entablar una animada conversación. Sonriendo, Marianne volvió a la sala de estar.

—Parece que has hecho un trabajo excelente —murmuró Nicola a Marianne tomándola del brazo después de la comida ligera de media tarde.

Marianne asintió.

—En realidad, tiene su lado divertido intentar parecer aburrida en vez de simpática.

—Bucky estuvo hablando con Penelope durante toda la comida, ¿te diste cuenta?

—Sí. Y vi que salieron juntos del comedor.

—Me parece que iban al invernadero.

—Ah. En ese caso, deberíamos retirarnos a la sala de estar, ¿no te parece?

—Desde luego.

En la sala de estar, la señora Thurston conversaba tranquilamente con la señora Minton y el señor Fuquay. Al verlas llegar, los presentes las saludaron con una sonrisa, y el grupo pasó unos agradables minutos charlando sobre la belleza de los jardines de lady Buckminster.

—Me gusta especialmente la glorieta de las rosas —confesó Marianne—. Se está muy bien allí.

—Sí, ya lo creo —convino la señora Thurston—. ¿Ha visitado usted el cenador? La vista es hermosísima.

Marianne entrelazó las manos en el regazo, esperando no ruborizarse.

—¿El... cenador?

—Sí, el que hay al otro lado del lago —explicó el señor Fuquay.

—Oh, sí. Claro. No, me temo que aún no lo he visitado.

—Pues debería hacerlo —comentó la señora Thurston—. Nicola, usted y la señora Cotterwood deberían convencer a algún caballero para que las lleve.

—Para mí sería un placer acompañarlas —se ofreció el señor Fuquay.

—Muy amable por su parte. Quizá vayamos —aceptó Nicola sin excesivo entusiasmo.

En ese momento, Sophronia Merridale entró en la sala, seguida de Cecilia Winborne, que

enseguida centró su atención en Marianne.

—Estaba deseando tener la oportunidad de conocerla mejor, señora Cotterwood —dijo arqueando los finos labios en una sonrisa fingida.

—¿De veras? —¿a qué se refería?, se preguntó Marianne. ¿A que no había conseguido engañarla ni por un momento?

— Sí. Mis amigos hablan muy bien de usted... y me temo que ha cautivado el corazón de mi hermano.

—¿En serio? —Marianne estuvo a punto de quedarse boquiabierta. Había sorprendido a Fanshaw Winborne mirándola en varias ocasiones, pero apenas había hablado con él.

—Creo que nunca habíamos coincidido antes, ¿verdad?

—No. No suelo hacer mucha vida social, me temo. Estos últimos años he estado viviendo en Bath.

—¿En Bath? Entonces, conocerá a lady Hardwood.

—He coincidido con ella, por supuesto —Marianne se alegró de que Cecilia hubiese elegido aquel nombre. Cualquiera que hubiese estado en Bath conocía a lady Hardwood, que no solía faltar a ninguna fiesta—. Aunque no creo que se acuerde de mí.

—Su dama de compañía... tenía un nombre absurdo. ¿Cómo era? ¿Fifi?

—Creo que así se llama el perro de lady Hardwood —respondió Marianne fríamente. Cecilia estaba intentando pillarla en falta—. Su dama de compañía es la señorita Cummings, creo recordar.

—Debo de haberla confundido con otra persona. Con la señora Dalby, quizá.

—No conozco a la señora Dalby. ¿También reside en Bath?

—Pues sí.

—Oh, no, creo que te equivocas —terció Nicola—. Si te refieres a la señora de James Dalby, estoy segura de que vive en Brighton.

—Sí, desde luego, tienes razón —Cecilia dirigió a Nicola una sonrisa forzada. Seguidamente, volviéndose hacia Marianne, preguntó—: ¿De qué parte del país es usted?

—De Yorkshire —era el lugar más alejado que a Marianne había podido ocurrírsele.

— ¿De veras? Me temo que no conozco Yorkshire muy bien.

—¿No? ¿Y usted, señorita Winborne, de dónde es?

Cecilia arqueó las cejas ligeramente, como sorprendida de que alguien ignorase de dónde procedía la familia Winborne.

—Pues de Essex, naturalmente.

—Naturalmente —Marianne miró a Nicola, que puso los ojos en blanco, y tuvo que apretar los labios para no echarse a reír.

—Ya que hablamos de nuestros orígenes, yo procedo de Buckinghamshire —dijo Nicola alegremente—. ¿Y usted, lady Merridale?

—Oh. Sir George y yo vivimos en Norfolk. Su familia es de allí. Yo nací cerca de Newcastle.

—¿Y en qué parte de Yorkshire vivió usted, señora Cotterwood? —inquirió Cecilia Winborne.

A Marianne le extrañó la insistencia de Cecilia, pero tenía preparada una explicación sobre su pasado, de modo que respondió sin dificultad:

—De Kirkham, señorita Winborne. Es un pueblo pequeño, no muy alejado de York.

—¿Y su difunto marido también era de allí?

—No, él era de Norton —replicó Marianne con frialdad, para darle a entender que sus preguntas comenzaban a ser impertinentes.

—Ah, comprendo. De modo que es su familia la que vive en Kirkham.

—Sí, aunque me temo que mis padres ya no viven.

—Cuánto lo siento. Pero sin duda tendrá hermanos y hermanas que le den consuelo. ¿Cómo ha dicho que era su apellido de soltera?

—Morely, señorita Winborne —dijo Marianne con aspereza—. Y no tengo hermanos.

—Francamente, Cecilia —comentó Nicola—, pareces el Inquisidor General.

Nicola le dirigió una mirada cargada de veneno.

—Lo siento. No pretendía ser indiscreta, señora Cottervood, sino conocerla mejor de cara a una posible amistad. Le ruego que me disculpe.

—Faltaría más. Pero me temo que debo marcharme ya. Le prometí a lady Buckminster que la ayudaría con los preparativos del baile del viernes —Marianne se levantó sonriendo al grupo en general.

Nicola la siguió.

—Yo también voy. Seguro que a tía Adelaida le irá bien un par de manos más. Con tu permiso, Cecilia... Lady Merridale.

—Está claro que la señorita Winborne me detesta —dijo Marianne cuando se hubieron alejado por el pasillo—. ¿Por qué me habrá hecho todas esas preguntas?

—Cecilia es una bruja. No le des ninguna importancia. Seguro que espera que digas algo sobre tu pasado que demuestre lo inadecuada que eres para lord Lambeth. Ha visto cómo te mira Justin.

—No seas absurda —Marianne se sonrojó al oír el comentario de Nicola.

—Cuando te mira, sus ojos brillan de un modo especial. Yo también me he fijado.

—Creo que te equivocas.

—No te hagas la remilgada conmigo, Marianne Cotterwood. Sabes perfectamente que Justin está interesado en ti. ¿Por qué, si no, iba Cecilia a tomarse la molestia de importunarte? No ama a Justin, desde luego, pero ambiciona el título y la fortuna que serán suyos cuando se case con él. No obstante, sabe que no es algo seguro, pues si Justin se enamora...

—No creo que exista ese peligro —comentó Marianne sarcásticamente. Miró a su amiga de soslayo—. Es decir, creo que te equivocas si insinúas que Justin está enamorado de mí. No es probable que el futuro duque de Storbridge se case con la sencilla señora Cotterwood, de un modesto pueblo de Yorkshire.

—Creo que estás siendo muy injusta con lord Lambeth. Siempre he pensado que Justin es de esos hombres que hacen lo que les apetece.

—No lo dudo, pero... Seguro que desea casarse con una mujer de su clase y, luego, echarse una querida que le dé placer.

Nicola emitió una risita, con los ojos redondos como platos.

—Por Dios, Marianne, qué cosas dices.

—Me sugirió algo parecido en la excursión del otro día —Marianne se detuvo al pie de las

escaleras—. Bueno, ¿adonde vamos?

Nicola se lo pensó un momento y luego sonrió.

—¿Por qué no buscamos a Penelope para ver cómo marcha nuestro plan?

—Buena idea.

Se dirigieron hacia el invernadero, una soleada habitación llena de plantas. Junto a la pared del fondo había un pequeño conjunto de sillas de mimbre y un sofá, y allí estaban sentados Penelope y lord Buckminster, charlando. Marianne y Nicola se miraron, y luego se escondieron detrás de una palmera.

—Parece que todo va a pedir de boca —murmuró Nicola.

Marianne asintió.

—¿Crees que debería administrarle a Bucky otra dosis de la «viuda perversa»?

—Sería un bonito contraste —convino Nicola.

Marianne le hizo un guiño y abandonó su escondite. Nicola permaneció detrás de la palmera, lista para disfrutar de la escena.

—¿Puedo esconderme contigo? —le murmuró una voz masculina en el oído. Al girarse, Nicola vio que lord Lambeth estaba a su lado.

—Justin, me has asustado —susurró, agarrándolo del brazo y tirando de él hacia la palmera—. No te lo pierdas. Va a ser divertidísimo.

—¡Milord! —exclamó Marianne con desagradable estridencia mientras se acercaba a lord Buckminster y Penelope—. ¡Conque aquí estaba! Haciendo compañía a la señorita Castlereigh... Qué detalle por su parte.

Penelope y Bucky la miraron con cierta expresión de culpabilidad.

—¿Cómo estás, Penelope? —Marianne le sonrió afectadamente—. Espero que la conversación de lord Buckminster te esté resultando entretenida.

—Oh, sí. Ha sido muy amable al hacerme compañía —la consternación de Penelope era sincera. Estaba pasando un rato tan agradable con Bucky, que se había olvidado por completo del plan.

—Y yo mientras consumiéndome por usted, lord Buckminster —dijo Marianne a Bucky en tono soberbio—. Ha sido injusto conmigo.

Se sentó en el sofá acolchado, entonando una letanía de quejas y exigencias. Pidió a Bucky que le llevara un escabel para los pies y, a continuación, almohadones para ponerse más cómoda. No tardó en desecharlos, aduciendo que eran demasiado blandos, demasiado duros o tenían demasiados bultos.

Detrás de la palmera, Nicola tuvo que taparse la boca para reprimir una carcajada, y Lambeth siguió observándolo todo con asombro.

Finalmente, exhalando un suspiro, Marianne se reclinó en el sofá y dijo:

—Estoy terriblemente sedienta, Bucky, querido.

—¿Qué? Oh. Desde luego —respondió el acosado Bucky—. Iré al vestíbulo para avisar a uno de los criados.

—Cielos, no —respondió Marianne colocándole una mano en el brazo para detenerlo—. Estoy segura de que Penelope lo hará con mucho gusto.

Bucky emitió un jadeo de asombro.

—¿Le está pidiendo a Penelope que le traiga un vaso de agua?

—Pues sí, querido. Estoy segura de que a Penelope no le importa, ¿verdad, Pen, cielo?

—No. No, claro que no —contestó Penelope, agradeciendo la oportunidad de alejarse para poder dar rienda suelta a la risa. Se levantó de un salto y salió apresuradamente.

Bucky miró boquiabierto a Marianne.

—La verdad, señora Cotterwood, ¿no le parece un poco despótico por su parte? ¿Enviar a Penelope por un vaso de agua?

Marianne lo miró con los ojos muy abiertos.

—A ella no le importa. Es una criatura tan dulce...

—Razón de más para que no intenten aprovecharse de ella.

—No se me ocurrió otro modo de quedarme a solas con usted. ¡Penelope lleva toda la tarde acaparando su atención! Para mí está muy claro lo que sucede.

—¿De qué demonios está hablando?

—No se haga el inocente conmigo. Está muy claro lo que hay entre Penelope y usted. Tengo ojos.

—¿Está insinuando que yo... que nosotros...? —Buckminster la miró con ojos desorbitados.

—No soy tonta, Bucky —dijo Marianne severamente—. Es obvio que se siente atraído por Penelope. Y que ambos intentaban esconderme de mí. ¿La ha besado?

—¡Señora Cotterwood! ¿Cómo puede decir semejante cosa? Penelope no sería capaz de...

—Ah, así que Penelope no sería capaz. ¡Pero usted sí! —Marianne se levantó bruscamente mientras Bucky se quedaba mirándola, abriendo y cerrando la boca como un pez fuera del agua—. Debí suponer que no estaba siendo serio conmigo —se dio media vuelta y se dirigió a la puerta que conducía al jardín.

—¡Pero... pero, Marianne! Quiero decir, señora Cotterwood... ¡está completamente equivocada!

Marianne se giró para mirarlo con frialdad.

—¿De veras? Lo dudo. Sugiero que haga examen de conciencia, lord Buckminster. ¿Puede afirmar honestamente que no siente nada por la señorita Castlereigh?

Dicho esto, se giró de nuevo y salió por la puerta. Buckminster se derrumbó otra vez en el sofá, clavando la mirada en el suelo pensativamente.

—¡Ha sido magistral! —susurró Nicola—. ¡Bien hecho, Marianne, bien hecho! —se giró hacia Lambeth y tomó su mano, señalando con la barbilla hacia la puerta. Luego salió de puntillas, seguida de Justin.

—¿A qué demonios venía todo eso? —inquirió él cuando hubieron llegado al vestíbulo—. ¿Pero se puede saber qué hace esa mujer? Esa no es la forma de ganarse el corazón de Bucky.

Nicola lo miró con extrañeza.

—¡Ganarse el corazón de Bucky! ¿Crees que eso es lo que trata de hacer Marianne?

—Pues sí, desde luego.

—Francamente, Justin, qué tontos podéis llegar a ser los hombres.

—¿Qué otra cosa iba a pensar? Durante estos últimos días apenas se ha separado de él, coqueteando, sonriéndole y...

—Y reteniéndolo a su lado esta mañana, sin dejarlo ir a la cacería. Y flirteando de forma escandalosa con los demás hombres. Y quejándose sin cesar. ¿Qué más? Ah, sí... y haciendo

comentarios groseros acerca de Penelope. ¡Intentando que Bucky comprenda que quien verdaderamente le interesa es Pen!

Lambeth se quedó mirándola.

—Pero ¿por qué?

Nicola puso los ojos en blanco.

—Pues para acabar de raíz con su enamoramiento, desde luego. Así había menos peligro de que Bucky acabara con el corazón destrozado. Además, procuramos que Penelope estuviera siempre cerca para darle consuelo y comprensión.

—De modo que entre las tres tramasteis dicho plan.

—Sí. O, al menos, los detalles. La idea fue de la propia Marianne.

—¿Cuándo?

—En el carruaje, cuando veníamos hacia la finca. Era obvio que Bucky, había perdido la cabeza por ella. Pen se había resignado, desde luego, pero Marianne nos explicó sus intenciones.

—Esa pequeña picara —murmuró Lambeth.

—¿Qué?

—Nada. Hablaba conmigo mismo —Justin se detuvo y miró a Nicola—. ¿Adonde crees que habrá ido?

—No lo sé. A la glorieta de las rosas, quizá. Le gusta sentarse allí.

—Gracias, Nicola. Ahora, si me disculpas..

Marianne suspiró y se sentó en el banco de madera situado junto a los rosales, cuyo perfume endulzaba el aire con su intensa fragancia. Cerró los ojos, repasando con satisfacción la escena que acababa de interpretar. Estaba segura de haber resuelto, por fin, el problema de lord Buckminster.

Un súbito crujido de pisadas en el sendero de grava interrumpió sus pensamientos y, un segundo después, lord Lambeth apareció en la glorieta. Permaneció inmóvil un instante, su figura recortada contra la luz del día, con expresión indescifrable. Marianne se levantó lentamente, como movida por hilos invisibles. Justin avanzó hacia ella y tomó su brazo. Luego tiró de ella para atraerla hacia sí, reclamando sus labios.

La besó ávida y profundamente, sin la habilidad, conseguida con la práctica, con la que la había besado en el cenador. Sin embargo, aquel beso fue aún más conmovedor, y Marianne se apoyó en él, rodeándole la cintura con los brazos.

Finalmente, Justin retiró sus labios y la miró.

—¿Por qué no me lo dijiste? —inquirió fogosamente—. ¿Por qué me dejaste creer que...?

Luego volvió a besarla, dejando la frase en suspenso. Marianne no sabía con seguridad a qué se refería. No sabía nada, salvo que su mundo se estremecía fuera de control. Los brazos de Justin la rodearon como bandas de hierro, apretándola contra él, y ella sintió deseos de acercarse aún más, de fundirse con él.

Justin le posó una lluvia de besos en las mejillas y el cuello, murmurando palabras entrecortadas y cariñosas contra su piel.

—Dios, si seguimos, te poseeré aquí mismo.

Marianne no creyó que le importase. Permaneció inmóvil unos segundos, envuelta en sus brazos, con la cabeza recostada en su pecho. Los latidos de su corazón empezaron a calmarse lentamente.

–¿Por qué no me lo dijiste? –repitió él, separándose de ella un poco para mirarla a la cara.

–¿Qué? –Marianne lo miró sin comprender.

–Lo de tu plan con respecto a Bucky. ¡Lo que es peor, me hiciste creer que intentabas echarle el lazo!

–Ah, eso. ¿Cómo lo has descubierto?

–Nicola me lo contó. ¿Por qué quisiste hacerme creer que eras una arpía sin entrañas?

– ¡Era lo que tú pensabas! Me acusaste de serlo. Incluso me advertiste que me alejara de Bucky. Yo jamás tuve intenciones de conquistar el corazón de lord Buckminster. Pero tú me considerabas una persona sin honor. Alguien capaz de venderse, y... –Marianne se interrumpió, notando que la furia la embargaba de nuevo.

–¿De modo que decidiste confirmar mis erróneas sospechas? –inquirió él sorprendido.

–Estaba furiosa.

–Pero ¿por qué no me dijiste la verdad?

Marianne enarcó una ceja.

–¿Me hubieras creído, acaso? Ya te habías formado una opinión de mí –se encogió de hombros–. Así que decidí que sería divertido martirizarte un poco.

– ¡Divertido! –repitió Justin–. ¿Eso té parece divertido? Hacerme sufrir el... –se detuvo bruscamente, con una sombra de confusión en su semblante.

–¿Sufrir el qué?

–Nada. No importa – Lambeth sabía que había estado a punto de decir «el tormento de los celos», y la mera idea lo desconcertó. Jamás, en toda su vida, había sentido celos por una mujer.

¿Había sido el fuego de los celos lo que lo había corroído aquellos días, y no el deseo de proteger a su amigo?

Se dio media vuelta, con la mente hecha un torbellino.

–¿Justin? –dijo Marianne insegura. ¿Acaso estaba enojado con ella?–. ¿Qué te ocurre?

–Nada –se apresuró a contestar él, girándose de nuevo hacia ella–. Simplemente estoy... sorprendido. Es demasiado para asimilarlo de golpe –le sonrió–. No tenía idea de lo complejos que eran tus planes. Por un lado, me engañaste a mí, haciéndome creer que ibas detrás de Bucky. Por otro lado, lo engañaste a él, haciéndole creer que no eras la mujer que deseaba.

–Lo sé. Menos mal que los dos habéis sido fáciles de engañar –Marianne sonrió.

Justin le tomó la mano para acercársela a los labios.

–¿Querrás perdonarme por todo lo que te he dicho? ¿Por todo lo que he pensado?

–Entonces, ¿has llegado a la conclusión de que no soy una ladrona?

Él emitió una risita.

–He comprendido que eres una buena amiga y una mujer de corazón bondadoso. En cuanto a lo de ladrona... –se encogió de hombros–. Cada vez veo más claro que, simplemente, no me importa. Por favor, di que me darás otra oportunidad. Di que no he perdido todas mis posibilidades contigo.

–No, no las has perdido –admitió Marianne suavemente–. Yo... Quizá seas un hombre difícil de... olvidar.

Justin sonrió.

—Qué palabras más hermosas, señora Cotterwood —se inclinó para posar un suave beso en sus labios.

Marianne se retiró de él.

—Pero... creo que debo ser honesta contigo. Tenías razón sobre mis... actividades. Llevo diez años ganándome la vida así —irguió la barbilla con aire desafiante—. Quizá esté mal, pero no me arrepiento. Solo robo a la gente que apenas echa en falta lo robado. Era la única manera de mantener a Rosalind, de vivir con cierta dignidad. La otra alternativa era vender mi cuerpo, y me negué a hacerlo. Además, estaba en deuda con Harrison y Della. Ellos me salvaron la vida. ¿Cómo no iba a corresponderles?

—No hace falta que me des explicaciones. Dios sabe que yo tampoco soy un santo —Justin hizo una pausa, y después añadió—: Pero llevas una vida muy peligrosa. ¿Y si té detienen? ¿Qué será de tu hija entonces?

—Lo sé. Y... y me parece que no seré capaz de seguir haciéndolo. Durante estos últimos días, he empezado a verlo todo de manera diferente. Le he tomado afecto a lady Buckminster. Jamás haría nada que pudiera perjudicarla. Ha sido muy buena conmigo —Marianne sonrió burlona—. Pese a lo mal que monto a caballo.

—Sin duda, espera reformarte —Lambeth le tomó ambas manos—. ¿Estás dispuesta a perdonar mis errores? ¿Podemos empezar de nuevo?

—No sé qué es lo que me estás pidiendo. Lo que esperas de mí.

Él esbozó una sonrisa.

—Una oportunidad, eso es todo. De momento, solo te pido que me reserves un vals en el baile del viernes.

—No me cuesta nada prometértelo. Pero ¿y luego?

Justin se encogió de hombros.

—Ya se verá. Por ahora, basta con eso —arqueó las cejas socarronamente—. ¿Y bien? ¿Qué contestas?

—Te reservaré un vals —aceptó Marianne, esperando no estar cometiendo un terrible error.

CAPITULO 13

Marianne no durmió bien aquella noche. No conseguía dejar de pensar en Justin. Después de su conversación en la glorieta de las rosas, él no había intentado besarla más veces. Posteriormente, durante el resto del día, se había mostrado galante con ella y había pasado la mayor parte de la tarde en su compañía. Estaba intentando cortejarla sutilmente, y Marianne lo sabía, aunque también sabía que su cortejo podía desembocar en una clase de vida que ella se había jurado no llevar nunca.

Cuando se despertó, a la mañana siguiente, tenía los ojos hinchados por la falta de sueño. Se despertó y, al salir de la cama, vio un sobre blanco que descansaba en la alfombra, junto a la puerta cerrada. El corazón empezó a latirle con fuerza. Se acercó rápidamente para recoger el sobre. Dentro había una nota:

Querida Marianne:

Te espero hoy a las once en la entrada de la mina abandonada que vimos el otro día mientras íbamos de excursión a las cataratas. Wheal Sarah. Por favor, no se lo digas a nadie.

Afectuosamente,

Justin

Marianne sabía que sería una imprudencia acudir a la cita, consciente de los peligros que entrañaba un romance con lord Lambeth. Sin embargo, sacó un traje de montar del armario y se vistió rápidamente. En pocos minutos estuvo peinada y arreglada y, tras tomar un desayuno ligero, se dirigió hacia las cuadras. Después de que uno de los mozos le ensillara un caballo, se puso en camino, manteniendo un trote lento para disfrutar del paisaje mientras cabalgaba.

Al llegar a la entrada de la mina, se bajó del caballo y, sin soltar las riendas, se acercó a la abertura. Comprendió que debía de ser temprano aún, pues no había nadie a la vista. El interior de la mina estaba oscuro como boca de lobo. Marianne asomó la cabeza, agarrándose a uno de los ásperos maderos que flanqueaban la entrada, y esperó a que sus ojos se adaptaran a la oscuridad. Había tenido que agacharse un poco, pues la abertura era baja y estrecha. Siguió sin ver nada, y estaba a punto de retroceder cuando algo le golpeó con fuerza en la espalda. Cayó al suelo, sin respiración. Segundos más tarde, recibió un segundo golpe en la nuca y perdió el conocimiento.

Justin acabó de afeitarse y, tras quitarse los últimos restos de espuma, se acercó a la ventana silbando y se asomó al jardín. Se planteó la posibilidad de invitar a Marianne a dar un paseo a caballo con él y la idea lo hizo sonreír.

En ese momento, vio al objeto de sus pensamientos caminando por el jardín, en dirección a las cuadras, y tuvo que parpadear para convencerse de que era realmente ella. Le extrañó que se hubiera levantado tan temprano y que se dirigiera hacia las cuadras, pero era una oportunidad perfecta. Si conseguía alcanzarla, podrían dar aquel paseo que tenía planeado.

Justin sacó un pañuelo del cajón y se lo anudó en el cuello. A continuación, tras ponerse apresuradamente la chaqueta, salió de la habitación y bajó al jardín.

Era demasiado tarde. A lo lejos pudo ver la esbelta figura de una mujer a caballo que se alejaba bordeando el lago. Justin entró en las cuadras con grandes zancadas y pidió que le ensillaran una montura.

—¿Ha dicho la señora Cotterwood adonde iba? —preguntó al mozo de cuadra.

—A reunirse con la señorita Winborne, milord.

Justin se quedó mirándolo, sorprendido. Era absurdo pensar que Marianne fuese a dar un paseo a caballo con Cecilia. Frunció el ceño. A menos que Cecilia hubiese tramado algo... Pero no, Marianne no era tan ingenua como para fiarse de Cecilia. Debía de haberle mentado al mozo.

Justin se subió en el caballo y partió al galope tras Marianne, siguiendo las huellas de su caballo, hasta que por fin la vio. Procuró no llegar a su altura, pues deseaba descubrir a dónde se dirigía y con quién iba a reunirse. No obstante, cuando ella empezó a ascender hacia el páramo, Justin tuvo que quedarse atrás unos minutos, pues no deseaba ser descubierto en aquella extensión de tierra sin árboles. Aguardó hasta que Marianne se hubo perdido de vista y luego siguió adelante. A lo lejos se oyó un fuerte sonido, semejante a un trueno, y su caballo relinchó e irguió las orejas. Justin apretó el paso, invadido por una vaga e indefinible preocupación.

No había señal de Marianne en el horizonte, y su inquietud se intensificó. En ese momento, vio huellas de caballo que se salían del camino y llevaban, por entre los helechos y las aulagas, hasta la entrada de la vieja mina abandonada.

Justin se dirigió hacia la mina y se detuvo en seco al ver que la entrada ya no existía. La abertura estaba bloqueada por un montón de piedras, maderos y tierra. La entrada de la mina se había derrumbado.

Justin se apeó del caballo y se acercó a la obstruida abertura.

–¡Marianne! ¡Marianne! –llamó–. ¿Puedes oírme?

Utilizando las manos desnudas, empezó a retirar frenéticamente las piedras y la tierra que yacían sobre los maderos caídos. Por suerte, dos de ellos habían caído formando un ángulo, de modo que quedaba un espacio vacío entre ambos. Justin se introdujo por el agujero y miró en torno. La luz que se filtraba por la abertura le permitió ver a Marianne, que se hallaba tumbada en el suelo, a unos cuantos pasos de donde él estaba.

Emitiendo un leve grito, Justin se arrodilló a su lado. Estaba tendida boca abajo, con los brazos sobre la cabeza.

–¡Marianne! –al verla tan inmóvil, notó una garra de pánico atenazándole el pecho. Se inclinó sobre ella, con el corazón latiéndole tan fuertemente en los oídos que apenas oía nada más, y le acercó una mano a la nariz. Al sentir un cálido soplo de aliento en el dedo, se tranquilizó–. ¡Gracias a Dios! Marianne, ¿puedes oírme? Despierta –Justin miró de soslayo el exiguo agujero por el que había entrado. Le sería prácticamente imposible sacarla en brazos. Un repentino crujido de madera y rocas lo sobresaltó–. ¡Despierta! ¡Tenemos que salir de aquí!

Por fin, sus párpados se abrieron, y sus ojos intentaron enfocar el rostro de él.

–¿Justin? ¡Oh, gracias a Dios! –Marianne se refugió entre sus brazos, apoyando la mejilla en su pecho–. No sabía dónde... No podía verte. ¿Estabas dentro de la mina? ¿Quién me empujó?

–¿Qué? –él se quedó mirándola. Obviamente, estaba aturdida–. No, yo no estaba aquí. He tenido que excavar un agujero para entrar. ¿Por qué preguntas quién te empujó?

Ella se quedó mirándolo, parpadeando, como si tratara de organizar sus pensamientos para emitir una frase coherente.

–No importa –prosiguió Justin–. Tenemos que salir de aquí –la puso en pie y la condujo hacia la entrada. No obstante, apenas se habían acercado cuando se oyó un fuerte estrépito. Se retiraron rápidamente mientras un nuevo derrumbamiento cubría la abertura por completo. El ruido era ensordecedor. Una lluvia de tierra cayó sobre la espalda de Justin, que se había tumbado encima de Marianne para protegerla. Una piedra le golpeó la mejilla, haciéndole un corte.

Cuando todo hubo pasado, el aire quedó saturado de polvo. Por suerte, la oscuridad no era total, pues se filtraba algo de luz por algunos resquicios existentes entre las rocas. Debajo de Justin, Marianne se retorció y emitió un gemido de protesta.

–¿Estás bien? –le preguntó él, y luego sonrió–. Lo siento, ha sido una pregunta estúpida. ¿Te has roto algo?

–Creo que no –ella tosió–. Creo que estoy bien. Aunque un poco aplastada, eso sí.

–Te pido disculpas –dijo Justin con una nota de humor–. Procuraré hacerlo algo mejor la próxima vez.

–Dios santo, espero que no tengamos que volver a pasar por esto.

Avanzando a gatas, se acercaron a la abertura y empezaron a apartar ansiosamente las piedras y la tierra, vigilando con cautela el techo y las paredes que los rodeaban. Sin embargo, pronto se hizo evidente que la entrada estaba bloqueada por maderos y piedras demasiado pesados. Aquel segundo derrumbamiento los había aprisionado en la mina.

–No hay esperanza, ¿verdad? –inquirió Marianne con un hilo de voz.

–Siempre hay esperanza –contestó él firmemente–. Aunque dudo que podamos abrir una salida nosotros mismos. Sin embargo, nos buscarán cuando reparen en nuestra ausencia. ¿Le dijiste a alguien a dónde ibas?

Marianne lo miró extrañada.

–No. En la nota me dijiste que no lo hiciera.

–¿La nota?

–Sí. En la nota. ¿Qué té pasa, Justin? ¿Te has dado un golpe en la cabeza? Me refiero a la nota que me dejaste.

–Yo no te dejé ninguna nota.

–Claro que sí –Marianne frunció el ceño, frustrada.

–¿Dónde está? ¿Qué decía?

–No la tengo. La arrojé a la chimenea antes de salir. Pero en ella me citabas aquí, en la mina. Al llegar, me asomé y alguien me empujó. Caí al suelo de bruces y después sentí un repentino estallido de dolor en la cabeza –Marianne alzó la mano para palparse la nuca e hizo una mueca.

–De modo que... alguien te golpeó en la cabeza después de empujarle.

–Eso es absurdo.

–Sí. Pero no más absurdo que el hecho de que recibieras una nota mía que yo jamás te dejé.

Marianne se llevó una mano al estómago.

–Siento náuseas.

Justin le rodeó los hombros con el brazo y Marianne se recostó en él, agradecida. ¡Alguien había intentado asesinarla! Parecía incapaz de asimilar la idea.

–Un momento. Este derrumbamiento... ¿cómo se produjo? ¿Y qué haces aquí si no me dejaste esa nota? –Marianne buscó sus ojos en la penumbra.

–Por casualidad vi que te dirigías a las cuerdas esta mañana, y... te seguí.

–¡Entonces tuviste que ver lo que ocurrió! –exclamó ella.

Justin meneó la cabeza.

–No. Me rezagué a propósito para que no me vieras. Esperé a que te perdieras de vista y luego seguí adelante. Las huellas de tu caballo conducían hasta la mina. Al llegar, vi que la entrada se había derrumbado. Tu caballo ya no se veía por ninguna parte... Supongo que huyó al oír el estruendo.

–O alguien se lo llevó.

–Sí –Justin hizo una pausa antes de proseguir–. Cavé un agujero y, al entrar, te encontré en el suelo, inconsciente. El resto ya lo sabes –guardaron silencio unos segundos, absortos en espeluznantes pensamientos. Finalmente, Justin dijo – : Mientras me acercaba, oí un fuerte ruido. En aquel momento no lo identifiqué, pero ahora creo que eran explosivos. Esa persona, sea quien sea, debió de utilizarlos para sepultarte aquí.

–Pero ¿por qué? –susurró Marianne con los ojos llenos de lágrimas–. ¿Por qué iba nadie a querer matarme?

Él la rodeó con sus brazos. –No lo sé. Debe de ser alguien que té guarde rencor. O te tenga miedo.

–El otro día, cuando resbalé y estuve a punto de caer en el río... Por un momento, tuve la impresión de que alguien me había empujado.

Justin arqueó las cejas.

–¿Por qué no dijiste nada?

–¿Qué hubiera podido decir? Temía hacer el ridículo. Yo misma estaba segura de haberlo imaginado. Ni siquiera ahora estoy convencida de que fuese un ataque intencionado.

–O quizá sí lo fue. ¿Ha habido algo más?

–¿Más agresiones, quieres decir? No – Marianne negó con la cabeza. Luego se detuvo bruscamente al recordar un detalle–. Quizá... No, no es probable.

–¿Qué?

–Antes de venir al campo, cuando aún estaba en mi casa, una chica fue agredida en nuestra calle. El agresor no trató de aprovecharse de ella. Simplemente la abordó por la espalda e intentó estrangularla. Luego huyó. Fue algo muy extraño, pues vivimos en un barrio muy respetable. La chica, que es amiga de Piers, acababa de salir de nuestra casa. Tiene el pelo rubio rojizo.

–¿Rojizo? –Justin la miró atentamente–. ¿Cómo el tuyo?

–No, algo más claro. Pero en la oscuridad debió de parecer más oscuro. Si ese hombre no me conocía y solo sabía de mí que era pelirroja...

– Ya comprendo. Entonces, ¿el agresor pudo seguirte hasta aquí, desde Londres?

–Quizá – Marianne se encogió de hombros–. Pero no parece probable. ¿Cómo iba a conocer esta mina si fuese de Londres? ¿Y cómo iba a saber que tú y yo...? Quiero decir, ¿cómo iba a saber que yo vendría aquí si tú me citabas? Lo que es más, ¿cómo pudo colarse en casa de los Buckminster y dejarme una nota sin que nadie lo viera?

–Todos tus puntos me parecen válidos – admitió Justin–. De modo que el aspirante a asesino debe de ser uno de los huéspedes de Bucky. Está entre nosotros.

–Hay otro detalle extraño –dijo Marianne titubeando–. No sé si estará relacionado, pero ocurrió recientemente. Un hombre estuvo preguntando por mí.

–¿Preguntando por ti, en qué sentido?

–Bueno, primero fue a... donde yo vivía antes. Pidió mi dirección actual, pero nadie se la dijo. Al menos, eso creía yo. Más tarde, hace unos días, un hombre apareció cerca de nuestra casa e interrogó a una de nuestras criadas. Le preguntó si en la casa vivía alguna pelirroja. Por desgracia, Rosalind le dijo que su madre tenía el cabello pelirrojo. Después, lo vimos rondando la casa.

–¿Eso fue antes de que agredieran a la chica?

–Sí.

–Todo este asunto resulta cada vez más complicado. Alguien de tu pasado te está buscando.

–Es obvio que no conocía mi aspecto. Solo mencionó mi nombre y mi color de pelo.

–Como si alguien le hubiese dado la descripción.

–Exacto –Marianne miró a su alrededor, estremeciéndose–. Me horroriza pensar que tengamos que pasar la noche en este sitio.

Justin la abrazó y le posó un beso en la frente.

– Ya mí. Sin embargo, no creo que eso acabe con nosotros. Nos encontrarán. Alguien verá mi caballo. Está bien entrenado y no se moverá de su sitio.

–Odio sentirme tan desvalida.

–Lo sé. Yo también –Justin la envolvió más estrechamente entre sus brazos, acunándola sobre su regazo para confortarla.

De inmediato, el fuego del deseo hizo arder la piel de ambos. Marianne notó el calor de Justin, la pulsión de su deseo, y se sintió recorrida por un escalofrío; de repente, sus pezones parecieron hincharse y adquirir una sensibilidad especial. Deseaba a Justin. Ansiaba sentir la caricia de sus manos, de su boca. Ansiaba explorar su cuerpo con los dedos, recorrer lentamente su amplio pecho y sus hombros, la curva de sus nalgas.

Marianne se sonrojó en la penumbra, avergonzada de su reacción. ¿Cómo podía sentirse así en aquellas circunstancias? Estaban prisioneros, enfrentados a una posible muerte... ¡y sus pensamientos derivaban hacia la lujuria carnal!

No obstante, sabía que, si iba a morir, antes deseaba que Justin le hiciera el amor. Jamás se había entregado voluntariamente a un hombre. ¿Moriría sin saber lo que era la auténtica pasión? ¿Por qué negarse a sí misma lo que tanto anhelaba?

–Justin –musitó, alzando los ojos para contemplar su rostro a la escasa luz.

Él le posó la mano en la mejilla, rozándola apenas. Luego bajó con los dedos por la elegante línea de su cuello. Ella se estremeció, entregándose a la sensación de puro deleite, olvidando por completo sus miedos y sus dudas. Enterró los dedos en su cabello, gozando de su suave tacto, al tiempo que él reclamaba por fin sus labios. Las lenguas de ambos son entrelazaron mientras seguían besándose sin cesar, ansiosos por conocerse el uno al otro hasta el límite.

Mientras Marianne le desabrochaba la camisa, él le desabotonó el vestido y desató el lazo de la camisa interior para dejar al descubierto sus senos. Luego los tomó con las manos y bajó los ojos para contemplarlos.

–Qué hermosa eres –musitó con voz ronca.

–Demuéstramelo –susurró ella.

Él obedeció con ansiedad. Le acarició los pezones con los pulgares, hasta que estuvieron dolorosamente erectos, y después se inclinó para saborearlos con la boca. Marianne le clavó los dedos en los hombros al tiempo que apretaba la pelvis contra la de él en instintivos movimientos circulares.

Justin le deslizó la mano debajo de la falda para buscar el centro de su deseo. La tela de su prenda interior frustró su intento, de modo que utilizó la otra mano para rasgar el fino tejido de algodón. Marianne gritó su nombre mientras los dedos de él acariciaban los tiernos pliegues de su sexo, con suavidad y urgencia al mismo tiempo.

Con dedos trémulos, palpó la dureza de su miembro viril, que se apretaba contra la barrera del pantalón, y procedió a desabrochar los botones. Cuando Marianne introdujo la mano y lo tomó delicadamente entre sus dedos, él se estremeció, emitiendo un profundo jadeo animal.

Justin se quitó la camisa con ademanes frenéticos y la arrojó al suelo. No podía esperar más, de modo que se situó entre las piernas de ella y se deslizó en su interior lentamente. Saboreó cada segundo mientras su feminidad se cerraba en torno a él, con una calidez y una suavidad casi insoportables. Con un jadeo, comenzó a empujar a un ritmo cada vez más fuerte y rápido. El corazón le latía desbocadamente y respiraba con dificultad, mientras Marianne sollozaba, presa de un placer tan intenso que resultaba casi doloroso. Clavándole las uñas en la espalda, dejó escapar un grito de gozo cuando el placer estalló finalmente en su bajo vientre y la arrastró en una gran oleada. Justin ahogó su grito con un beso mientras alcanzaba también el climax, y juntos cayeron en el oscuro y vertiginoso abismo del placer.

Mataron el tiempo charlando hasta que anocheció en el exterior. Marianne habló de su pasado, de su infancia en el orfanato de San Anselmo, de cómo Daniel Quartermaine la había forzado, dejándola embarazada de Rosalind, mientras Justin la escuchaba atentamente.

Finalmente, él se tumbó y acunó a Marianne entre sus brazos. Ella cerró los ojos, esperando que el sueño la reclamase hasta que volviera a filtrarse luz por los resquicios de la entrada.

Pero no consiguió dormirse. Tenía tierra y piedrecillas adheridas a la piel en varios lugares de su cuerpo y, lo que era peor, su estómago rugía a causa del hambre y se notaba la boca reseca.

De repente, se oyó un ruido fuera, y Marianne se incorporó rápidamente, olvidándose de las incomodidades.

– ¿Qué ha sido eso?

Justin se incorporó a su lado.

–No lo sé –susurró.

Procedieron a vestirse apresuradamente. Segundos después, se oyó otro ruido, seguido del relincho de un caballo.

–Oh –Justin se relajó, decepcionado–. Solo es mi caballo. Bueno, al menos sabemos que sigue en su sitio.

Estaban a punto de tumbarse otra vez cuando les llegó una voz procedente del exterior, amortiguada por la barrera de piedras y tierra.

– ¡Hola! ¿Hay alguien ahí?

Justin y Marianne se miraron, sintiendo una mezcla de miedo y esperanza. ¿Habían ido a rescatarlos? ¿O era el asesino, que había vuelto para asegurarse de haber hecho bien su trabajo?

CAPITULO 14

–¿Pueden oírme? –repitió el hombre–. ¿Hay alguien ahí dentro?

–¡Sí, estamos aquí! –contestó Justin alzando la voz. Luego, girándose hacia Marianne, explicó–: Si es el asesino, prefiero enfrentarme a él antes que seguir aquí dentro.

Marianne asintió, mostrándose de acuerdo.

–¿Están dentro de la mina? –gritó el hombre–. ¡Hablen más alto! ¡No puedo oírlos bien!

—¡Sí! ¡Estamos atrapados!

—¡Maldición! –respondió el hombre al tiempo que empezaba a retirar piedras y tierra.

—¡Cuidado! –vociferó Justin –. Podría producirse otro derrumbamiento.

–Lo oigo. No se preocupe, iré con cuidado –aseguró el hombre en tono optimista–. Pero retírense de la entrada.

Justin hizo retroceder a Marianne y ambos aguardaron con febril impaciencia mientras el hombre seguía excavando. Poco a poco, empezó a dibujarse una abertura en la barrera y, por fin, una cara se asomó por el agujero.

–Ahí están –dijo iluminándolos con un candil. Era un hombre atractivo, con los ojos negros y una boca ágil y generosa–. ¿Uno de ustedes es una dama?

–Sí. Nos alegramos muchísimo de verlo –dijo Justin adelantándose–. Intentamos retirar esos maderos, pero pesaban demasiado. Quizá si yo empujo mientras usted tira...

–Cómo no.

Su rescatador soltó el candil y ambos hombres pusieron manos a la obra, con movimientos lentos y cautos, retirando los gruesos maderos hasta que la abertura se ensanchó lo suficiente.

Justin exhaló un suspiro de alivio y se giró hacia Marianne.

—Ya hay espacio de sobra. Vamos —dijo tendiéndole la mano.

Con cierta dificultad, consiguieron deslizarse por la abertura y salieron ayudados por su inesperado salvador.

Era un hombre alto, de piernas largas y musculosas y hombros tan anchos como los de Justin. Tenía el cabello negro, igual que los ojos, y poseía una mandíbula cuadrada y fuerte. Iba vestido con sencillez, con unas botas y camisa y pantalón de color oscuro.

—Jamás podré agradecerse lo suficiente —Justin le ofreció la mano—. Yo soy Justin, lord Lambeth, y esta es la señora Cotterwood.

—Yo me llamo Jack —contestó el hombre lacónicamente, estrechándole la mano—. Y no tienen que agradecerme nada. Fue una suerte que pasara por aquí., Vi su caballo y decidí investigar.

—Sí, una verdadera suerte. Imagino que no pasa mucha gente por aquí, y menos de noche.

—No, supongo que no —convino Jack afablemente—. ¿Qué pasó? ¿Estaban explorando la mina? ¿Cómo quedaron atrapados ahí dentro?

—No lo sé con seguridad —explicó Justin—. La señora Cotterwood se asomó a la entrada y esta se derrumbó parcialmente. Luego, cuando acudí a ayudarla, se produjo un segundo derrumbamiento.

—No sabía que estuviera en tan mal estado —dijo Jack fijándose en el montón de piedras y maderos.

—Creo que no se derrumbó sola —dijo Justin sombríamente.

Jack se giró hacia él, entrecerrando los ojos.

—¡Demonios! Oh, le pido perdón, señora Cotterwood —dijo pasándose una mano por el negro cabello—. ¿Qué le hace pensar tal cosa?

—Oí una explosión cuando venía hacia aquí.

Jack los miró a ambos.

—Pero ¿quién querría hacer algo así?

—No lo sabemos. Pero, al parecer, alguien fue muy descuidado o deseaba hacerle daño a la señora Cotterwood.

—¿Por qué razón?

—No lo sabemos. ¿Usted qué opina?

Jack, enarcó las cejas exageradamente y luego dijo con un rictus burlón:

—¿Yo? Me temo que no puedo opinar. Apenas conozco a la dama.

—Mmm. Creí que a lo mejor estaba familiarizado con la mina. Al fin y al cabo, sé encontraba en las cercanías.

La sonrisa de Jack se ensanchó.

—Me pilla de camino a mi casa. Pero apenas sé nada de ella, salvo que lleva muchos años abandonada.

—Una mina abandonada puede ser muy útil —comentó Justin.

Marianne se quedó mirando a Justin, desconcertada. Parecía estar insinuando algo, y la expresión atenta y divertida de Jack indicaba que él, al menos, sabía lo que quería decir.

— Supongo que podría serlo —contestó Jack—. Pero dudo mucho que dicha «utilidad» pusiera en peligro a la dama.

–No hay modo de saber por qué sé derrumbó –prosiguió Justin–. No creo que merezca la pena el esfuerzo de excavar para investigarlo.

–Estoy convencido de ello –convino Jack con un brillo risueño en sus ojos negros–. No creo que haya nada dentro.

Justin sonrió.

–Seguro que no –volvió a estrechar la mano de Jack y añadió–: Le estoy eternamente agradecido, señor. Me hospedo en casa de lord Buckminster. Somos buenos amigos. Si alguna vez necesita algo de mí, o de lord Buckminster, cuente con ello.

Jack hizo un breve gesto de asentimiento. –Gracias. Lo tendré presente.

–Ahora, creo que deberíamos volver a la finca Buckminster. Y estoy seguro de que usted también tendrá asuntos de los que ocuparse.

Jack contestó evasivamente y, a continuación, se giró hacia Marianne.

–Ha sido un placer conocerla, señora Cotterwood. No me explico quién podría tener interés en hacerle daño.

–Gracias –Marianne le tendió la mano y sonrió afectuosamente–. No sé cómo darle las gracias.

Jack sonrió, guiñándole con osadía.

–Esa bella sonrisa es agradecimiento suficiente.

Dicho esto, apagó el candil y se subió al caballo. Tras dirigirles un último saludo, espoleó al animal y desapareció.

Justin se dio media vuelta y se dirigió hacia su caballo. Marianne permaneció inmóvil unos segundos, contemplando la oscuridad por donde había desaparecido su rescatador, y luego se acercó a Justin.

–¿A qué venía todo eso?

–¿Qué?

–Esos comentarios tan extraños que hiciste. No entendí parte de vuestra conversación.

–Hay algo sospechoso en ese hombre – contestó Justin–. ¿Qué hacía rondando por Wheal Sarah a estas horas de la noche? ¿Y por qué llevaba una lámpara consigo? Hay luna llena... su luz es más que suficiente para orientarse por el terreno. Te darías cuenta de que no la utilizaba para cabalgar. La apagó antes de subirse al caballo.

Marianne frunció el ceño.

–Quizá la necesitaba para cuando llegara a su destino.

–Exactamente –convino Justin–. ¿Y cuál era ese destino?

–¿Crees que iba a entrar en la mina? – aventuró Marianne–. Pero ¿para qué? No creerás que fue él quien me empujó, ¿verdad? ¿El que ha estado intentando matarme?

Justin se encogió de hombros.

–Es una posibilidad, aunque no me parece probable. Sospecho que ese hombre forma parte de la banda de salteadores de caminos de la que habló lady Buckminster el otro día.

–¿Cuándo? Ah, sí, en la excursión.

–Por lo visto, a su jefe lo llaman «el Caballero». Y ese hombre tenía aspecto de serlo, ¿no te parece? Su forma de hablar y sus modales son tan refinados como los nuestros. Sin embargo, conozco a casi todos los aristócratas de la zona y Jack no me suena de nada.

–Es extraño que no diera su apellido –comentó Marianne, siguiendo el razonamiento de Justin

– E iba vestido de negro, como para evitar ser visto en la oscuridad.

–Sospecho que su banda ha estado utilizando la mina, probablemente para ocultar los botines. Lleva muchos años abandonada, de forma que es un lugar idóneo para ello. Seguramente Jack había venido con la idea de entrar para echar un vistazo a sus posesiones o para dejar algo. Por eso llevaba la lámpara.

–En ese caso, su acción fue doblemente noble. Nos salvó corriendo el riesgo de que hubiéramos visto algo e informáramos a las autoridades.

–Estoy de acuerdo. Por eso le sugerí que no volveríamos a entrar en la mina para investigar. Quise darle a entender que le guardaría el secreto.

–Cuando le dijiste que acudiera a ti si necesitaba ayuda, te referías a que si alguna vez lo atrapan o...

– Sí, haría cuanto estuviese en mi mano para ayudarlo. Quería que supiera que puede ampararse en mi nombre... o en el de Bucky, que es más conocido que yo por aquí.

–Has sido muy amable.

–Estoy en deuda con él –se limitó a responder Justin–. Y Jack es, en el fondo, un buen hombre. Sé de las injusticias y desigualdades que pueden empujar a las personas al delito. Y no menosprecio a los demás por el simple hecho de ser un noble.

Marianne le rodeó el cuello con los brazos.

–LO sé. Esa es una de las razones por las que te... –se detuvo bruscamente. Había estado a punto de decir que lo amaba, pero ignoraba cómo podría tomarse él una afirmación semejante, de modo que se puso de puntillas y lo besó.

Justin la estrechó entre sus brazos, y siguieron besándose durante unos instantes. Finalmente, se separaron y se subieron al caballo de Justin. Cabalgaron un rato en silencio y, transcurridos unos minutos, él comentó:

–Todo el mundo preguntará qué nos ha ocurrido.

—Lo sé –Marianne frunció el ceño – .¿Cómo vamos a acusar a alguien del grupo de haber intentado matarme?

Sería un poco embarazoso –reconoció Justin–. Además, es preferible que el asesino crea que tú consideras lo ocurrido un simple accidente. Si descubre que sospechas y que intentas averiguar su identidad, estará aún más ansioso por deshacerse de ti. Puedes decir que se te ocurrió dar un paseo a caballo, que viste la mina y decidiste echar un vistazo. Lo único que recuerdas es haberte bajado del caballo para acercarte a la entrada. A partir de entonces, no recuerdas nada. Los golpes en la cabeza suelen tener ese efecto, ¿sabes? Después, casualmente, yo pasé por delante de la mina y vi que la entrada se había derrumbado. Al acercarme y ver tus huellas, supuse que había alguien atrapado dentro. Imagínate mi sorpresa al descubrir que eras tú.

–Y luego, ¿qué haremos?

–Tendremos que descubrir cuál de los invitados puede ser el culpable. Le contaré la verdad a Bucky. Vamos a necesitar su ayuda, y apuesto mi vida a que él no es nuestro sospechoso.

Marianne no pudo sino sonreír.

–Estoy de acuerdo.

– Bucky y yo interrogaremos a los mozos de cuadra. Quienquiera que sea ese hombre, tuvo que salir de las cuadras y volver a ellas. Descubriré qué otras personas salieron a montar a caballo.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—No estoy seguro. Tendremos que descubrir lo máximo posible sobre los demás huéspedes. Estamos de acuerdo en que es un hombre, ¿no?

Marianne se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero, decididamente, la persona que estuvo preguntando por mí y que atacó a la doncella era un hombre.

—Entonces, indagaremos acerca de los huéspedes varones. Sophronia debería poder proporcionarnos una buena cantidad de información.

—Y también preguntaré a Nicola y Penelope —sugirió Marianne.

—Con discreción.

—Por supuesto. Es lógico que una viuda se muestre, interesada en los jóvenes casaderos con los coincide en una fiesta.

Justin emitió un gruñido.

—Pero no demasiado interesada.

Marianne dejó escapar una risita.

—Creí que tú ya conocías bastante bien a los amigos de lord Buckminster.

—Conozco a los más jóvenes, sí.

—¿Y a los más viejos no?

—Muy poco. Ninguno de ellos es amigo íntimo de Bucky. Los Minton son amigos de Lady Buckminster. No sé mucho de ellos. Tampoco estoy seguro de por qué fueron invitados sir George y Sophronia. Es muy posible que Sophronia aburriera a lady Buckminster hasta conseguir que los invitara. Alan Thurston... tampoco es un gran amigo de Bucky. Creo, sin embargo, que Bucky está muy interesado en su campaña política.

—¿Y qué hay de su secretario?

—¿Fuquay? Parece un tipo muy agradable. Aunque, francamente, no he hablado mucho con él. En cuanto a Thurston, apenas lo conozco. Alguien me comentó el otro día que fue un poco calavera en sus años mozos. Jugaba, bebía, frecuentaba burdeles... Ese tipo de cosas. Pero eso no significa que sea un asesino, desde luego.

Siguieron cabalgando y especulando sobre la identidad del villano, hasta que Marianne, adormecida por el trote lento del caballo, recostó la cabeza en el pecho de Justin y se durmió. Él sonrió, disfrutando con la sensación de tenerla entre sus brazos.

Era ya muy tarde cuando llegaron a la casa, pero todas las luces estaban encendidas y varios mozos de cuadra acudieron corriendo al verlos aparecer, entre gritos y exclamaciones de alivio. Marianne se despertó con el vocerío, y Justin, tras confiar el caballo a uno de los mozos, la tomó de la mano y la llevó hacia la casa. Antes de que llegaran a la puerta, esta se abrió y lord Buckminster salió a la carrera, con gesto preocupado.

— ¡Justin! ¡Gracias a Dios! ¡Y la señora Cotterwood! —se acercó presuroso a Justin—. ¡Penelope! ¡Madre! ¡Venid!

No era necesario que las llamase, sin embargo, pues tanto Penelope como lady Buckminster habían salido detrás de él, junto con la mayoría de los demás huéspedes. Marianne vio que algunos de ellos se fijaban en la mano de Justin, que seguía agarrada a la suya. La retiró rápidamente, ruborizándose.

—¡Estábamos tan preocupados! —exclamó lady Buckminster, adelantándose para tomar las manos de Marianne—. ¡Pobre chiquilla! ¿Qué ha pasado?

—¡Pobre Marianne! —Penelope le echó un brazo por los hombros, recostando la cabeza en la de su amiga—. ¡He pasado mucho miedo!

Justin procedió a contar la historia que habían inventado por el camino. Resultaba poco convincente, comprendió Marianne, especialmente el detalle de que Justin hubiese tomado, por casualidad, el mismo camino que ella.

—¡Por Júpiter! —exclamó el señor Minton, estupefacto—. ¡Wheal Sarah se ha derrumbado! Con lo resistente que pareció siempre.

—¡Y el escándalo! —terció Sophronia Merridale, llevándose las manos al pecho exageradamente, con expresión de horror.

—¡Al diablo él escáldalo! —exclamó Bucky—. Han podido morir.

Lady Merridale hizo caso omiso.

—¡Han estado ausentes durante horas y horas! ¡Juntos! ¡Y de noche! No hay excusa que valga. Tendrán que casarse.

CAPITULO 15

El grupo quedó en completo silencio. Marianne miró con consternación a lady Merridale.

—Pero nosotros... —empezó a decir, con la intención de negar que hubiese ocurrido algo indecoroso. Pero recordó lo que había sucedido en el interior de la mina, y no pudo sino sonrojarse—. No ha pasado nada —concluyó tímidamente, temiendo que todos vieran la verdad escrita en su rostro.

—No sea tonta —rugió Justin.

Lady Merridale se quedó boquiabierta ante la aspereza de su tono.

— ¡Lord Lambeth!

—Oiga usted, Lambeth —protestó sir George—, no es necesario que...

¡Es culpa suya! —estalló Cecilia Winborne, interrumpiéndolo al tiempo que se acercaba a Marianne—. Sin duda usted planeó ese «accidente» para poder echarle el lazo a Justin.

—¡Cómo se atreve! —contestó Marianne, apretando los puños y avanzando hacia ella.

—Cállate, Cecilia —dijo Justin con voz fría como el mármol. Luego alargó el brazo y rodeó la cintura de Marianne—. Ya he explicado lo que ocurrió y estoy seguro de que ninguno de ustedes duda de mi palabra —recorrió con la mirada a los demás invitados, inquisitivamente. Al ver que nadie hablaba, asintió—. Bien. Espero, pues, que no cundan rumores maliciosos. Porque, si tal cosa sucede, sabré cuál es su origen —dirigió a sir George Merridale una mirada cargada de intención y el hombre aseguró atropelladamente que tanto él como su esposa mantendrían la boca cerrada.

—Bueno, si ya hemos acabado con las tonterías —terció Nicola, tomando el brazo de Marianne—, creo que la señora Cotterwood necesita comer algo y descansar.

—Desde luego —convino Penelope, y ambas la condujeron al interior de la casa.

—No le hagas caso a Cecilia —le aconsejó Nicola mientras subían las escaleras, en dirección al cuarto de Marianne—. Y Sophronia no se atreverá a propalar rumor alguno, después de la reacción de Lambeth. Ella lo respeta mucho por ser hijo de un duque. Y su marido, estoy segura, respeta mucho su puntería.

—¡Su puntería! —exclamó Marianne horrorizada—. ¿Estás hablando de un duelo?

—Naturalmente. ¿No te diste cuenta de que en eso consistía la amenaza de Justin? Estoy segura

de que sir George sí lo entendió.

–¡Pero yo no deseo que se bata en duelo!
–Tranquila. Sir George no se atrevería. Tal vez, y sin que sirva de precedente, ponga coto a la afilada lengua de su esposa – Nicola se echó a reír.

Cuando hubieron llegado a la habitación, Penelope llamó a una doncella y ordenó que le prepararan el baño a Marianne y le llevaran una bandeja con comida. Entretanto, ayudó a esta a desvestirse, le echó por encima un camisón y procedió a cepillarle el cabello.

Marianne suspiró, notando cómo sus músculos se relajaban. Para sorpresa suya, unas inesperadas lágrimas afluyeron a sus ojos y resbalaron por sus mejillas.

–Lo siento –dijo sorbiendo por la nariz y enjugándose las lágrimas.

–No tienes por qué disculparte –dijo Penelope, apretándole la mano para confortarla–. Debe de haber sido una experiencia horrible.

Marianne asintió.

–Sí, lo fue.

Deseó contarles la verdad, pero consiguió guardar silencio. Estaba segura de que podía confiar en Nicola y Penelope, pero sabía que sería difícil hablarles del hombre que iba tras ella sin revelar la verdad sobre su pasado. Aquello supondría el fin de su amistad, no le cabía duda. Lord Lambeth parecía haber aceptado su pasado con aparente indiferencia, pero eso era porque la deseaba. Los caballeros solían tener como amantes a mujeres de origen humilde. Pero las mujeres de la nobleza no hacían amistad con simples doncellas, por muy abierta que fuese la mentalidad de Nicola.

De modo que Marianne se limitó a sonreír y a agradecerles su amabilidad y, al cabo de un rato, Penelope y Nicola la dejaron para que pudiese tomar el baño con tranquilidad. Finalmente, se metió en la cama, demasiado exhausta incluso para pensar en los hechos de aquel día. Tardó pocos minutos en quedarse dormida.

–¿Qué demonios ha pasado? –inquirió Bucky mientras servía una generosa cantidad de coñac en dos copas y le pasaba una a su amigo. Había arrastrado a Justin hasta su estudio después de que Marianne se retirase, cerrando las puertas tras de sí e interrumpiendo las ansiosas preguntas de los demás–. Ten. Esto te sentará bien.

Justin aceptó la copa y tomó un trago. A continuación, exhaló un suspiro y se sentó en un confortable sillón tapizado en piel.

–Ojalá lo supiera, Bucky. La mina se derrumbó, tal como expliqué. Lo malo es cómo se derrumbó.

Bucky arqueó las cejas.

–¿Estás insinuando que no fue un accidente?

Justin meneó la cabeza.

–No lo fue. Alguien atrajo a Marianne hasta allí intencionadamente.

Bucky se quedó mirándolo.

–Entonces, ella y tú no estuvisteis... –se interrumpió, sonrojándose ligeramente–. Lo siento, viejo amigo. Creí que solo intentabas proteger su reputación.

–Lo sé. Seguro que todos piensan lo mismo. Pero Marianne fue hasta la mina por su cuenta. Alguien le dejó una nota, firmada con mi nombre, citándola allí. Luego la empujaron al interior de la mina, le dieron un golpe en la cabeza y echaron abajo la entrada.

Los ojos de Bucky parecieron a punto de salirse de sus órbitas.

—¡Pero qué dices!

—Yo oí la explosión. Desde luego, no me encontraba cerca por casualidad. Vi cómo Marianne se alejaba a caballo... y la seguí a cierta distancia. Por desgracia, fui demasiado discreto. No vi a su agresor. El resto sucedió como he explicado. Traté de sacarla de la mina y provoqué un segundo derrumbamiento.

—Pero ¿qué...? ¿Quién...?

—Esa es la cuestión. No sé quién ha podido ser ni por qué lo ha hecho. La propia Marianne lo ignora. Pero esa persona debe de estar en esta casa.

Bucky abrió la boca y volvió a cerrarla.

—¡Estás bromeando! —consiguió farfullar al fin.

—Créeme, estar atrapado dentro de una mina, temiendo que el resto de los maderos se derrumben y te aplasten, no es ninguna broma.

—Pero, maldita sea, ¿cómo puedes pensar que uno de nosotros quiere asesinar a la señora Cotterwood? ¿Por qué iba a hacer alguien semejante cosa?

Justin suspiró y recostó la cabeza en el sillón, con gesto cansado.

—Ahora, estando aquí sentado, me parece increíble. Pero sucedió.

Bucky se sentó también, meneando la cabeza con incrédulo asombro.

—La pregunta es, ¿quién lo hizo? —prosiguió Justin—. Tengo que descubrirlo y detener al culpable.

—Un poco difícil, me parece —opinó Bucky—. No puedes ir por ahí preguntando a la gente si ha intentado asesinar a alguien.

—Sí, sería un poco embarazoso. Bucky se lo pensó un momento.

—Quizá deberías poner el asunto en manos del magistrado local, el señor Halsey. Vendrá al baile del viernes.

—No quiero meter a la ley en esto a menos que sea estrictamente necesario —contestó—. Además, ¿tienes más fe en la capacidad del magistrado que en la mía? —inquirió arqueando la comisura de la boca.

—No. Tú eres el doble de inteligente. Pero, maldición, Justin, ¿crees que es realmente asunto nuestro?

Justin esbozó una débil sonrisa.

—Creo que sí.

Bucky se removió incómodo en el sillón.

—Oye, viejo amigo, no te habrás enamorado de la señora Cotterwood, ¿verdad?

—Me conoces bien —contestó Justin evasivamente—. ¿Has visto que me haya enamorado alguna vez?

—No, pero... el caso de la señora Cotterwood es distinto.

—Sí, lo es.

—Lambeth... Espero que no me entiendas mal. Lo cierto es que respeto mucho a la señora Cotterwood. Es una mujer muy hermosa.

—Estoy de acuerdo.

—Pero no creo que debas entablar una relación demasiado íntima con ella. Verás, la señora Cotterwood... en fin...

—¿Qué le pasa a la señora Cotterwood?

—A veces, bueno... ¡no es muy amable!

Justin dejó escapar una risotada.

—La «amabilidad», amigo mío, no es necesariamente lo que más me interesa en una mujer.

—Maldición, es que me pone los nervios de punta. Es gruñona e insoportable.

—¡No! —Justin apretó los labios para no estallar en carcajadas.

—Sí. Ha sido grosera con Penelope, cuando se supone que es amiga suya, ¡e incluso me obligó a faltar a la cacería de ayer! —añadió Bucky indignado.

—Lo siento. Y te agradezco tu preocupación. Estoy seguro de que, en virtudes, no puede compararse con Penelope. Pero creo que podré manejarla sin problemas.

Bucky pareció dudar.

—Si estás seguro de que...

—Sí —Justin apuró la copa y la dejó en la mesa—. Y cuando haya ideado un plan para descubrir a ese canalla...

—Puedes contar conmigo —le aseguró Bucky—. Te ayudaré en lo, que pueda.

—Eres un amigo de verdad —Lambeth se encaminó hacia la puerta, pero antes de salir se detuvo—. A propósito, si alguna vez capturan al salteador de caminos apodado «el Caballero», asegúrate de que pueda escapar. Hoy nos ha salvado la vida.

—Estás de broma. Hay que ver, Lambeth, qué cosas te pasan.

Justin sonrió con aire burlón y salió del estudio para dirigirse al vestíbulo. Antes de llegar a las escaleras, no obstante, alguien lo llamó.

—¡Justin!

Al girarse, Justin vio con sorpresa que Cecilia Winborne salía por una de las puertas del vestíbulo y avanzaba hacia él.

—Cecilia —la miró con aire cansado—. Creí que ya te habrías acostado. ¿Y qué haces aquí? Pensé que te hospedabas en casa de Exmoor.

—¡No esperarías que me fuese con los demás sabiendo que habías desaparecido! Estaba muerta de preocupación. No sabíamos qué te había pasado ni dónde estabas. Solo que esa mujer había desaparecido también —Cecilia frunció los labios, dejando claro lo que pensaba de Marianne—. Lady Buckminster tuvo la gentileza de ofrecerme una habitación y yo acepté, por supuesto.

—Un detalle por su parte —comentó Justin evasivamente—. Espero que estés más tranquila ahora que hemos vuelto. Con tu permiso, necesito darme un baño y...

—Espera. Tengo que hablar contigo.

—¿No puedes dejarlo para mañana? Estoy muy cansado, Cecilia.

—No —los ojos grises de Cecilia centellearon—. Ha de ser ahora.

—Está bien —Justin se cruzó de brazos y aguardó—. ¿De qué se trata?

—No tienes ninguna responsabilidad para con esa mujer —empezó a decir Cecilia acaloradamente.

—¿Perdón? ¿A qué mujer te refieres?

—A la señora Cotterwood —dijo Cecilia con desdén—. Que te haya arrastrado a una situación comprometedora no significa que estés obligado a...

Justin meneó la cabeza con decisión y alzó una mano.

—Ya basta, Cecilia. Deberías saber que yo jamás me siento obligado a hacer nada. No te he pedido consejo y, créeme, tampoco lo necesito. Buenas noches.

—Sé que no vas a casarte con ella —dijo Cecilia, agarrándole el brazo—. No puedes casarte con una mujer así, a pesar de lo que esos estúpidos digan del honor y el escándalo.

Justin miró con frialdad la mano con que lo tenía agarrado. Con expresión imperturbable, la retiró de su brazo.

—Sugiero que demos por terminada esta conversación, antes de que alguno diga algo que luego pueda lamentar.

—¡No! Vas a escucharme. No soy ninguna estúpida, Justin. Ni espero que me seas fiel cuando nos hayamos casado. Ambos conocemos las razones de nuestro matrimonio y el papel que habremos de desempeñar en él. ¡Pero no voy a tolerar que tengas una aventura con otra mujer en mi presencia! No voy a...

Justin dio un paso adelante con tal presteza que Cecilia retrocedió sorprendida.

—Le diré lo que no va a hacer, señorita Winborne. No va a casarse conmigo.

Cecilia lo miró con ojos dilatados de horror, sin habla.

—Pareces engañarte a ti misma pensando que te he propuesto matrimonio. Pero no lo he hecho, ni pienso hacerlo. Jamás me casaré con una arpía como tú.

—Pero... pero... —balbució Cecilia—. Siempre habíamos supuesto que...

—Tus padres y tú, quizá. Y probablemente también los míos. Pero la decisión me corresponde a mí. Y he decidido que no estamos hechos el uno para el otro — Justin se giró y empezó a subir las escaleras.

—¡No puedes hacerme esto! —chilló Cecilia—. ¡No puedes! Todos piensan que...

—Si piensan que vamos a casarnos, será porque tú te has afanado en extender el rumor, de modo que eres la única culpable. Sabes perfectamente que yo jamás te he hablado de matrimonio.

Se dio media vuelta y se alejó escaleras arriba, dejando a Cecilia boquiabierta.

Justin se dirigió hacia su habitación. Sintió deseos de entrar en el dormitorio de Marianne para ver si se encontraba bien. En realidad, le habría gustado tenderse en la cama, junto a ella, y dormirse acunándola entre sus brazos durante toda la noche, tal y como hubieran hecho en la mina.

Pero tal cosa era imposible, con Cecilia observándolo hoscamente desde el vestíbulo.

Entró en su cuarto de mal humor, despidiendo a su ayuda de cámara en cuanto este le hubo ayudado a quitarse las botas. Luego se desvistió rápidamente, dejando la ropa sucia en el suelo, y se sumergió en la bañera que le había preparado su ayudante. Sin embargo, la humeante agua no lo ayudó a relajarse. Sus pensamientos no dejaban de girar tumultuosamente. ¡Malditas fueran Cecilia y sus insinuaciones! Le dolía que hablaran así de Marianne. ¡Que sospecharan de ella!

Justin hizo una mueca y empezó a frotarse vigorosamente. La idea de vivir una aventura en secreto con Marianne no lo seducía en absoluto. Deseaba comprar una casa para ella y para su

hijita. Deseaba apartarla de aquella peligrosa vida criminal. Deseaba poder verla siempre que quisiera. Deseaba, en suma, tenerla para sí.

Por un breve instante, la idea del matrimonio relampagueó en su mente. Pero la descartó mientras se ponía en pie para secarse con una toalla. Era un estúpido, se dijo. Un estúpido que pensaba con la entrepierna. El marqués de Lambeth, futuro duque de Storbridge, no se casaba con una mujer simplemente porque la deseara. El matrimonio era un deber que debía cumplir por el bien de la familia. Debía engendrar herederos para que la dinastía perdurase, y su esposa sería elegida en función de su posición, su nombre y su fortuna. Lo que importaba era el linaje, no el amor.

Justin meneó la cabeza, furioso consigo mismo. Se estaba comportando como un verdadero necio. La futura duquesa de Storbridge no podía ser una ex ladrona que ni siquiera había conocido a sus padres.

Se tumbó en la cama, ceñudo, y se tapó con la colcha. Debía dejar de pensar en tales tonterías y concentrarse en cómo atrapar al hombre que casi los había matado a ambos.

Lo demás ya se vería.

Justin ya estaba desayunado cuando Marianne bajó al comedor a la mañana siguiente. Se levantó rápidamente al verla y los ojos de ambos se encontraron.

—¿Cómo te sientes esta mañana? —le preguntó él en voz queda.

Marianne le sonrió, incapaz de disimular el brillo de su semblante.

—Estoy bien.

Justin hizo ademán de seguir hablando, pero se sentó al ver que en ese momento llegaban el señor y la señora Thurston. Enseguida entabló una animada conversación con ellos y Marianne comprendió que intentaba sutilmente averiguar detalles del pasado de Thurston. Durante el resto del día, charlaron con cuantos huéspedes pudieron, a veces juntos, pero casi siempre por separado. Marianne sentía a menudo cómo los ojos de Justin la miraban desde el extremo opuesto de la sala y comprobó que siempre se mantenía allí donde ella pudiera verlo. En las pocas ocasiones en las que se ausentó, la dejó en compañía de lord Buckminster. Marianne comprendió, conmovida, que Justin estaba velando por ella.

Después de varias horas de tediosa charla con Sophronia Merridale, en las que apenas había averiguado nada útil, Marianne subió a su cuarto para vestirse para la cena. Abrió la puerta y tuvo que reprimir un grito al ver que un hombre la esperaba dentro, sentado.

— ¡Justin! —exclamó. Rápidamente, cerró la puerta y echó la llave—. ¿Qué haces aquí? ¡Me has dado un susto de muerte!

—Lo siento —él se levantó y, acercándose a ella, la estrechó entre sus brazos—. Pensé que me volvería loco si no te tenía para mí solo unos minutos.

Marianne se fundió en su abrazo, más que satisfecha con su explicación, y alzó los ojos para mirarlo. Se dieron un largo beso.

Justin la llevó hasta la cama y ambos se tumbaron, perdidos en un súbito remolino de pasión. Los dedos de él fueron hasta los botones de su vestido.

—Quiero verte —murmuró besándole los senos por encima de la tela—. Quiero ver tu cara cuando llegues al éxtasis —añadió con voz ronca.

Marianne notó que su bajo vientre se hacía agua al oír sus palabras. Él leyó la respuesta en sus ojos y emitió un jadeo antes de reclamar nuevamente su boca.

Unos repentinos golpes en la puerta los sobresaltaron a ambos. Justin irguió la cabeza y maldijo entre dientes. Marianne trató de hablar, pero no pudo. Se aclaró la garganta y probó de nuevo.

–¿Sí? ¿Quién es?

–Soy yo, Penelope. Me disponía a bajar para la cena y pensé que quizá querías acompañarme.

– Oh. Ah, sí, me encantaría, pero todavía no he acabado de vestirme –contestó Marianne incorporándose.

–Muy bien, te esperaré –respondió Penelope–. Nicola tampoco está lista aún. Cuando acabes, estaré en mi habitación.

–Bien. Enseguida voy –Marianne miró de reojo a Justin y estuvo a punto de prorrumpir en carcajadas al ver su expresión. Se acercó a él y le posó un suave beso en los labios.

–Tengo que irme –susurró–. Si no, Penelope se extrañará. Bajamos juntas a cenar casi todas las noches.

Justin se levantó con desgana.

–Será mejor que espere hasta que te hayas marchado con ella.

–Si piensas quedarte, haz algo útil y sé mi doncella –Marianne le dio la espalda, mostrándole la larga hilera de botones del vestido.

–¿Acaso te has propuesto matarme? –inquirió él mientras acercaba las manos a los botones y procedía a desabrocharlos.

Ella sintió un agradable placer erótico al notar el roce de sus dedos en la espalda. Cuando el vestido cayó a sus pies, se cubrió instintivamente los senos y el estómago. Justin se inclinó para besarle la nuca. Finalmente, la ayudó a ponerse otro vestido.

–¿Puedo venir a tu habitación esta noche? –le susurró en el oído.

Marianne asintió con la cabeza, incapaz de hablar.

–No podré apartar los ojos de ti durante la cena –dijo Justin.

–Justin... –Marianne se giró para mirarlo, colocándole las manos en los hombros.

–No. No me lo pongas todavía más difícil –dijo él con una sonrisa, tensa al tiempo que retrocedía un paso–. Disfrutaré mirándote... y pensando en lo de esta noche –señaló la puerta con la barbilla–. Será mejor que salgas ya.

Marianne notó los ojos de Justin sobre ella durante todo el transcurso de la cena. Apenas prestó atención a la conversación de sus acompañantes, limitándose a asentir ocasionalmente mientras tomaba un sorbo de vino. Después de la cena, las mujeres se retiraron un rato a la sala de estar mientras los hombres tomaban una copa y fumaban en la estancia reservada para tal fin.

Finalmente, cuando la señora Minton se levantó para retirarse, Marianne siguió su ejemplo y se puso en pie rápidamente, declarando que estaba muy cansada. Subió las escaleras con la mujer de más edad y entró en su cuarto. A continuación, llamó a una doncella para que la ayudara a desvestirse y a ponerse el camisón.

Cuando la doncella se hubo marchado, Marianne se sirvió un vaso de agua de la jarra situada junto a la cama y bebió nerviosamente mientras se paseaba por el cuarto. Al cabo de unos segundos, soltó el vaso y se sentó en la cama a esperar.

Bostezó.

Unos instantes después, o eso le pareció a ella, se despertó bruscamente, mirando en torno con sorpresa. ¡No podía haberse dormido! Habría sido ridículo, en su estado de nervios. Pero, por alguna razón, no conseguía mantener los ojos abiertos. Volvió a cerrarlos y, en pocos segundos, se quedó dormida.

Marianne flotó en un vacío de oscuridad. Volvía a ser una niña y su padre la llevaba a la cama.

Ella podía oler el aroma de su tabaco y el algodón de su chaqueta. Le sonrió y sé apretó contra él. ¡Su querido papá! Luego su padre empezó a mecerla en la mecedora del cuarto de los niños. Ella quiso abrir los ojos, pero no podía.

Entonces, de repente, sintió que tenía frío y que caía.

Marianne abrió los ojos de golpe al notar el agua fría en su rostro y, luego, se sumergió en la oscuridad, incapaz de respirar. El agua la cubrió del todo.

CAPITULO 16

Marianne empezó a debatirse instintivamente conforme se hundía en el agua. Seguía sin estar del todo consciente mientras separaba las piernas y agitaba los brazos, ascendiendo por fin hasta la superficie. Continuó moviendo los brazos torpemente, luchando por respirar, y parpadeó para quitarse el agua de los ojos. Vio una pequeña barca y una oscura figura agazapada en ella, que se alejaba velozmente. Marianne tomó aliento para gritarle que sé detuviera, pero, en el último momento, cambió de opinión y guardó silencio.

Aún se sentía aturdida, pero era una buena nadadora, de modo que, tras esperar a que la barca se hubiera alejado, empezó a nadar hacia el embarcadero, que se divisaba a lo lejos iluminado por el resplandor pálido de la luna. El camisón entorpecía sus movimientos y Marianne se detuvo para quitárselo trabajosamente. Sintiendo más ligera, siguió nadando en dirección al embarcadero. Los dientes le castañeteaban. El frío del agua parecía calarle hasta los huesos. La asaltó la necesidad de calor, de sueño. Los brazos y las piernas le dolían, empezó a temer que no conseguiría llegar hasta la orilla.

Marianne pensó en Rosalind, en lo que sería de su hijita sin ella, y eso le dio renovadas fuerzas. Continuó dando brazadas al tiempo que ahuyentaba el demonio del sueño. La orilla empezaba a acercarse poco a poco. Transcurridos unos minutos, los movimientos de Marianne fueron haciéndose más lentos, los ojos empezaron a cerrársele y sus piernas se hundieron... tocando la tierra del fondo. Torpemente, se puso en pie y recorrió los pocos pasos que la separaban de la orilla. Cayó de rodillas en la hierba. Finalmente, temblando, se derrumbó y perdió el conocimiento.

—¡Marianne! ¡Marianne! —la voz de Justin la sacó del sueño. Marianne abrió los ojos y lo miró.

—Justin —resolló. Él estaba arrodillado junto a ella. La había incorporado levemente, tomándola entre sus brazos. Marianne sé recostó débilmente en su pecho, incapaz de hacer nada salvo decir su nombre.

—Ánimo, amor mío —dijo él al tiempo que volvía a tenderla suavemente en el suelo. Luego se quitó la camisa de dormir para echársela a ella por encima y la abrazó de nuevo—. Gracias a Dios —murmuró una y otra vez, posándole una lluvia de besos en el cabello y el rostro—. Creí que habías muerto. Cuando encontré esa nota... Jamás había sentido tanto miedo en toda mi vida.

—Yo no... —Marianne luchó por organizar sus pensamientos—. Estoy mareada... lo siento.

—No te preocupes. Jamás volverá a ocurrirte nada. Te lo juro.

Justin la tomó en brazos y la llevó a la casa. Entró por la puerta de la cocina y utilizó la escalera del servicio para subir a su habitación. Una vez allí, dejó a Marianne en la cama y cerró la puerta con llave. Después, tras quitarle la camisa de dormir, la envolvió con una manta y se tumbó en la cama junto a ella, abrazándola.

—¿Por qué tengo... tanto frío?

—Es el shock, supongo. Y el agua del lago se enfría mucho de noche, aunque sea verano. No te

preocupes. Se te pasará.

Justin tenía razón. Marianne notó que, poco a poco, el calor penetraba en sus huesos y su mente empezaba a aclararse.

–Pero ¿qué pasó? ¿Qué hacía yo en el lago?

–Alguien te dejó allí –contestó Justin en tono grave–. Averiguaré quién fue y lo detendré.

–Pero ¿cómo...? ¿Por qué...?

–Chist. No te preocupes por eso ahora. Ya hablaremos mañana –Justin le besó el cabello, apartándolo de la cara–. ¡Maldición! Debí pedir a Nicola o Penelope que durmieran en tu habitación. La culpa es de mi estúpida lujuria. Si no hubieras dejado la puerta abierta para dejarme entrar, nada de esto habría ocurrido –soltó otra retahila de maldiciones.

–No... no te preocupes –le aseguró Marianne con voz somnolienta mientras se le cerraban los ojos–. Te quiero –murmuró antes de quedarse completamente dormida, dejando a Justin despierto, con la mirada perdida en la oscuridad, ligeramente sorprendido.

Aún no había amanecido cuando Justin despertó a Marianne.

– Tengo que irme ya –le susurró en el oído–. Las doncellas no tardarán en subir y no deben verme aquí. ¿Puedes cerrar la puerta cuando yo salga?

Marianne asintió y se bajó de la cama, siguiéndolo hasta la puerta. Echó la llave cuando él hubo salido y luego volvió a acostarse, quedándose dormida en cuanto su cabeza tocó la almohada.

Siguió durmiendo hasta mucho después de que el sol saliera y su luz se filtrara por entre las cortinas. Cuando se despertó por fin, sé incorporó cuidadosamente, notando que le dolían todos los músculos del cuerpo. Permaneció inmóvil unos segundos, tratando de recordar exactamente qué había sucedido. No obstante, el esfuerzo fue excesivo y, con un gemido, Marianne volvió a echarse en la almohada.

Necesitó una hora, y la ayuda de una doncella que le había llevado té, para poder vestirse y prepararse para salir de la habitación. Lo único que sabía con seguridad era que había estado a punto de ahogarse en el lago la noche anterior.

Apenas había llegado al pie de las escaleras cuando vio que Justin se dirigía presuroso hacia ella por el vestíbulo.

–Aquí estás –dijo algo sorprendida–. Iba a buscarte.

–Pedí a la doncella que me avisara cuando salieras de la habitación –explicó él.

–¿Qué pasó? Solamente recuerdo que me desperté de pronto en el lago, ahogándome.

–Salgamos a dar un paseo –sugirió Justin–. Prefiero no hablar aquí, donde alguien puede oírnos.

Marianne se puso el sombrero y emprendieron un tranquilo paseo por el sendero de la entrada, flanqueado de altos árboles lo bastante distanciados entre sí como para que nadie pudiera ocultarse tras ellos.

–Te drogaron –dijo Justin ceñudo–. Es la única explicación. De lo contrario, ese hombre no habría podido llevarte hasta el lago sin que te despertaras.

–Pues claro. Eso explica por qué me sentía tan mareada y me costaba tanto nadar. Supongo que el agua fría me despertó.

–Menos mal que eres una buena nadadora. Y quizá no ingeriste toda la droga.

–¿Cómo pudieron drogarme?

—Quizá pusieron algo en tu plato o en tu copa anoche, durante la cena. ¿Con quién te tocó sentarte?

—Estuve sentada entre el señor Westerton y el señor Fuquay —Marianne intentó hacer memoria—. Creo que el señor Minton estaba sentado frente a mí, junto a su esposa y... la señora Thurston. ¿Crees que fue alguno de ellos?

—No necesariamente. Alguien pudo haber entrado en el comedor un poco antes, imagino, y haber puesto algo en tu copa. ¿Comiste o bebiste algo después?

—No. Oh, espera. Tomé un vaso de agua antes de acostarme.

—¿En tu habitación?

Marianne asintió.

—De la jarra que había allí.

Justin puso expresión grave.

—Pudo resultarle ridículamente fácil entrar en tu habitación y drogar el agua. Pero es imposible saber cuándo lo hizo, o cuál de los huéspedes se separó del resto el tiempo suficiente para hacerlo.

—¿Cómo me encontraste anoche? —inquirió Marianne—. ¿Cómo supiste que habían intentado asesinarme?

—Por pura suerte —él meneó la cabeza—. Fui a tu habitación y vi que no estabas allí. Había una nota sobre la cama.

— ¡Una nota! Ese hombre parece un especialista en la materia.

Justin asintió.

—Supongo que, en circunstancias normales, habría pasado por auténtica. Parecía escrita por una mujer, y ninguno de nosotros conoce tu caligrafía. Pero yo sabía que no era tuya. Tú jamás te habrías suicidado por un desliz amoroso.

—¿Suicidio? Pues claro. Hubiera sido una manera fácil de deshacerse de mí sin levantar sospechas.

—En la nota, pedías disculpas a lady Buckminster por el escándalo y afirmabas no poder seguir viviendo con semejante mancha en tu reputación. Dado que yo me había negado a casarme contigo, habías decidido poner fin a tu vida. Empecé a buscarte por la casa y luego por los jardines, hasta llegar a la orilla del lago y... Bueno, ya sabes el resto.

—¿Qué voy a hacer? —preguntó Marianne con ansiedad—. Quizá debería volver a Londres. Allí estaría a salvo.

—No —Justin negó con firmeza. Luego la miró y sonrió—. No lo digo simplemente porque no desee estar sin ti el resto de la semana. En Londres correrías más peligro. Aquí, yo podré protegerte. Penelope dormirá en tu habitación por las noches y cerrarás siempre la puerta con llave.

—Seguimos sin tener idea de quién puede ser —se lamentó ella—. No conseguí averiguar nada ayer, aparte de algunos chismes sobre gente a la que apenas conozco.

—Yo tampoco tuve mucha suerte —dijo Justin—. Los mozos de cuadra no recuerdan haber ensillado ningún caballo antes que el tuyo. De modo que nuestro hombre ensilló su caballo por su cuenta. Al parecer, casi todos los hombres de la casa salieron a cabalgar en el día de ayer. Pero voy a detener a ese individuo. Tengo un plan.

—¿Cuál? —Marianne se giró hacia él, sintiendo cierta esperanza.

–Le tenderemos una trampa y, cuando caiga en ella, lo atraparemos. Para ello, me haré pasar por ti.

Marianne se echó a reír. Justin la miró indignado, lo cual hizo que ella se riera aún más.

–Lo siento. Pero es que, Justin... ¿cómo vas a hacerte pasar por mí? Eras más alto que yo y demasiado ancho de hombros. Ninguno de mis vestidos te cabrá.

–No seas absurda –dijo Justin con gran dignidad–. Me pondré un vestido de lady Buckminster. Es mucho más corpulenta que tú, y da igual que sea más baja que yo, porque no se me verán las piernas, y... ¡deja de reírte! – él mismo tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír, aunque finalmente se rindió y prorrumpió en carcajadas.

Cuando ambos se hubieron calmado, Justin prosiguió.

–Bucky y yo lo hemos planeado todo. Lo haremos la noche del baile. Habrá una sesión de fuegos artificiales sobre el lago, de manera que todos los invitados saldrán a la terraza para verlo. Supongamos que el asesino te esté vigilando. Tú te alejarás del grupo para dar un paseo y te internarás en el jardín. Y ahora viene lo más importante. Llevarás un chal y un adorno en el pelo, una corona de joyas o de flores, algo que llame la atención. Echarás a andar por el camino hacia la glorieta de las rosas. Para esa noche, todos los huéspedes sabrán cuánto te gusta sentarte allí. Nicola y Penelope nos ayudarán.

–Tendremos que contarles toda la historia, ¿verdad?

–No veo por qué no. Ellas no son sospechosas.

–No.

–Como iba diciendo, te dirigirás hacia la glorieta de las rosas y yo estaré esperando, escondido detrás de un macizo de flores cercano, con un vestido del mismo color que el tuyo y una peluca. Tú me pasarás el chal rápidamente y yo me lo echaré sobre los hombros. El cambio será rápido y, ocultos detrás de los arbustos y las flores, él no nos verá. A continuación, yo me sentaré en la glorieta mientras tú te quedas aparte con Bucky. Cuando nuestro hombre doble el recodo de la glorieta, verá una figura de mujer sentada de espaldas a él. En la oscuridad, resultará fácil engañarlo.

–Y entonces te atacará –dijo Marianne–. ¿Qué harás para que no té mate?

–¿Crees que no sé defenderme?

–No si te dispara con una pistola por la espalda.

–No hará tal cosa, porque entonces no parecería un suicidio o un accidente. Además, creerá que soy una mujer y, por lo tanto, más débil que él. Intentará golpearme, estrangularme o algo por el estilo, y yo podré reducirlo. En cualquier caso, Bucky estará cerca por si necesito su ayuda.

–Debería ser yo la que se sentara en la glorieta. Bucky y tú os esconderíais cerca y podríais capturarlo cuando intentara atacarme.

–¿Crees que sería capaz de permanecer escondido detrás de un arbusto mientras tú corres todo el peligro?

–Es a mí a quien están intentando asesinar. No tienes por qué arriesgar tu vida.

–Al contrario. Tengo muchas razones.

Marianne arrugó la frente.

–No quiero que te lastimen por mi culpa.

Justin sonrió y, a pesar de que se hallaban cerca de la casa, la estrechó entre sus brazos.

–Eres muy amable al preocuparte, pero te aseguro que no es necesario. No seré yo quien salga

lastimado.

—Pero puede que ese hombre se dé cuenta. No creo que te confunda con una mujer, aun en la oscuridad de la noche.

—No permitiré que te arriesgues —dijo Justin tajantemente—. Y no se hable más. Lo único que debes decidir, querida, es si vas a ayudarnos o no.

—Pues claro que os ayudaré —contestó Marianne irritada—. No puedo negarme. Pero, te lo advierto, como te pase algo...

—Podrás regañarme cuanto quieras —prometió Justin, tomando su mano y acercándosela a los labios.

El plan discurrió más o menos como Justin había previsto. Aquella tarde, Marianne dio un paseo por los jardines con Justin y Bucky, que le mostraron el lugar exacto donde tendría lugar el cambio. Asimismo, confiaron el plan a Nicola y Penelope, y Nicola sacó a colación, mientras hablaba con el grupo de huéspedes más nutrido que pudo encontrar, el cariño que Marianne le tenía a la glorieta de las rosas. Durante el resto del día, Marianne estuvo acompañada por Justin o Bucky en todo momento, y más tarde Nicola y Penelope se reunieron con ella en su habitación para vestirse para el baile.

Mientras se vestían, Penelope habló de las atenciones que lord Buckminster estaban teniendo con ella. Ruborizada, contó cómo le había tomado la mano mientras daban un paseo aquella tarde. Marianne sonrió e hizo lo que pudo por participar en la conversación, a pesar de los nervios que atenazaban su estómago.

Se puso su vestido más elegante, un traje de noche de terciopelo verde esmeralda, y se recogió el cabello en un elegante moño, rematando el peinado con un adorno de perlas y diamantes de imitación. Por fin, cuando se hubo puesto los guantes, las tres bajaron al salón de baile. Justin esperaba a Marianne allí, vestido con un elegante traje de etiqueta negro. Marianne pudo ver la excitación que brillaba en sus ojos mientras la sacaba a bailar la primera pieza y, más tarde, un vals. No obstante, por cuestiones de etiqueta, ella tuvo que conceder los demás bailes a otros caballeros.

Marianne tuvo que conversar con los demás invitados sin delatar su estado de nervios. Para empeorar las cosas, Cecilia Winborne no dejaba de mirarla con ojos cargados de veneno.

—Apuesto a que Cecilia es la villana —dijo Nicola en voz baja—. Si hay alguien capaz de cometer un asesinato, es ella. Deborah dice que ha estado echando chispas estos dos últimos días.

Nicola había visitado a su hermana, lady Exmoor, en dos ocasiones, y Deborah había acudido al baile aquella noche. Aunque su figura seguía siendo esbelta, Nicola insinuó que se hallaba en la primera fase de un embarazo. Era su tercer intento de tener descendencia, después de dos abortos, y tenía un aspecto enfermizo, su semblante pálido como la cera.

—Sé que él la ha obligado a venir —dijo Nicola—. Tendría que haberse quedado en casa, guardando cama. Y no debería seguir intentando tener hijos. Pero, naturalmente, Richard no quiere quedarse sin un heredero.

Marianne tomó la mano de Nicola, percibiendo su angustia.

—Quizá esta vez todo vaya mejor.

—Gracias. Eso espero. Deborah me ha pedido que le haga compañía durante estos meses. Había jurado no volver a pisar esa casa —Nicola se encogió de hombros—, pero lo haré por ella.

—Sé que sientes antipatía con el Conde.

—Es algo más que antipatía —contestó Nicola amargamente—. Mató al hombre que yo amaba y jamás se lo perdonaré.

Marianne se quedó mirándola, asombrada.

–¡Nicola! ¿Quieres decir que lo asesinó?
Nicola se encogió de hombros.

–No lo sé. Richard estaba furioso con él y tuvieron una pelea. Dijo que había sido un accidente. Es posible, no lo sé. Pero yo lo perdí igualmente.

–Lo siento –dijo Marianne–. Con razón te disgustó tanto que tu hermana se casara con él.

Nicola le apretó la mano.

–Gracias. ¿Sabes que jamás se lo había dicho a nadie? Ni siquiera a Penny –sus ojos se desviaron hacia otro punto del salón–. A propósito de Penelope, fíjate en eso. Parece que Penny no cabe en sí de gozo.

Marianne siguió la dirección de su mirada y vio a su amiga, que paseaba del brazo de lord Buckminster con expresión de radiante felicidad. Conforme se acercaban a ellas, Bucky se separó de Penelope con evidente desgana, besándole cortésmente la mano enguantada. A continuación, Penelope se giró para dirigirse hacia sus amigas.

–Estáis viendo a la futura lady Buckminster –les susurró.

–¡Cómo!

–¿Hablas en serio, Penny? ¿Te ha pedido que te cases con él?

Hablaban en excitados susurros, conscientes de los oídos que las rodeaban. Nicola tomó a Penelope de la mano y la condujo a un rincón apartado.

–Cuéntanoslo todo.

–Mientras paseábamos por el jardín, me pidió que me casara con él. Dijo que me ama.

–Eso es maravilloso –Marianne abrazó a Penelope–. Os deseo toda la felicidad del mundo.

–Jamás podré agradeceréte lo bastante –dijo Penelope.

–Bobadas. Antes o después, Bucky se habría dado cuenta de su amor por ti. Solo le dimos un empujoncito.

Más tarde, poco antes de la medianoche, lady Buckminster interrumpió a la orquesta y pidió a todos los invitados que salieran a la terraza. De inmediato, Marianne se situó junto a las escaleras que descendían hasta el jardín, apoyándose en una de las columnas. Se había echado el chal color crema sobre los hombros, como para protegerse del relente de la noche. No vio señal alguna de Justin o Bucky; debían de estar ya en los lugares acordados. Finalmente, cuando se oyó el primer estallido de los fuegos artificiales y los invitados exclamaban deleitados ante la lluvia de luces que cubrió el lago, Marianne se puso en marcha y bajó al jardín, sin apresurarse. Cuando hubo perdido de vista la terraza, apretó el paso, aunque no en exceso. Debía dar la impresión de estar paseando y disfrutando de los fuegos y de la noche perfumada por las rosas.

Unos metros más adelante, vio el arbusto donde, en teoría, Justin estaría esperándola. Con paso firme, se acercó al arbusto y lo rodeó, suspirando aliviada al comprobar que él estaba en su puesto, con sus anchos hombros embutidos en un vestido de mujer que apenas le llegaba a los tobillos y una inadecuada peluca en la cabeza.

Marianne le pasó el adorno de perlas y el chal rápidamente. A continuación, Bucky, que se encontraba detrás de Justin, la agarró de la mano y la llevó hasta unos arbustos cercanos. Una vez escondidos, vieron cómo Justin avanzaba hasta la glorieta de las rosas y se sentaba en el pequeño banco, de espaldas al sendero.

Al cabo de pocos minutos, moviéndose rápidamente por el camino, apareció la figura de un hombre. Se detuvo un instante, mirando la espalda de Justin, y luego avanzó. Marianne

apretó los puños y aguardó en tensión, esperando que Justin hubiese reparado en la llegada del nombre. Oyó cómo, tras ella, la respiración de Bucky se aceleraba.

Justin había percibido, en efecto, el ruido de pasos en el sendero de grava y giró la cabeza hacia el lado opuesto, para que su presa no vislumbrase sus rasgos masculinos mientras se adentraba en la glorieta.

– Señora Cotterwood –dijo el hombre acercándose, y Justin se volvió rápidamente hacia él, apuntándole con la pistola que había tenido oculta en el regazo.

El hombre se detuvo bruscamente y emitió un jadeo ahogado. Se quedó mirando a Justin, sorprendido, y una expresión de miedo se adueñó de su semblante.

—¡Winborne! –exclamó Justin–. ¿Eres tú?

—¡Winborne! –repitieron Marianne y Bucky al unísono mientras salían de su escondite y se apresuraban hacia la glorieta.

Justin se levantó rápidamente e intentó agarrar a Winborne, pero este retrocedió con un ágil salto y huyó por el sendero. Justin salió corriendo tras él, pistola en mano, alzándose la falda para que no obstaculizase su carrera. Lord Buckminster fue tras ellos, seguido por Marianne. Ambos gritaban a Winborne que se detuviese, y el propio Winborne empezó a gritar también, como pidiendo socorro.

En la terraza, una vez concluidos los fuegos artificiales, los invitados desviaron su atención hacia la extraña persecución que tenía lugar en el jardín. Winborne había doblado una de las esquinas de la casa, dirigiéndose hacia el camino principal. Pero Justin, soltando tanto la pistola como la falda del vestido, saltó sobre él y lo tiró al suelo. En pocos segundos, Buckminster llegó hasta ellos y empezó a tirar de Justin, que permanecía ahorcado sobre Winborne, dándole puñetazos.

El aire nocturno les hizo llegar con claridad la voz de lord Chesfield desde la terraza.

–Caray, ¿por qué estará Lambeth pegándole a Fanshaw?

Lo que a mí me gustaría saber es por qué lleva puesto un vestido de mujer –fue la réplica del señor Westerton.

Marianne se detuvo en los límites del jardín para recobrar el resuello, con la mirada puesta en la escena. En ese momento, un brazo le rodeó la cintura y la alzó en vilo, al tiempo que una mano de hombre le tapaba la boca.

–Es usted una mujer difícil de cazar, señorita Chilton –gruñó el hombre mientras la arrastraba de nuevo hacia el jardín.

CAPITULO 17

¡Se habían equivocado de hombre! Manarme luchó contra su agresor, pataleando y debatiéndose furiosamente. ¡Justin y Bucky se pondrían a discutir con el hermano de Cecilia, mientras el verdadero agresor se deshacía de ella!

El hombre gruñó al sentir una patada en la espinilla y Marianne aprovechó la oportunidad para darle un mordisco en el pulgar. Maldiciendo, el agresor retiró la mano y Marianne profirió un grito.

Justin se giró rápidamente y vio lo que estaba sucediendo. Con un brillo de comprensión en el semblante, soltó la solapa de Fanshaw Winborne.

–¡Fuquay!

Empezó a avanzar hacia Marianne y Reginald Fuquay, pero este sacó una pequeña pistola y la

acercó a la sien de ella. Justin se detuvo al instante.

—¿Qué diablos está haciendo, Fuquay? —preguntó—. No empeore aún más su situación. Suelte el arma.

—Es cierto —dijo Marianne—. Todo el mundo, lo ha visto.

—Quiero un caballo —dijo Fuquay a Justin—. La dejaré libre a cambio del mejor caballo de lord Buckminster.

—Por supuesto —asintió Bucky—. Le daré mi propio caballo —se giró y gritó una orden a uno de los criados, que habían salido de la cocina y contemplaban la escena estupefactos. El criado corrió hacia las cuadras mientras Justin daba dos pasos hacia Marianne.

—¡Alto! No se acerque más, a menos que desee verla muerta.

Justin levantó ambas manos en un gesto apaciguador.

—No pretendo hacerle nada. Solo quiero hablar con usted. ¿Adónde piensa ir, Fuquay? ¿Desea convertirse en un fugitivo y huir de la ley? Nadie ha resultado lastimado aún. Quizá podamos llegar a un acuerdo. Al fin y al cabo, no queremos que estalle un escándalo. ¿Por qué no suelta la pistola? Díganos por qué ha atentado contra la vida de la señora Cotterwood.

—¡Oh, Dios! —gritó Fuquay casi sollozando—. De todas formas, ya estoy acabado.

—Aún no —le aseguró Justin—. Si deja esa pistola, podremos hablar. Pero como lastime a Marianne, no descansaré hasta verlo ahorcado. Piense en sus padres, en su familia. ¡Ahórreles tal humillación!

Fuquay emitió un sonido inarticulado. Marianne notó cómo aflojaba su tenaza y deponía la pistola.

De repente, se oyó una detonación y un estallido de luz iluminó la terraza. Fuquay profirió un grito y soltó a Marianne conforme se derrumbaba en el suelo. Marianne chilló y corrió hacia Justin, que al instante la tomó entre sus brazos. Permanecieron abrazos unos segundos antes de volverse hacia Fuquay, que permanecía desplomado en el suelo, con el rostro cubierto de sangre.

—Oh, Dios —murmuró Marianne, sintiendo que se le revolvía el estómago.

—Espera aquí —le dijo Justin antes de acercarse a Fuquay para tomarle el pulso.

Marianne lo siguió.

—¿Está...?

—Ha muerto —contestó Justin en tono grave. A continuación se incorporó y se giró hacia la terraza.

El conde de Exmoor avanzaba hacia ellos, con una pistola en la mano. Justin apretó los puños, enfurecido.

—¿Por qué demonios le ha disparado? ¡Pudo haberle dado a Marianne!

—Tonterías. Lo tenía a tiro y mi puntería es excelente. La señora Cotterwood no corrió peligro en ningún momento —contestó Exmoor con frialdad—. Por eso le apunté a la cabeza, para no darle a ella. Una lástima.

—¿Una lástima? ¿Eso es lo único que se le ocurre decir? Por Dios santo, acaba de matar a un hombre.

—A un hombre que estaba a punto de dispararle a una mujer desarmada.

—No —protestó Marianne—. Iba a soltarme. Justin lo había convencido.

—¡Ahora nunca sabremos por qué la atacó! —Justin profirió una maldición.

—No. Y lo lamento mucho —dijo Exmoor mientras se acercaba para echar una fría ojeada a Fuquay—. De haber tenido más luz, habría podido herirlo simplemente. Pero decidí no correr el riesgo. Es extraño que la agrediese de esa manera. Imagino que algunos hombres son incapaces de reprimir su lujuria. Hizo muchas locuras en su juventud, pero parecía haber sentido la cabeza.

—No fue por lujuria —dijo Justin tajantemente, aún furioso—. Ya había intentado asesinarla antes y no sabemos por qué razón.

—¡Asesinarla! —exclamó Exmoor con aire sorprendido—. Qué extraño. ¡En fin! Supongo que deben darme las gracias por haber abortado su intento —miró inquisitivamente a Marianne—. ¿Así que no saben por qué lo hizo?

—No.

—¿Lo conocía usted, señora Cotterwood? —inquirió Exmoor.

—No. Jamás lo había visto antes de venir aquí.

—Qué raro.

—Querida mía — lady Buckminster se acercó presurosa a Marianne, seguida de Penelope y Nicola—. Qué experiencia tan horrible —dijo abrazándola—. Debe entrar en la casa y descansar un poco. Tom, que es el magistrado, se ocupará del asunto.

Mientras los hombres se quedaban fuera, la mayoría de las mujeres se reunieron en la sala de estar. Hablaron poco, aturcidas como estaban por los sucesos de la noche.

—No lo comprendo —dijo al fin la señora Thurston con lágrimas en los ojos—. El señor Fuquay fue siempre un hombre muy bueno y amable. ¿Por qué haría algo semejante?

—No lo sé —dijo Marianne, notando que todas las miradas se centraban en ella—. No me lo dijo. ¡Yo apenas lo conocía!

—Debió de volverse loco —declaró Sophronia Merridale—. ¿Por qué, si no, iba a comportarse de una manera tan extraña?

—Pero era tan sensato, cuerdo y trabajador... —dijo la señora Thurston—. Aunque últimamente se lo veía más callado y pensativo, es cierto.

—Estoy segura de que la señora Cotterwood sabe por qué —dijo Cecilia Winborne en tono venenoso, levantándose y clavando la mirada en Marianne—. Aquí hay gato encerrado.

—¡Cecilia! —exclamó lady Buckminster—. ¿Cómo puedes decir una cosa así?

—¡Es cierto! Esa mujer nos oculta algo. No hay más que verla —Cecilia señaló con el dedo a Marianne.

—No seas maleducada —dijo lady Buckminster a Cecilia con severidad.

—Solo digo la verdad. ¡Es una impostora!

Marianne sintió una repentina sensación de náuseas y estuvo segura de que el color había desaparecido de sus mejillas. ¿Leerían la expresión de culpabilidad en su rostro?

—Hoy he hablado con la esposa del magistrado —prosiguió Cecilia—. Es de Yorkshire. Concretamente, de la zona en la que la señora Cotterwood afirma haberse criado. Tanto ella como su difunto marido. La señora Halsey nunca había oído hablar de los Morely o los Cotterwood. Está claro que está haciéndose pasar por una dama. ¡A saber quién es en realidad o de dónde procede! No me sorprendería que hubiese tenido una relación anterior con el señor Fuquay.

Todas se quedaron mirando a Cecilia en atónito silencio. A Marianne no se le ocurrió nada que

decir. Su cerebro parecía estar paralizado. Después de aquello, todos la mirarían con desprecio y repugnancia, incluso Nicola y Penelope. Tendría que irse de la casa avergonzada.

Pero, entonces, oyó que Nicola decía con calma:

–Por favor, Cecilia... qué dramática. ¿Cómo querías que reaccionara la pobre chica cuando la sometiste a semejante interrogatorio? Francamente, parecías un juez. «¿Dónde nació? ¿Quiénes fueron sus padres? ¿Dónde vivía su marido?». Yo también te habría mentido si me hubieras interrogado de ese modo.

–Pero... pero... –balbució Cecilia, confundida–. No es lo mismo. A ti te conozco.

–Y yo conozco a Marianne –contestó Nicola levantándose–. Su familia mantiene una buena amistad con mi tía en East Anglia.

–¡Eso no es verdad! –replicó Cecilia airadamente–. No sé por qué la defiendes, pero sí sé que no la conocías con anterioridad. ¡Es una farsante!

–¿Me estás llamando mentirosa? –repuso Nicola enarcando una ceja.

El semblante de Cecilia se crispó.

–¡A ti no, a ella! –vociferó señalando a Marianne–. Os ha engañado a todos.

En ese momento, una voz de hombre habló desde la puerta.

–Ten cuidado con lo que dices, Cecilia. Puede que sufras la humillación de tener que tragarte tus palabras.

Todos se giraron hacia la puerta, donde permanecía Justin, con el hombro despreocupadamente apoyado en el marco de madera. Sé enderezó y entró en la sala.

–No tolero ese tipo de infamias cuando están dirigidas a la que va a ser mi esposa.

En la estancia se hizo un silencio de ultratumba. Todas las mujeres, incluida Marianne, se quedaron mirando a Justin con absoluta perplejidad.

–¡No... no puedes hablar en serio! –jadeó Cecilia.

Justin enarcó una ceja mientras cruzaba la sala.

–Ya te lo advertí la otra noche –se detuvo junto a Marianne y la miró–. ¿Te encuentras bien, querida?

Marianne asintió, sin habla.

–El magistrado desea hablar contigo. ¿Te ves capaz?

–Sí. Desde luego.

–Bien. Con su permiso, señoras... –Justin sonrió a las presentes mientras le ofrecía el brazo a Marianne.

La sala siguió en silencio hasta que hubieron salido por la puerta; a continuación, las mujeres empezaron a parlotear. Justin sonrió.

–Parece hemos armado un gran revuelo.

–¡Justin! ¿Por qué has dicho semejante cosa? –jadeó Marianne.

Justin se quedó mirándola. Él mismo estaba algo sorprendido. No había pensado en casarse con Marianne hasta que entró en la sala y oyó cómo Cecilia la vilipendiaba. Había actuado movido por una súbita e inopinada rabia. Pero ahora, al mirarla, comprendió que su deseo de casarse con ella era sincero y que deseaba mantener su palabra.

–¿Qué explicación darás cuando vean que no nos casamos? –prosiguió Marianne.

—¿Quién ha dicho que no vamos a casarnos? —respondió él.

Marianne se detuvo y lo miró con asombro.

—¡Estás de broma!

—Jamás bromearía tratándose de algo así —contestó Justin.

—¡Pero es imposible! Él arqueó una ceja.

—¿Estás diciendo que rehúsas casarte conmigo?

—No, claro que no —respondió Marianne con sinceridad. Lo cierto era que lo amaba; lo había sabido desde que estuvieron juntos en la mina.

—Entonces, asunto resuelto —Justin sonrió mientras alargaba la mano para abrir la puerta principal.

—No, no está resuelto —Marianne le agarró el brazo. Sabía que sería ruin por su parte aceptar la propuesta de Justin. Miró a su alrededor y tiró de él hasta la sala de música, que estaba vacía— ¡No puedes casarte conmigo! Sabes tan bien como yo que el futuro duque de Storbridge no puede tomar por esposa a una don nadie. ¡A una ladrona!

—Estoy de acuerdo en que no podremos decir nada acerca de tu ocupación actual —dijo Justin—. Y quizá habría que buscarle a tu «familia» otras maneras menos delictivas de ganar dinero.

—Se necesitaría mucho más que eso para hacer de mí una mujer respetable, y lo sabes. La verdad acabará sabiéndose. Alguien, seguramente Cecilia, indagará sobre mi pasado y descubrirá que fui una simple criada. ¡Será tu perdición!

—Lo dudo.

—Supondrá una mancha en la reputación de tu familia. Tus padres...

—Hago lo que quiero —dijo Justin en tono tajante—. Mis padres no deciden por mí.

—Pero ¿por qué? —inquirió Marianne casi desesperadamente—. No estás obligado a...

—Ya sé que no estoy obligado. Pero, cuando oí a Cecilia acusarte de esa manera, supe que no podía permitir que te vieras expuesta a tales comentarios. No quiero que la gente murmure de ti, especulando si eres mi querida.

—¡Oh, Justin! —con los ojos llenos de lágrimas, Marianne le rodeó la cintura con los brazos—. Qué bueno eres.

Él sonrió, inclinándose para posar un suave beso en su cabello.

—Sospecho que hay quienes no piensan así.

—Pues se equivocan —dijo Marianne al tiempo que se ponía de puntillas para darle un beso en los labios—. Te quiero.

Justin emitió un sonido inarticulado antes de fundir sus labios con los de ella. Al cabo de unos segundos, la soltó y dio un paso atrás.

—Como sigamos, no podrás hablar con el magistrado. Y nos está esperando.

Marianne asintió. No podía permitir que Justin hiciera semejante sacrificio por ella. Pero tenía razón. De momento, tenían que hablar con el magistrado. Más tarde, ya pensaría en lo que debía hacer.

En realidad, el interrogatorio duró muy poco, pues Marianne tenía pocas respuestas que ofrecer. No, apenas conocía a aquel hombre. No, no tenía idea de por qué había intentado hacerle daño.

—Lamento no poder ayudarte más —sé disculpó.

Halsey le sonrió con benevolencia y le dio una palmadita en la espalda.

–Tranquila, querida, tranquila. Es obvio que ese hombre estaba loco. No tiene por qué preocuparse.

–Ojalá supiéramos por qué... –Justin se interrumpió, haciendo una mueca–. Supongo que no se puede censurar a Exmoor su conducta. De haber tenido una pistola en aquel momento, probablemente yo también habría hecho lo mismo.

Una vez concluida la entrevista, Marianne dejó a Justin con el magistrado y subió a su habitación. Tenía mucho en que pensar.

Justin sería muy desgraciado si se casaba con ella. Era un hombre orgulloso y su orgullo se vería destruido si los demás descubrían que se había casado con una mujer de humilde cuna. Su familia montaría en cólera. Y sobre su nombre caería una mancha imposible de borrar.

Marianne deseaba, más que nada en el mundo, ser su esposa. La había llenado gozo el hecho de que Justin quisiera protegerla de las habladurías. Pero no había dicho que la amara. Y ella no podía permitir que tirara su vida por la borda simplemente para salvar su reputación.

No podía casarse con él.

Volvería a casa. Sintió que su corazón se llenaba de amor al pensar en reunirse de nuevo con su hija. Rosalind la ayudaría a superar el dolor. Marianne dejaría la clase de vida que había llevado hasta entonces y se iría con su hija a otra ciudad... Manchester, Leeds u otra metrópoli floreciente donde hubiera «nuevos ricos» dispuestos a costearse lecciones de dicción y conducta.

Justin se enfadaría al principio, desde luego. Quizá incluso intentará seguirla y convencerla de que cambiara de opinión. Pero, con un poco de suerte, Marianne conseguiría escapar. Y, con el tiempo, él se alegraría de que ella no hubiese aceptado su proposición.

Marianne se enjugó las lágrimas y procedió a poner en práctica su plan. Fue a la habitación de lady Buckminster y la encontró aún levantada, de modo que le contó la historia que había pensado de antemano. Estaba tan alterada por los sucesos de aquella noche, que había decidido volver a casa a primera hora de la mañana. Solicitó el carruaje de lady Buckminster para poder ir a la posada del pueblo, donde tomaría un coche que la llevara hasta Londres.

A continuación, después de regresar a su habitación, hizo el equipaje y escribió sendas notas de agradecimiento para Nicola y Penelope. Finalmente, incapaz de posponerlo por más tiempo, procedió a escribir una nota dirigida a Justin. Derramó cuantiosas lágrimas mientras la escribía, pero se obligó a terminarla.

Había acabado sellar las notas cuando oyó que llamaban suavemente a la puerta. Sorprendida, guardó las cartas en un cajón y fue a abrir la puerta. Era Justin.

Marianne abrió los ojos de par en par, sorprendida, pero se apartó rápidamente para dejarlo entrar.

–Todos están acostados –dijo él–. Pero yo no podía dormir –alargó la mano para tomar uno de sus mechones y empezó a jugar con él–. Me había propuesto no arriesgarme a venir aquí esta noche. Creí que podría esperar hasta el día de la boda – sus labios se curvaron sensualmente–. Pero estaba equivocado.

Se inclinó para besarla, lenta y suavemente. Marianne permaneció rígida un momento, pero después se rindió. Atesoraría aquella noche como un preciado recuerdo, se dijo. Era lo menos que se merecía, dado que iba a renunciar a una vida entera con él.

Justin alzó la cabeza y la miró inquisitivamente.

–¿Has estado llorando?

Marianne asintió. Debíó suponer que repararía en sus ojos enrojecidos.

–Pobre chiquilla. No me extraña, con todo lo que ha pasado esta noche –Justin la acunó entre sus brazos.

Marianne emitió un suspiro de alivio y se recostó en su pecho.

–Ven, deja que cuide de ti –prosiguió él mientras le soltaba el cabello, que cayó suavemente sobre sus hombros. Justin agarró el cepillo y procedió a cepillarlo con cuidado. Marianne cerró los ojos, recreándose en la sutil y placentera sensación.

Finalmente, Justin le quitó el vestido y la tumbó en la cama para darle un agradable masaje en los pies. Cuando hubo terminado, Marianne ardía de deseo.

– Hazme el amor –murmuró deslizando las manos por sus brazos, hasta el pecho de su amante.

Justin sonrió y la besó.

–Te lo haré, puedes estar segura. Pero antes...

Procedió a quitarle la ropa interior al tiempo que la acariciaba y seguía besándola para acrecentar su deseo. Le hizo el amor con la boca, besándole los senos y el vientre y descendiendo hasta el núcleo de su pasión. La inflamó de pasión sirviéndose de la lengua, y Marianne gimió y se retorció, clavando las uñas en las sábanas.

Finalmente, Justin se incorporó para desvestirse y luego se situó entre sus piernas. Alzando las nalgas, se deslizó dentro de ella, llenándola, y Marianne cerró las piernas en torno a él. Justin empujó y se retiró, empujó y se retiró, hasta que ella empezó a convulsionarse de placer. Él emitió un áspero jadeo y se estremeció al tiempo que vertía su semilla en Marianne. Ella lo envolvió después con sus brazos, aferrándose a él con todas sus fuerzas, mientras las lágrimas se deslizaban de sus ojos en silencio.

Justin se marchó de la habitación de Marianne muy de mañana. En cuanto la puerta se hubo cerrado, ella se incorporó en la cama. No había dormido en toda la noche. Había yacido despierta, oyéndolo respirar y sintiendo los firmes latidos de su corazón. No había querido perderse ni un solo momento de aquella noche con él. El recuerdo tendría que bastarle para el resto de la vida.

Marianne se levantó y, después de lavarse, se puso rápidamente un vestido de viaje y una chaqueta ligera que la protegiera del polvo del camino. A continuación, llamó a la doncella, que le dijo que lady Buckminster ya había ordenado que le prepararan el carruaje. La doncella regresó a la cocina para llevarle un desayuno ligero consistente en té y tostadas. Poco después, uno de los criados apareció para bajar su equipaje.

Marianne entregó las cartas a la doncella, pidiéndole que las entregara a sus destinatarios aquel mismo día. Esperaba que Justin se levantara tarde y no reparase en su ausencia hasta varias horas después.

El sol apenas empezaba a despuntar cuando Marianne salió de la casa y se subió en el carruaje. Con los ojos inundados de lágrimas, se giró para contemplar la casa conforme se alejaban.

El viaje hasta el pueblo duró una media hora y, para entonces, el llanto de Marianne ya se había aplacado. El cochero llevó el equipaje a la posada mientras ella preguntaba por el siguiente coche con destino a Londres. Tardaría algo menos de media hora en pasar, de modo que Marianne salió al jardín a dar un paseo.

Un enorme y lujoso carruaje pasó por delante de la posada, sin detenerse, pero el jinete que lo seguía a caballo sí se paró. Se apeó de la montura con evidente alivio y gritó solicitando un mozo de cuadra.

—Vaya, ha perdido una herradura —sé quejó—. Hay que volver a ponérsela enseguida.

El mozo de cuadra explicó que el herrero estaba atareado con otros encargos previos, y los dos estuvieron conversando unos minutos. El jinete se quitó el sombrero para enjugarse el sudor de la frente y Marianne contuvo el aliento.

Era el mismo hombre que había estado rondando su casa... ¡el mismo que interrogó a Rosalind y a la doncella en el parque!

Marianne retrocedió rápidamente hacia la posada. Desde una de las ventanas, observó a la pareja, procurando que el hombre no la viese. ¿Quién era? ¿La había seguido hasta allí?

Parecía demasiada coincidencia que hubiese aparecido en aquel pueblo precisamente cuando ella se hallaba de visita en una casa situada a pocas millas. Debía de haberle sacado la información a Rosalind o a alguno de los otros. ¿Se dirigiría a la finca de los Buckminster? Marianne no sabía lo que quería, pero sospechaba que no debía de ser nada bueno. Quizá incluso era cómplice de Fuquay.

Marianne vio cómo el hombre se alejaba con el mozo hacia el taller del herrero, tirando del caballo, y aprovechó para intentar escapar. Salió de la posada y enfiló la calle en dirección opuesta. Apenas había recorrido unos metros cuando oyó que alguien la llamaba en voz alta.

—¡Espere! ¡Alto!

Se giró y vio al hombre, que se hallaba en la puerta del herrero, mirándola. Marianne apretó el paso.

—¡Señora Cotterwood! ¡Espere! —gritó el hombre.

Marianne oyó un ruido de pasos tras ella, de modo que se recogió la falda y echó a correr como alma que lleva el diablo hasta que llegó a un callejón. Vio un tablón tirado en el suelo y se agachó rápidamente para recogerlo. Luego, situándose en la entrada del callejón, esperó, escuchando los apresurados pasos de su perseguidor. El hombre se detuvo, entró en el callejón y Marianne aprovechó para golpearle con el tablón en pleno estómago.

Su perseguidor se encorvó, sin respiración, y retrocedió tambaleándose. Marianne le asestó un segundo golpe en la espalda, haciendo que se desplomara en el suelo. Luego alzó la mirada y vio a un hombre en un lando, situado a pocos metros. Había detenido su vehículo y la observaba con interés. Enarcó las cejas al reconocerla.

—¡Señora Cotterwood!

—¡Lord Exmoor! —a Marianne no le caía bien aquel hombre, pero, en aquel momento, le pareció un regalo caído del cielo. Saltando sobre el hombre al que acababa de golpear, corrió hacia el lado—. ¡Por favor, tiene que ayudarme! Es cuestión de vida o muerte.

—Cada vez que la veo, señora Cotterwood, alguien la está agrediendo. Lleva usted una vida muy atípica.

—Normalmente no es así, se lo aseguro —contestó Marianne sin resuello, tendiéndole la mano—. ¿Querrá ayudarme?

—Cómo no —Exmoor le tomó la mano y la ayudó a subir—. Intuyo que desea alejarse de ese hombre. ¿La llevo de vuelta a la finca de los Buckminster?

— ¡No! —Marianne miró aterrada al hombre, que había empezado a levantarse con dificultad—. Oh, cielos. Pensaba tomar un coche hasta Londres. Pero ahora, con ese hombre ahí, será imposible.

—Es un problema, sí —convino Exmoor—. Le diré lo que haremos. La llevaré personalmente hasta Exeter. Allí podrá tomar un coche más fácilmente.

—¿Querrá hacerlo? —Marianne lo miró esperanzada. No le agradaba la idea de pasar varias horas a solas con él, pero tenía que escapar de su perseguidor y estaba decidida a no volver con Justin.

—Desde luego. Siempre me satisface ayudar a una dama en apuros —Exmoor le sonrió con frialdad y arreó a los caballos en dirección a Exeter.

El otro hombre agitó los brazos, gritándoles que se detuvieran, pero el lando pasó rápidamente de largo.

Marianne se giró en el asiento. El hombre corría tras ellos, maldiciendo y agitando el puño. Fue un intento inútil, por supuesto, pues no tardaron en dejarlo atrás. El vehículo de Exmoor salió del pueblo y enfiló la carretera que llevaba a Exeter.

CAPITULO 18

Al cabo de unos minutos, Exmoor aminoró el paso y miró de soslayo a su acompañante.

—¿Quién era ese tipo? —preguntó.

—No lo sé —admitió Marianne.
El Conde enarcó una ceja.
—Entonces, ¿por qué iba detrás de usted?

—Tampoco lo sé —Marianne suspiró—. Mi vida se ha vuelto muy... extraña últimamente.

—He de darle la razón. Dos misteriosos ataques en el transcurso de dos días. No es normal.

—Lo sé. Pero, francamente, ignoro por qué esos hombres iban detrás de mí. Supongo que habría alguna relación entre ellos, pero no sé cuál. Ni sé por qué alguien querría matarme —Marianne lo miró—. ¿Me cree?

Exmoor se encogió de hombros.

—Sí. ¿Por qué no iba a creerla?

—No lo sé. Anoche tuve la sensación de que todos pensaban que yo sabía algo y no quería revelarlo.

—Quizá sepa algo, pero no es consciente de ello todavía. ¿No se le ha ocurrido tal posibilidad?

—O quizá piensen que sé algo que en realidad no sé. Creo... creo que puede estar relacionado con mi infancia.

Las manos del Conde se tensaron sobre las riendas.

—¿Sí? ¿Qué le hace pensar tal cosa?

—Es la parte de mi vida que menos recuerdo. Y ese hombre... ha estado indagando sobre mí desde hace tiempo.

—¿En serio?

—Sí. Fue al lugar donde yo vivía cuando era más joven. Por eso creo que se trata de algo relacionado con esa época. Apenas recuerdo nada de mi infancia.

—¿Y no ha intentado recordar?

—Oh, sí, pero los recuerdos son muy turbios.

—Comprendo —Exmoor hizo una pausa y luego siguió diciendo—: ¿Quizá conoció a Fuquay cuando era una niña?

Marianne negó con la cabeza.

—Si fue así, no lo recuerdo. No me sonaba de nada. Es todo tan extraño... Supongo que nunca sabremos la respuesta.

—Mmm, supongo que no. ¿Y por culpa de ese hombre está huyendo a Londres?

—No estoy huyendo —protestó Marianne, pero, al ver que Exmoor arqueaba una ceja, suspiró—. De acuerdo, sí, estoy huyendo, pero no de él. Lo vi al llegar a la posada para tomar el coche a Londres. Simplemente... decidí no quedarme más tiempo.

—Por su incidente de ayer con el señor Fuquay.

Marianne asintió, considerando aquella excusa tan buena como cualquier otra.

—¿Qué hará cuando llegue a Londres?

—No estoy segura.
en trasladarme a otra ciudad.

Había... había pensado

—¿De veras? ¿Y eso?

—Tengo una hija —Marianne sonrió al pensar en Rosalind—. Creo que sería conveniente para ella crecer en otra ciudad más pequeña.

—Quizá podría regresar con sus padres —sugirió Exmoor.

Marianne negó con la cabeza.

—No. Ninguno de ellos vive.

—Lo lamento.

Prosiguieron el viaje en silencio. Marianne tenía dolor de cabeza a causa del llanto y la falta de sueño, y se sentía muy desgraciada.

De repente, el lando se detuvo y Marianne irguió la cabeza sobresaltada. Comprendió que debía de haberse dormido. Parpadeó mientras miraba a su alrededor.

—¿Por qué nos detenemos?

El Conde la miró de reojo.

—Estaba pensando en tomar ese camino —señaló un sendero que se desviaba del camino principal—. Creo que es un atajo a Exeter.

Marianne se fijó en el sendero, flanqueado de arbustos y árboles. No tenía pinta de llevar a ninguna parte, y menos a una ciudad grande como Exeter.

—¿Sí? —inquirió dubitativamente.

Exmoor emitió una risita.

— Sé que parece un camino vecinal, pero desemboca en otro mayor.

Marianne sintió una extraña inquietud ante la mirada fría y atenta de Exmoor. Se enderezó.

—En realidad, no hace falta que me lleve hasta Exeter —le dijo—. Podré tomar un coche en el pueblo más cercano.

El Conde hizo ademán de responder, pero un súbito ruido de cascos de caballo en el camino llamó su atención, y se giró para mirar. Marianne también se volvió. Un hombre a caballo se acercaba a ellos y, al verlos, apretó el paso de su montura. Marianne notó que el corazón le daba un vuelco. Era Justin.

Se detuvo junto a ellos. Marianne vio que llevaba una pistola en el cinto.

—¿Se puede saber que diablos está haciendo, Exmoor? —gruñó Justin—. ¿También se dedica a secuestrar jovencitas, entre otras villanías?

—Mi estimado Lambeth —contestó Exmoor con calma—, me ofende usted. En realidad, he rescatado a la señora Cotterwood.

—¡Rescatado!

—Sí, es cierto —terció Marianne—. Un hombre me estaba persiguiendo y lord Exmoor me ayudó a escapar.

—¡Dios santo, Marianne! No puedo perderte de vista ni un momento sin que alguien te amenace. Baja de ahí —ordenó Justin—. Voy a llevarte de vuelta a la finca.

—No quiero volver. Y no puedes obligarme. Justin arrugó la frente.

—¡Maldición! ¿Tan temible soy que tuviste que escabullirte de la casa en plena noche para no casarte conmigo? Hubiese bastado con que rechazaras mi propuesta.

—¡Sabes muy bien que no se trata de eso!— repuso Marianne acalorada.

—Lo único que sé es que me despertó un alboroto y, cuando le pregunte a lady Buckminster por ti, me dijo que te habías marchado antes del amanecer.

—Te dejé una carta. Le pedí a la doncella que te la entregase más tarde.

—No tuvo tiempo. Y quiero una explicación. Si deseas irte, no te retendré. Pero antes, maldita sea, quiero saber por qué me rechazas

—Justin miró con rabia al Conde—. No necesito su presencia, Exmoor.

—Confieso que me siento algo desplazado—comentó el Conde sarcásticamente—. Sin embargo, no puedo abandonar a la señora Cotterwood.

—No, puede irse —dijo Marianne—. Le debo una explicación a Justin —ofreciéndole la mano a Exmoor, añadió—: Le agradezco muchísimo su ayuda y le pido disculpas por haberle causado tantas molestias.

—Siempre es un placer ayudar a una dama en apuros, señora —dijo Exmoor tomándole la mano—. Si es lo que desea, la dejaré en compañía de lord Lambeth.

—Sí, será lo mejor. Gracias.

Exmoor la saludó tocándose el sombrero y Marianne se apeó del lando. A continuación, el Conde hizo girar el vehículo y se alejó por el camino.

Marianne se giró hacia Justin.

—Muy bien —dijo él—. Dime por qué has huido de mí.

—No he huido de ti. Simplemente, comprendí que debía marcharme. Así no tendrías que casarte conmigo. Ni Cecilia indagaría sobre mí para desacreditarme y hacerte quedar como un hazmerreír.

—No tengo que casarme contigo —señaló Justin—. Quiero hacerlo. Pero, evidentemente, olvidé preguntarte si tú quieres casarte conmigo.

—No es cuestión de que quiera o no. Por supuesto que quiero.

—Pues no lo parece por tu actitud.

—¡No quería tener que discutir contigo! —exclamó Marianne—. Anoche intenté decirte por qué no podemos casarnos, pero tú no me escuchaste. ¡Sería tu ruina! Tu familia montaría en cólera. ¿Qué pasaría cuando todos supieran que tu esposa no solo no es de noble cuna, sino que ni siquiera conoció a sus padres?

—¿Crees que algo de eso me importa?

—Una vez me dijiste que el matrimonio era para ti un deber. Que algún día te casarías con una mujer como Cecilia para tener herederos.

—¡Maldita sea! ¡No me echas en cara mis propias palabras! — Justin la agarró del brazo—.

Soy muy consciente de las tonterías que he dicho en el pasado. Nunca había estado enamorado. Pero ahora lo estoy, y que me cuelguen si renuncio a la mujer que amo solo para complacer a mi familia o a la sociedad.

Marianne se quedó mirándolo, repentinamente pálida. Se sintió un poco mareada. —¿La mujer que amas?

—Sí, por supuesto. ¿Por qué, si no, iba a pedirte que te casaras conmigo?

—Pues para proteger mi reputación.

—No quería que la gente murmurase de ti, por supuesto. Te amo demasiado para eso.

Marianne se tambaleó.

—Nunca... nunca me dijiste que me amabas.

—Por Dios bendito, no te desmayes ahora —Justin la rodeó con el brazo para sostenerla—. Vas a hacerme quedar como un auténtico ogro.

La tomó en brazos y la llevó hasta un muro bajo de piedra situado en el margen del camino. Tras sentarla en el muro, se arrodilló delante de ella y le tomó la mano.

—Pues claro que te amo, tonta. Y me niego a pasar el resto de mi vida sin ti por algo tan absurdo como el orgullo. Lo único que hará que me aleje de ti es oírte decir que no me quieres.

Marianne emitió una risita, con los ojos ribeteados de lágrimas.

—Sabes que nunca me oirás decir tal cosa. Te amo más que a nada en el mundo.

—Bien. Entonces, ¿te casarás conmigo?
¿Prometes que no volverás a escaparte?

—Sí —Marianne esbozó una radiante sonrisa—. ¡Me casaré contigo y nunca volveré a escaparme!
—le rodeó el cuello con los brazos y él la besó.

Al cabo de unos minutos, emprendieron el camino de regreso. Justin divisó a lo lejos la figura de un jinete que cabalgaba hacia ellos.

—Vaya —comentó—. Es ese tipo. El que me dijo qué camino habíais tomado.

—¿Quién? —Marianne se enderezó y miró hacia delante, entrecerrando los ojos—. ¡Pero si es él!
¡El hombre que me persiguió!

—¿Cómo? ¿Dices que te persiguió?

—Sí. Lord Exmoor me ayudó a escapar de él —Marianne explicó lo sucedido en la posada.

Conforme se acercaban al jinete, Justin se sacó la pistola del cinto. Luego detuvo el caballo y, tras apearse, apuntó con la pistola al otro hombre. Este levantó ambas manos.

—¡Eso no es necesario! —exclamó—. No pretendo hacerles ningún daño.

—Baje del caballo —ordenó Justin—. Quiero hacerle unas cuantas preguntas.

—Claro, claro —el hombre sonrió y se apeó del caballo—. Le diré todo lo que quiera saber. Como he dicho, no pretendo hacerles nada malo —miró a Marianne con gesto dolido—. No debió golpearme con esa tabla, señorita. Solo quería hablar con usted.

—Bueno, ahora tiene la oportunidad de hablar —dijo Justin en tono grave—. ¿Quién es usted?
¿Cuál era su relación con Fuquay?

—¿Con quién?

Justin entornó los ojos.

—Le recuerdo que a esta distancia no puedo errar el tiro. Así que, si no quiere acabar con una bala en la rodilla o...

—¡No! Le diré todo lo que sé. No conozco a ningún Fuquay. Me llamo Rob Garner, señor. Soy detective.

—¿Detective? —dijo Justin con desdén—. ¿Espera que me lo crea? ¿Un detective que acosa a la señora Cotterwood como un cazador a su presa?

—Soy detective, señor. ¡Se lo juro! Y no he acosado a la señora Cotterwood. Me contrataron para buscarla.

—¿Quién? —inquirió Marianne apeándose del caballo y acercándose. —La condesa de Exmoor.

—¡La condesa de Exmoor! —exclamó Justin asombrado al tiempo que deponía la pistola.

—Sí, señor.

—¡La hermana de Nicola! —exclamó Marianne—. ¿Por qué iba a querer hacerme daño? Si apenas la conozco.

—Estoy hablando de la condesa Dowager, señorita, y ella no desea hacerle daño, ni mucho menos. Ni yo tampoco. ¡Solo quería hablar con usted! Pero salió huyendo al verme.

—¡Dios mío! —exclamó Justin—. ¿Por esa razón llegó la Condesa a la finca esta mañana? Su aparición causó el alboroto que me despertó, pero no llegué a hablar con ella. Supuse que había ido en busca de Penelope.

—No lo comprendo —Marianne miró a ambos hombres—. ¿Quién es la condesa Dowager de Exmoor?

—La abuela de Penelope —respondió Justin—. Pero sospecho que todo esto está relacionado con los hijos de su hijo, ¿verdad, Garner?

—Sí, señor —el detective sonrió—. Es usted muy astuto —a continuación, se giró hacia Marianne—. ¿Es usted Mary Chilton?

Marianne contuvo la respiración. Había sospechado que aquello tenía relación con el hombre que había preguntado por ella en el orfanato, pero la confirmación le provocó un escalofrío.

—Sí. Antes me llamaba Mary Chilton.

—Dios santo —murmuró Justin.

Marianne lo miró de soslayo.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué sabes del asunto?

—¿Y estuvo en el orfanato de San Anselmo? —siguió preguntando Garner.

—Sí.

—¿Recuerda algo de su vida antes de ingresar en el orfanato?

—No —respondió Marianne con sinceridad—. ¿Por qué me hace esas preguntas? ¿Qué está pasando aquí?

—La Condesa me pidió que la buscara y la llevara ante su presencia. Es posible que... esté usted emparentada con ella.

—¿Qué? —Marianne emitió un jadeo ahogado. Se volvió hacia Justin—. ¿A qué sé refiere, Justin? ¿Cómo voy a estar emparentada con una condesa? ¿Sabes de qué está hablando?

—He oído rumores —admitió Justin—. Creo que lo que dice, Marianne, es que existe la posibilidad de que seas nieta de la condesa de Exmoor.

—Es absurdo —dijo Marianne. Iba de nuevo en el caballo de Justin, rumbo a la finca de los

Buckminster. Habían dejado atrás al señor Garner, pero este había asegurado que lo más importante era que Marianne se reuniera cuanto antes con la Condesa—. ¿Cómo voy a ser nieta de una condesa? A los hijos de los nobles no los internan en orfanatos.

—No estoy seguro —contestó Justin—. Obviamente, si la nieta de la Condesa acabó en un orfanato, debió de ser por error. No conozco la historia con detalle. Pero ese apellido, Chilton... Lord Chilton era el hijo de la Condesa. Era el título que ostentaba mientras su padre, el conde de Exmoor, aún vivía.

—¡El conde de Exmoor! No te referirás al que disparó al señor Fuquay.

—No. Richard es primo de ellos. Obtuvo el título cuando el viejo Conde murió. Verás, poco después de que el Conde falleciese, su hijo, Lord Chilton, fue asesinado por el populacho en París, junto con su esposa y sus hijos. Sucedió durante la Revolución. De modo que el título pasó a Richard, y así quedaron las cosas durante más de veinte años. Pero hace unos meses apareció en Londres una americana cuya belleza causó sensación. De repente, la Condesa anunció que esa mujer, Alexandra Ward, era en realidad nieta suya, la hija menor de lord Chilton. Resultó que no había muerto, sino que había sido rescatada por una americana que la crió como si fuese su hija.

—Cielo santo, menuda historia.

—Sí, lo sé. Parece sacada de una novela, ¿verdad? Lo que yo no sabía era que sé pensaba que los otros niños podían haber sobrevivido también.

—¿Cuántos eran?

—No estoy seguro. Tres o cuatro, me parece. Alexandra, un niño y otra niña, como mínimo. De lo contrario, la Condesa no estaría buscando a su nieta.

—Pero si esa niña murió, supuestamente, en París...

—No es probable que apareciese en un orfanato de Inglaterra, lo sé. Quizá la Condesa se agarra a un clavo ardiendo. Ha recuperado a una de sus nietas y espera encontrar a los otros.

Cuando llegaron a la finca, Penelope fue la primera en recibirlos. Salió corriendo de la sala de estar y tomó las manos de Marianne.

—¿No es maravilloso? —gritó—. ¡Apenas puedo creerlo! Qué suerte que hayas resultado ser mi prima. Ya verás cuando conozcas a Alexandra... Thorpe y ella ya han vuelto a Inglaterra. Han venido con la abuela. Alexandra está ansiosa por conocerte. Están en el jardín, pero regresarán enseguida. Envié a una doncella a avisar a la abuela en cuanto os vi llegar.

Algo aturdida por toda aquella información, Marianne dijo débilmente:

—Pero ¿y si no soy la mujer que estáis buscando?

En ese momento, la puerta de la sala de estar se abrió y una anciana salió con paso majestuoso, apoyándose en un bastón. A pesar de que su piel estaba ajada por la edad, sus rasgos eran elegantes y sus ojos azules brillaban llenos de vida. Tenía el cabello blanco recogido con un pasador de diamantes.

Se detuvo para contemplar a Marianne y por fin dijo:

—Así que tú eres Mary Chilton.

—Sí, milady. Pero me temo que se han equivocado de persona —Marianne suspiró—. Esperaba reconocerla cuando la viese, pero no ha sido así.

La anciana sonrió.

—Vaya, eres una jovencita franca y directa... Una cualidad, podría añadir, que compartes con Alexandra —se acercó a ella—. Yo también seré sincera. No estoy más segura que tú. Marie

Anne tenía el cabello pelirrojo, aunque algo más claro. Pero es habitual que el pelo se oscurezca con la edad. Y guardas cierto parecido con mi hijo... –hizo una pausa–. Pero estoy olvidando mis modales. Por favor, siéntate.

Marianne tomó asiento en una silla con fondo de terciopelo rojo y la Condesa se sentó frente a ella.

–Como sabrás, tu nombre es el detalle más convincente. Supongo que el señor Garner te habrá dicho que mi hijo se llamaba Chilton. Y Mary... es la forma inglesa de Marie. Ahora, según tengo entendido, te haces llamar Marianne. Nosotros solíamos llamar a mi nieta mayor Marie Anne.

Marianne sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Se había llamado Mary desde que podía recordar. ¿Qué la había impulsado a elegir el nombre de Marianne? ¿Un recuerdo enterrado en su subconsciente, quizá?

–Tenías cinco años cuando ingresaste en el orfanato. La edad de Marie Anne. Una de las mujeres que trabajaban entonces en San Anselmo recordaba que te había dejado allí un «caballero». La directora pensaba, al parecer, que eras la hija natural de algún noble.

Las mejillas de Marianne se tiñeron de color.

– Pero no lo comprendo, milady. ¿Cómo pudieron dejar a su nieta en un orfanato sin que usted se enterara?

–Me engañó una persona muy cercana a mí – dijo la Condesa con pesar–. La señora Ward, la mujer que crió a Alexandra, trajo a los otros dos niños, Marie Anne y John, a mi casa. Pero yo estaba postrada en cama, consumida por la pena, y no quería recibir a nadie. Mi prima recibió a la señora Ward en mi lugar y se hizo cargo de los niños. Pero, en vez de decírmelo, se los entregó al Conde –los labios de la anciana se curvaron con desprecio–. Él se deshizo de ellos. Mi prima lo confesó antes de morir. Dijo que el Conde te había llevado a ti a un orfanato y que el niño había muerto.

–¿Richard? –inquirió Justin–. ¿Está diciendo que Richard se deshizo de sus nietos?

–Así lo creo, aunque no tengo pruebas que lo demuestren.

–¡Dios santo! –Justin pareció atónito al oírlo–. Entonces, ¿Fuquay estaba involucrado en todo esto? ¿Por eso le disparó Richard?

–¿Disparó a quién? –inquirió la Condesa perpleja, mirando a Penelope–. ¡No me habías dicho nada de eso!

–Lo siento. Con tu llegada y las últimas noticias, se me pasó. Richard mató ayer a un hombre, Reginald Fuquay. El señor Fuquay estaba apuntado a Marianne con una pistola y Richard le disparó...

–¡Reginald Fuquay! –exclamó la Condesa–. En otros tiempos fue muy amigo de Richard.

–¿Qué? –todos se quedaron mirándola.

–¡Si actuaban como si apenas sé conocieran! –dijo Penelope.

–Oh, desde luego que se conocían. Reginald Fuquay procedía de una buena familia y heredó una fortuna razonable, pero la despilfarró con sus vicios. He oído que consumía opio. Richard lo tenía dominado. Sin duda, Fuquay le debía dinero, puesto que había agotado su fortuna personal –la Condesa hizo una pausa para mirar a los demás–. No me extrañaría que Richard le hubiese encargado ciertos trabajos sucios, para los cuales él no tenía estómago.

–O sea, ¿que matara al niño y llevara a la niña a un orfanato? –inquirió Justin.

La Condesa asintió.

—Exacto. Oí que habían acabado peleándose, aunque nadie supo por qué. Rompieron su amistad y el señor Fuquay intentó salir del pozo en el que había caído. Por eso trabajaba como secretario del señor Thurston. No pudo recuperar su fortuna, pero sí su buen nombre.

—Si Fuquay estaba a punto de confesar por qué había intentado matar a Marianne, seguramente Richard se sintió amenazado y por eso le disparó —dijo Penelope.

—Una forma muy efectiva de asegurar su silencio —comentó Justin.

Marianne se aclaró la garganta.

—Milady, tengo algo que quizá pueda servir para aclarar... —se interrumpió al ver que un hombre y una mujer entraban en la habitación. Él era alto y moreno, de facciones angulosas. Ella era una belleza de cabello negro y ojos castaños.

Marianne se levantó de un salto al verla, con la cara pálida como la cera.

—¡Dios mío! —exclamó, y todos se giraron hacia ella.

—¡Marianne! —Justin se acercó y le rodeó la cintura con el brazo—. Cariño, ¿té encuentras bien?

—¿Qué te ocurre, hija? —preguntó la Condesa.

—Lo... lo siento —Marianne se derrumbó de nuevo en la silla, incapaz de tenerse en pie—. Es que... se parece mucho a la mujer del retrato.

—¿Retrato? —dijeron Alexandra y la Condesa al unísono. Alexandra atravesó rápidamente la habitación para acercarse a Marianne.

—¿Qué retrato? —inquirió la Condesa.

—El de mí... medallón —Marianne alzó mirada hacia la joven situada frente a ella—. Me disponía a decírselo... Tengo un medallón con los retratos de un hombre y una mujer —introdujo la mano en el cuello de su vestido, extrajo el medallón y lo abrió—. ¿Lo ven? Lo tengo desde que era muy pequeña. Siempre pensé que eran mis padres, pero...

Alexandra se arrodilló junto a ella y tomó el medallón.

—¡Es igual que el mío! —exclamó con lágrimas en los ojos.

—Yo os los regalé cuando erais muy pequeñas —explicó la Condesa con voz ahogada por las lágrimas—. El tuyo tiene grabada una M — al ver que Marianne asentía, añadió—: Y el de Alexandra una A.

—¡Somos hermanas! —exclamó Alexandra, sonriendo y llorando al mismo tiempo. Abrió los brazos—. Marie Anne. Hermana.

Con los ojos inundados de lágrimas, Marianne abrazó a Alexandra.

Marianne permanecía sentada en la glorieta de las rosas, pensando en las revelaciones de aquel día. Durante toda su vida había deseado tener una familia. Pese al afecto y el cariño de Della y los demás, siempre se había preguntado por qué su verdadera familia la había abandonado... ¡Y, por fin, había vuelto a recuperarla! Su hermana era cariñosa y divertida. No podía desear una abuela mejor que la Condesa. Incluso su prima era ya amiga suya. Pronto podría presentárselas a Rosalind.

Y, lo más importante de todo, amaba a un hombre maravilloso. Y era amada por él.

Solo un detalle la inquietaba, se dijo Marianne con una mueca. Deseó que hubiera una forma de hacer que Exmoor pagara por los crímenes que había cometido. Se preguntó qué habría sucedido aquella mañana si Justin no los hubiese encontrado. ¿Habría aprovechado el Conde la oportunidad para asesinarla y esconder su cadáver en algún lugar de aquel sendero apartado?

—Supuse que te encontraría aquí. Marianne alzó la mirada y vio que Justin se acercaba a la

glorieta de las rosas.

–Me conoces bien.

–Espero conocerte aún mejor –él sé inclinó para posar un beso en sus labios--. Me temo que me esperan unas noches largas y solitarias. La Condesa te tendrá encerrada en su casa, como si de una fortaleza se tratase, mientras organiza la boda.

Marianne emitió una risita al ver su expresión abatida.

–Mmm. Bueno, será una ocasión muy especial. Piensa que dos de sus nietas se casarán el mismo día.

– Lo único que me anima es saber que Bucky tendrá que soportar el mismo tormento que yo –Justin sonrió provocativamente – . También me apena pensar que todos crean que me caso contigo para formar una alianza adecuada entre nuestras familias. Ya no pareceré un héroe romántico.

–A mí me lo parecerás siempre –respondió Marianne tomando su mano-. Siempre sabré que deseabas casarte conmigo cuando no tenía dinero ni nombre, desafiando a la sociedad y a tu familia. Siempre sabré que nos casamos por amor.

–Así es –Justin sonrió y la estrechó entre sus brazos.

FIN

Esta historia continua en el libro

NINGUN OTRO AMOR

